ATERRIZAJE

eva piquer





TRÁN
SITO

traducido por celia garcía abellán

Título original: Aterratge

IMPRESIÓN: KADMOS

Impreso en España – Printed in Spain

IBIC: FA

ISBN: 978-84-126039-3-4

eISBN: 978-84-126528-9-5

DEPÓSITO LEGAL: M-6328-2023

www.editorialtransito.com

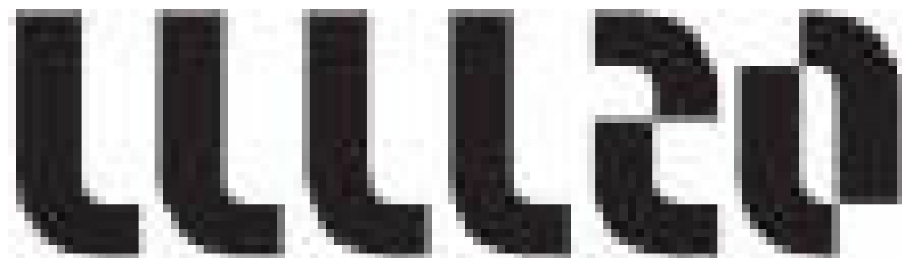
Síguenos en:

www.instagram.com/transitoeditorial

www.facebook.com/transitoeditorial

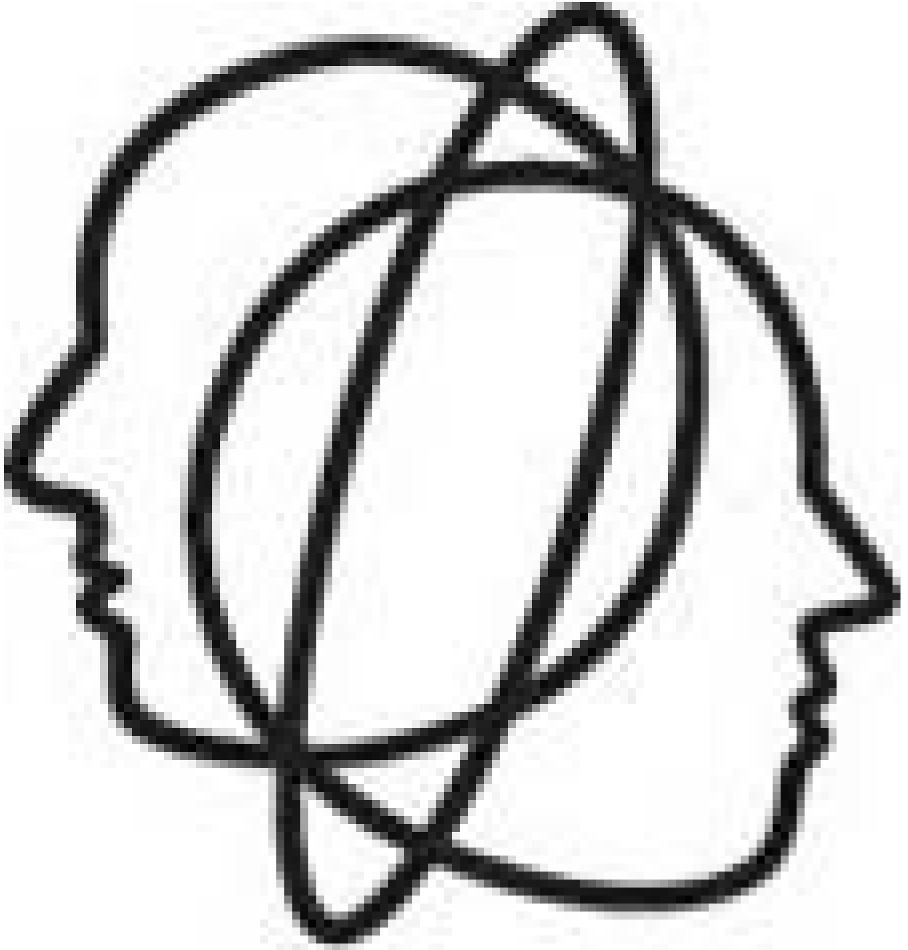
@transito_libros

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull.



ATERRIZAJE

eva piquer



traducido del catalán por Celia García Abellán

Para Aniol

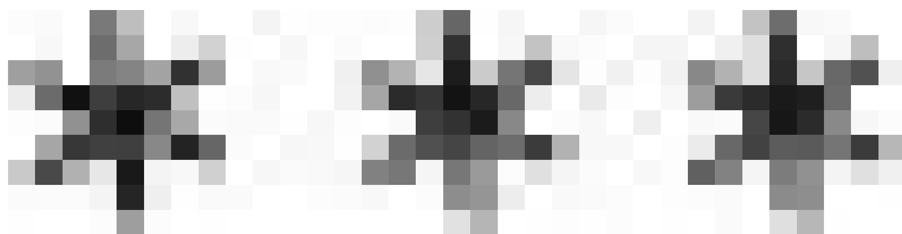
«La vida volvió a ser como antes, como estaba previsto que volviera a ser».

FRANÇOISE SAGAN, Buenos días, tristeza

El reloj centenario que presidía la entrada del templo budista de Fumonji dejó de funcionar en marzo de 2011, cuando un terremoto con tsunami arrasó la costa este de Japón. Las olas gigantes hundieron el primer piso del monasterio y el reloj se paró sin remedio. El sacerdote Bunshun Sakano lo rescató de entre los escombros e intentó arreglarlo, pero el agua había estropeado el mecanismo.

Sakano decidió conservar el reloj como recuerdo de antes del desastre. Y una vez que se restauró la pared, lo colgó de nuevo: testimonio mudo de un tiempo que ya no. Que ya nunca.

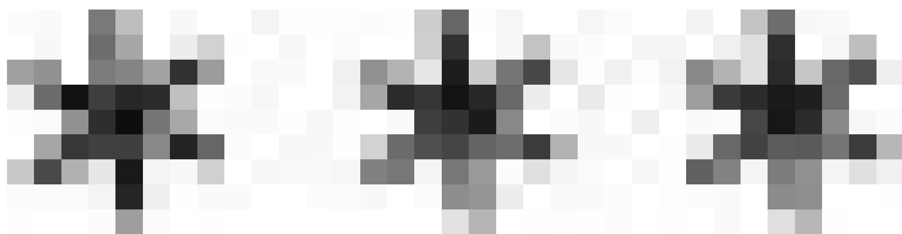
Hace cuatro meses me fui a Islandia con tres desconocidos. Rectifico: dos desconocidos y un fotógrafo de quien solo sabía su nombre francés y que toma el café con un azucarillo y medio. Confío en que él, de mí, lo ignorase todo, salvo que tomo el café sin azúcar. La tarde que coincidimos en el Salambó, Pierre me explicó que en noviembre se subiría a un avión para ir a hacer fotos de otro avión que había caído en mitad de la nada. Cuarenta y seis años después del accidente, el fuselaje de la nave seguía en el mismo sitio. Sin alas y lleno de agujeros, pero en el mismo sitio. No sé qué se me pasó por la cabeza, o sí: fue la manía de las metáforas.



21 de noviembre de 1973. Guerra Fría. Un avión militar estadounidense sobrevuela Islandia en una misión rutinaria y el tiempo hace de las suyas. Es propio de la isla: ahora parece que hace bueno y medio minuto después te tienen que amputar los dedos. Nieve, hielo y frío a punta pala. El segundo de a bordo, a los mandos del avión durante el trayecto de regreso a Keflavík, es Gregory Fletcher, un piloto de veintiséis años con más intuición que experiencia.

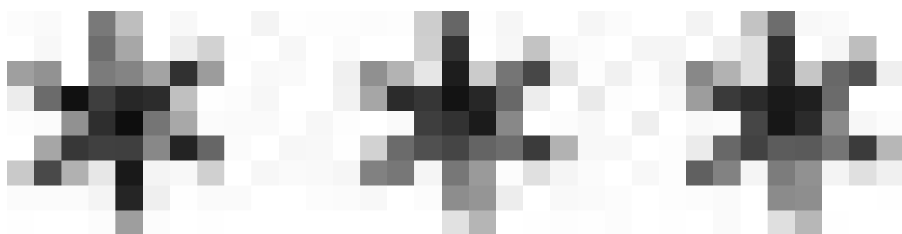
Nieva mucho y tanto y por todas partes. El cielo dispara balas de hielo y el viento esparce la rabia de la naturaleza sublevada. Los dos motores se dan por vencidos. Una sacudida arranca gritos instintivos a los pasajeros y difunde el estado de alarma entre siete cerebros sin que haga falta proclamarlo por ningún altavoz. O actúan rápido o se precipitarán contra un glaciar. Tienen que virar hacia el sur.

La estadística no prevé que tengas que hacer un aterrizaje de emergencia cuando solo sumas veintiuna horas de vuelo en un C-117, pero la estadística miente a ojos de quien le toca pasar por ahí. El copiloto de la aeronave, Gregory Fletcher, coge el timón del destino. Y sí, caer al mar parece mejor que chocar contra una montaña de hielo. En ningún sitio está escrito que agonizar de hipotermia en el Atlántico durante unos segundos eternos sea preferible a un impacto letal, pero quizás. Siempre hay un quizás que alimenta la esperanza.



Nos dirigimos los dos hacia la única mesa libre y decidimos compartirla, porque él no esperaba a nadie y a mí todo me parecía bien o todo me daba igual. No recuerdo cómo fue que comenzamos a hablar de sus viajes fotográficos. La cámara que llevaba colgada debió de servir para romper el hielo. Mientras removía el café con una calma de las que antes me exasperaban, Pierre comentó que Islandia era otra galaxia a cuatro horas de distancia. El eslogan cumplió su cometido: me dije que Islandia era la respuesta correcta. Plantarme en otra galaxia, por qué no. Huir de la Vía Láctea.

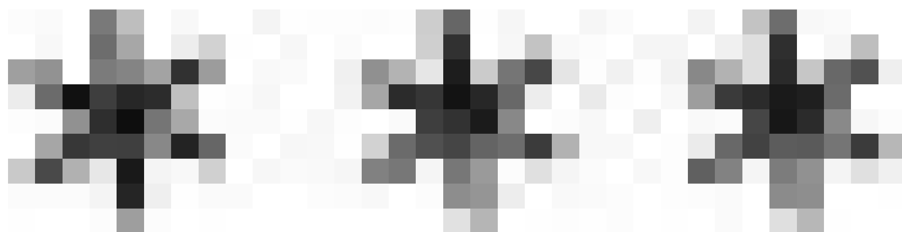
Aunque el espejismo solo durara cuatro días.



21 de marzo de 2020. Ya he vivido una primavera hecha de niebla, de ahogo y de vete a saber si el futuro existe. Hace tres años los aullidos del horror me perforaban los tímpanos y me invadía en silencio una urgencia que duele confesar: cuanto antes toques fondo, antes remontarás. Hoy por las calles vacías de Barcelona pasean jabalís, son más feos que hechos de encargo, podrían morder o embestir a alguien. Los desconcierta la ausencia de peatones y vehículos. Me resulta entrañable este qué-está-pasando suyo, no muy distinto del nuestro.

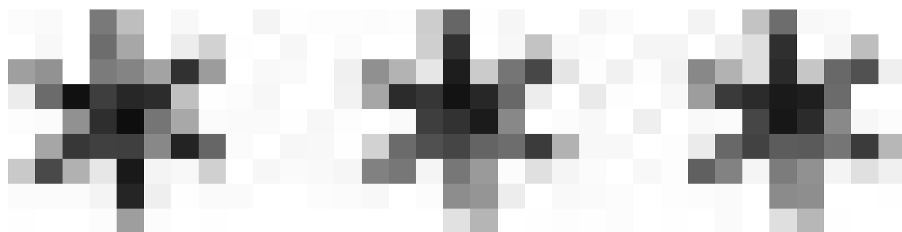
Estoy secuestrada en un piso sin balcón ni plantas, pero en la terraza de mis padres ya han florecido los geranios; me han enviado una foto y casi he podido sentir su olor.

Mira que acabarse el mundo cuando empezaba a rehacerme.



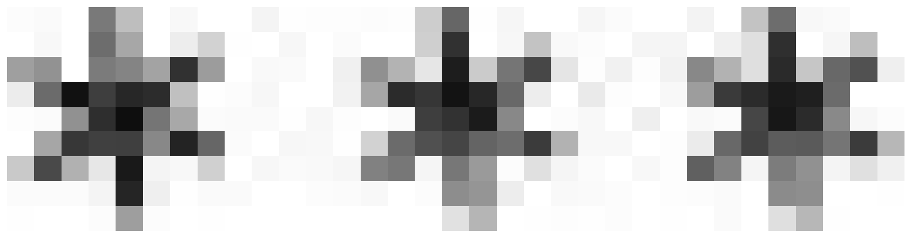
Me gusta hacer que los viajes duren, me dijo Pierre cuando yo ya iba por el segundo café sin azúcar y lo escuchaba con un interés inédito. Los alargo hasta mucho después de haber vuelto. La energía de Islandia me atrapa, me transmite paz, es un paisaje que me resulta familiar. Y desprende una luz muy pero que muy fotogénica. A lo mejor tengo algún antepasado vikingo. Me topé con una imagen del avión de Sólheimasandur cuando aún estaba saboreando el primer viaje: fue verla y decidir que volvería. Se me había quedado el coche tirado en la nieve, habían tenido que venir a rescatarnos, habíamos pasado un frío de cojones, pero qué energía y qué paz.

Tengo billetes para ir en noviembre, dentro de un mes, con un par de amigos que me harán de modelos y se dejarán retratar. Serán solo cuatro días. ¿Te apuntas?



Una vida son muchos días y cuatro días pueden ser toda una vida. El tiempo va y viene como quiere.

Al día siguiente de haber compartido mesa con Pierre me desperté y, lejos de querer volverme a dormir, me empujaron hasta la cafetera unos nervios bienvenidos, esa emoción de los proyectos. Y una tentación hecha pregunta: ¿Y si lo escribo?

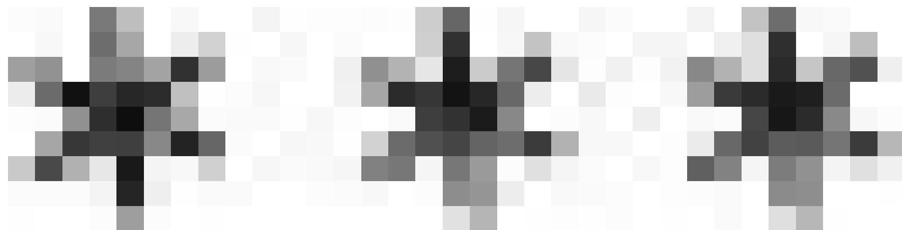


Érase una vez un anillo de oro codiciado por tres hermanas. Como no se ponían de acuerdo sobre cuál de las tres debía quedárselo, decidieron que heredaría el anillo la que consiguiera engañar en mayor medida a su marido. Premio a la mejor mentira: los valores morales de las leyendas islandesas.

La primera hermana se puso a hilar, o a hacer como que hilaba. Qué haces, le preguntó su marido. Hilo una gasa tan fina que cuesta verla, quiero hacerte un traje muy elegante para Pascua. La segunda hermana estaba casada con un tipo de voz áspera que cantaba fatal. Pero ella le repitió mañana, tarde y noche que afinaba como un tenor. La tercera hermana comenzó a mirar a su marido con cara compungida. Ay, te estás poniendo malo. ¿Malo, yo? Sí, estás pálido y tienes ojeras, te pasa algo grave. Hizo que el hombre guardara cama para paliar la fiebre. Hasta que un día lo miró entre lágrimas y sentenció: Ay, querido, ya te has muerto.

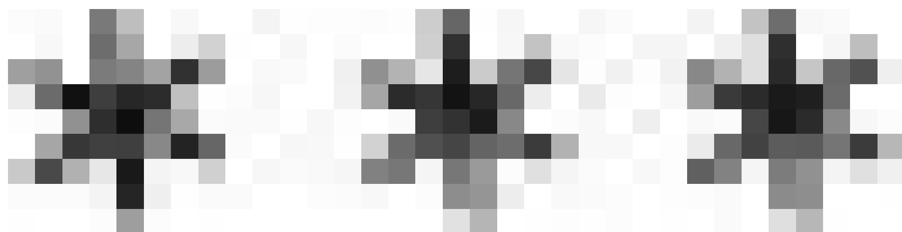
El Domingo de Resurrección se celebró el entierro del marido de la hermana pequeña. La viuda imaginaria había pedido que metieran el cadáver en un ataúd que tenía un pequeño orificio a la altura de los ojos. La hermana mayor pidió a su esposo que se pusiera el traje de gasa transparente. La hermana mediana le dijo a su marido que todos tenían muchas ganas de oírle cantar en el funeral.

Durante la ceremonia de despedida, los gallos del cantante ofendían a los asistentes, uno de los cuales iba desnudo. El presunto finado vislumbró la escena por el agujero del ataúd: un cuñado no llevaba ropa y el otro destrozaba una canción tras otra. Convencidísimo de que ya había estirado la pata, mentira que bien valía un anillo de oro, exclamó en voz alta: Qué a gusto me reiría si no estuviera muerto.



Si no estuviera muerta, a lo mejor me reía.

Calla, que no estoy muerta. Ya no.



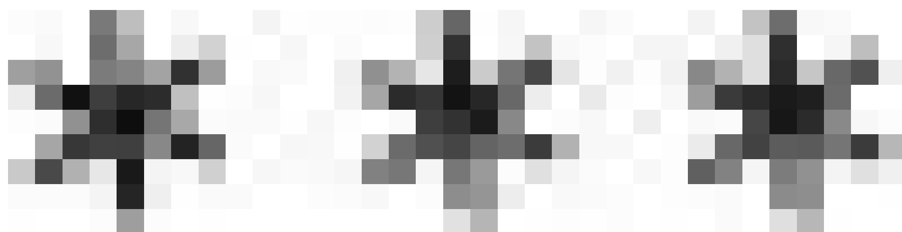
Quería cambiar de planeta, de ciudad, de cuerpo, pero tardé diez meses en cambiar de cama y hasta ahora no me había planteado cambiar de piso. Esta primavera de puertas para adentro —lo llaman confinamiento, pero tiene aspecto de arresto domiciliario— he encontrado un nuevo uso para el escritorio que tengo debajo de la ventana. Cada mediodía aparto el teclado, los libros y los trastos, y me tumbo encima con las rodillas flexionadas. Durante veinte minutos me da el sol y el universo se pone un poco en su sitio.

Si se confirma que no estamos ante el fin del mundo sino ante un simulacro, creo que me buscaré un nuevo piso. Una casa propia. Necesito una azotea con el cielo por techo.

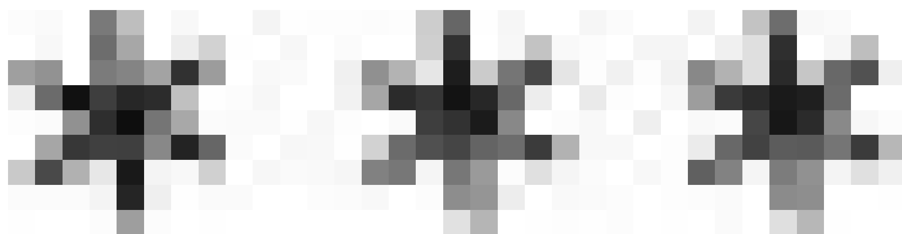
Me gustaría pensar que, cuando todo acabe, el pasado anterior será un pasado remoto. Quiero creer que lo veremos difuminado, en blanco y negro, como pensaba entonces que sería el mañana para siempre jamás; los colores no se dejan proyectar cuando lo que viene asusta. Quiero creer que, para los supervivientes de esta peste moderna, las penas individuales de antes habrán dejado de tener nombre. Como si no supiera que nunca pasa lo que piensas que va a pasar.

Visualizo temores y deseos, se me activan vídeos simultáneos y no hay quien los pare. Tampoco tengo claro que tenga que aprender a detener la mente, a veces volar con los ojos cerrados es la única salida.

Mataría porque, cuando acabe todo esto, nadie recordara que viví Todo Aquello.



Aprender a rascar el cielo por encima de los rascacielos no fue un deseo que le naciera de repente. Lo llevaba dentro: se lo había inoculado su padre cuando era bien pequeño, cuando las filias paternas aún no se cuestionan ni se rebaten. Ahora el deseo de Gregory es que las playas de tierra volcánica de cerca de Vik, en el sur de la isla, tan planas y extensas, puedan parar el golpe. Y pone rumbo a Sólheimasandur sin pensar demasiado, porque sabe de sobra que está en juego su vida, y la de todos los tripulantes. Hay cosas que, si las piensas demasiado, no las haces. Como concebir un hijo que se te puede morir: un hijo que se morirá.



Por el ansia de remontar, corrí a llevar a mi hijo pequeño a una psicóloga. Él se pensaba que iba por los ataques de pánico, y también iba por los ataques de pánico. Pero más que nada iba porque no es fácil tener seis, siete, ocho años y haber tenido que vivir Todo Aquello. En la primera sesión, Cristina le pidió que dibujara a su familia.

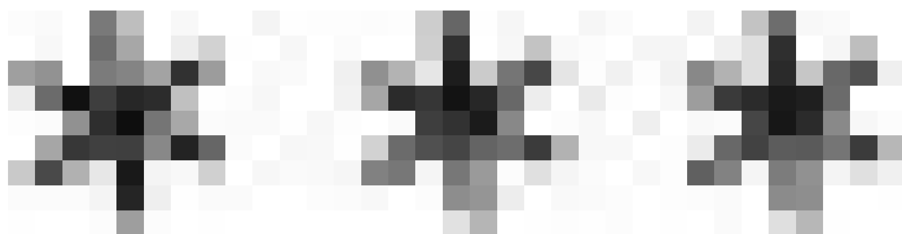
Pensé que me iban a quitar la custodia: el niño dibujó una barca vacía. No teníamos ninguna barca, nunca habíamos ido en barca.

Debe de pensar que nuestra familia va a la deriva, que hemos naufragado, que se encuentra solo en medio del mar. Pobre criatura,

no he sabido salvarlo.

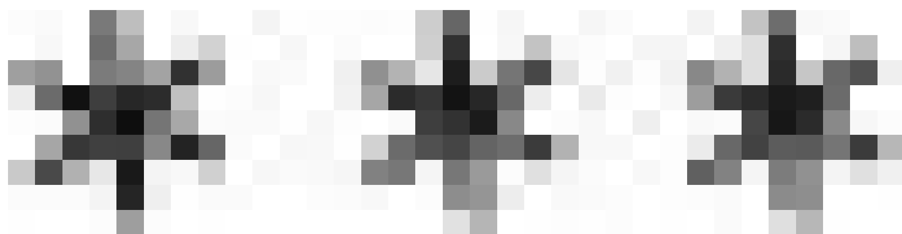
Cristina me comentó al cabo de unos días que mi hijo se resistía a hablarle de su familia, por eso había dibujado algo que parecía no tener sentido. La barca vacía era una forma de decir no, de eso no te voy a hablar, mi familia es un tema demasiado personal como para compartirlo con una desconocida. Si quieres, dibujo una barca y me haces preguntas sobre la barca, puede que sin darme cuenta deje caer alguna explicación sobre la familia.

Es hijo de su madre, hemos cruzado —estamos cruzando— el mismo puente. El avión islandés, Neus, los amigos perdidos: mis barcas vacías.

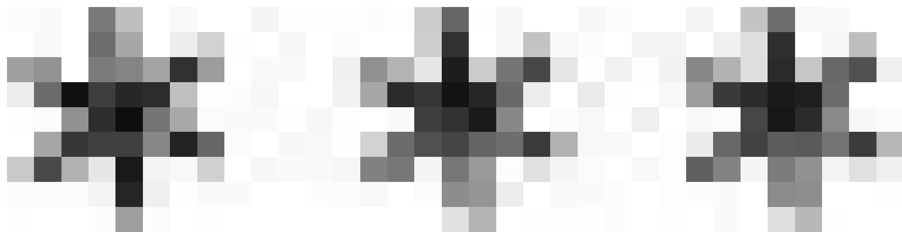


Al principio, y ahora también, en eso no progreso lo más mínimo, me afectaba tanto que la gente supiera lo que me había pasado como que me hubiera pasado lo que me había pasado.

Y me afectaba aún más que me afectaran por igual una cosa y la otra.



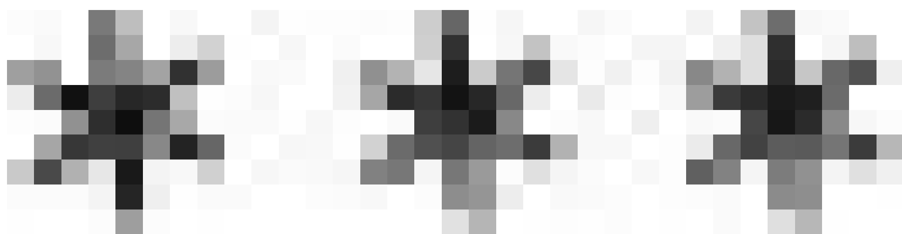
La esperanza se llama Sólheimasandur. Un desierto de arena negra que les servirá de pista improvisada.



Sabe lo que te ha pasado hasta gente que no conoces. Te observan con un toque de espanto, por si la arrogancia delirante de eso-no-me-pasará-a-mí fuera lo que parece: una arrogancia delirante. Los conocidos te esquivan porque no saben cómo tratarte. Los desconocidos que se te acercan nunca dicen lo que te gustaría escuchar.

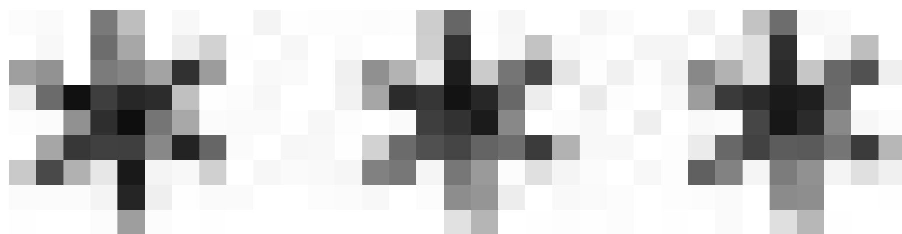
Y a ti, que aún estás tanteando este paraje inhóspito situado fuera de los mapas, que sientes una vergüenza infundada cuando notas que alguien te mira, solo te gustaría poder pensar que no eres una persona amputada, una mutilada de guerra. Solo te gustaría que la puñetera inapetencia tardara poco en esfumarse. Que se te están restableciendo las constantes vitales es innegable: comienzas a palpar el disgusto. Te repugna que te señalen, te arrancarías de cuajo la etiqueta de la desgracia.

De las sábanas estampadas con caballitos de mar hice trapos para el polvo.



El aterrizaje de emergencia va bastante bien. Tan bien como pueden ir las cosas cuando se tuercen, como las parejas que se rompen sin olvidar lo mucho que se han querido. A los miembros de la tripulación el impacto se les quedará instalado durante un tiempo en el estante mental de los sucesos traumáticos, pero ahora solo piensan en salir de una aeronave que podría incendiarse y entonces qué. Entonces nada. Salen. Tienen una montaña detrás y el mar delante, demasiado lejos para llegar hasta él a pie, con este viento gélido que les impide dar

más de dos pasos seguidos sobre la arena negra.



Comencé a reconectar en verano, sé cuál fue el momento exacto. Y el lugar. Habían pasado dos años, los manuales ya dicen que el primer rebrote firme llega a los dos años. Las tentativas anteriores son bengalas: irradian luz, pero se apagan enseguida.

Mi previsibilidad y yo habíamos nadado hasta Sant Antoni y estábamos haciendo el camino inverso, de vuelta a la toalla. De boya a boya, a un ritmo constante, alargando poco a poco las brazadas porque fui una niña de secano que desaprovechaba los cursillos de natación. Me desvié un poquito hacia la arena para comprobar, como había hecho tantas otras veces, si seguían allí los restos del Lake Lugano, el maltrecho barco de la playa grande de Palamós.

Tenía 88 metros de eslora y 14 de manga. Fue bombardeado durante la Guerra Civil por aviones italianos y alemanes. La tripulación pudo escapar. Primero se quedó encallado en el puerto, luego fue arrastrado hasta la orilla del espigón. Como aún era visible, sufrió nuevos ataques aéreos que lo partieron por la mitad. Una vez acabada la guerra, un fuerte temporal acabó de hundirlo. Y en los años cincuenta lo despiezaron. Pero parte del buque se quedó para siempre en la bahía, a medio centenar de metros de la costa y a unos cinco metros de profundidad. Ahora es refugio de herreras, salmonetes, medusas, cangrejos ermitaños.

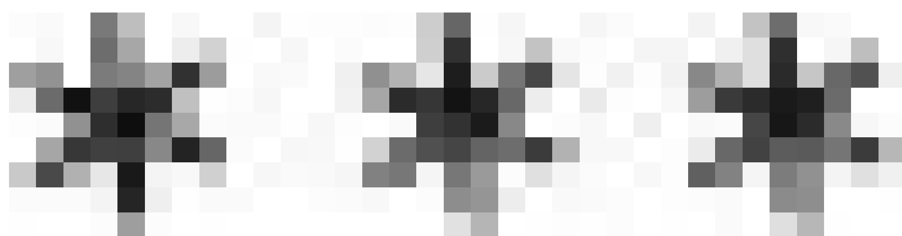
Fue uno de aquellos instantes de epifanía que pondría en cuarentena si no fuera la protagonista. Fruto de las hormonas que entran en juego cuando llevas haciendo deporte un rato, me dice mi yo racional. Aún se me hace un nudo en la garganta cuando recuerdo la reconexión sobre el Lake Lugano: de repente, como si alguien hubiera accionado un interruptor, percibí y saboreé el agua, el azul, la sal. El estar viva.

No hay ateos en las trincheras: admito que mi ateísmo se tambaleó. También influyó mi amiga neoyorquina. Se me olvida que es creyente hasta que me suelta alguna perla. La llamé esa misma tarde para

explicarle que estaba recobrando las fuerzas y pronunció un It's God que no admitía réplica. Es Dios, Dios es eso. Cómo podía haberlo dudado.

Con el esqueleto del barco por testigo, y antes de seguir nadando hasta la zona de las barcas, me giré para hacer el muerto. La muerta que tal vez no era. La muerta que justamente entonces, bendita ironía, estaba dejando de ser.

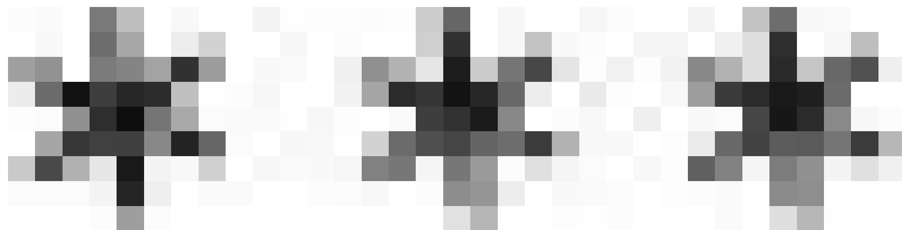
Los cangrejos ermitaños ocupan las conchas vacías de otros animales, sobre todo de caracoles marinos. Cuando la casa de segunda mano se les queda pequeña y deja de protegerlos, la abandonan y buscan una más grande.



Intenté contactar con Gregory Fletcher el 3 de noviembre, seis días antes de viajar a Islandia a conocer de cerca su avión. Me ha escrito justo cinco meses después, el 3 de abril, desde una dirección de correo electrónico tan fácil de adivinar que le habría podido enviar un correo a ciegas y habría dado en el blanco. Aún estamos confinados, las dos semanas encerrados en casa se han prolongado dos semanas más. No será la única prórroga.

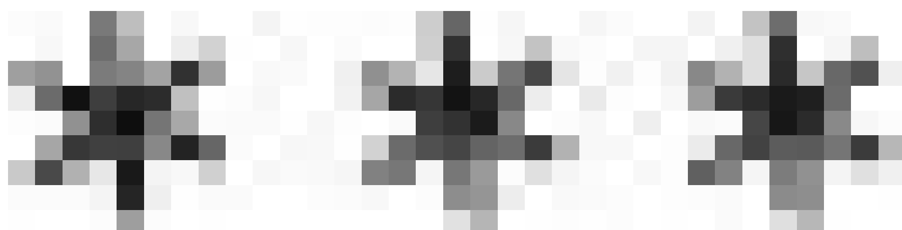
Que le sabe mal haber tardado tanto en contestarme. Que circulan muchas versiones falsas del accidente. Él mismo concedió una entrevista hace tiempo a un periodista que escribió un artículo para un medio digital. El texto era bastante riguroso, pero por algún motivo que Fletcher no comprende (es abogado, no guionista de cine) el autor se inventó una lucha peliculera de último minuto para intentar controlar la aeronave.

Me explica también que su hija pequeña estudió en la Universidad de Barcelona de enero a junio de 2008, y que él aprovechó para visitar la capital catalana. Vives en una ciudad maravillosa. Espero que estés bien a pesar de la pandemia.

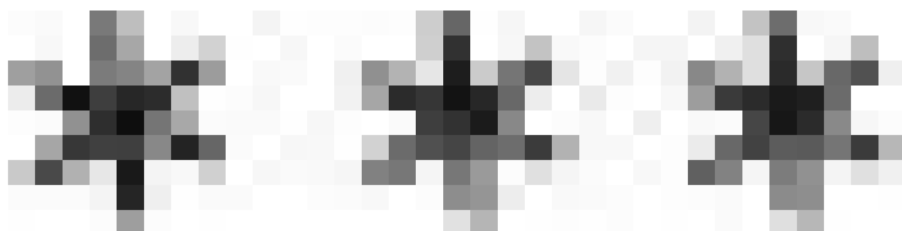


Un martes, en una de las primeras salas de espera, pude volver a leer. Quise creer que el horror sería más llevadero si podía abstraerme con los libros. Y desde aquella mañana que a la radióloga se le acumulaban los pacientes como cadáveres en fosas comunes, las lecturas no han vuelto a abandonarme. Me sostienen. Son un lugar al que volver, mi lugar seguro al que volver, cuando se te vienen encima los planes que no se cumplirán o el piso sin balcones en el que ya nunca te reirás a gusto.

Escenografía de una pesadilla recurrente: una sala de espera con la esperanza postrada en el suelo, tapada con una manta.



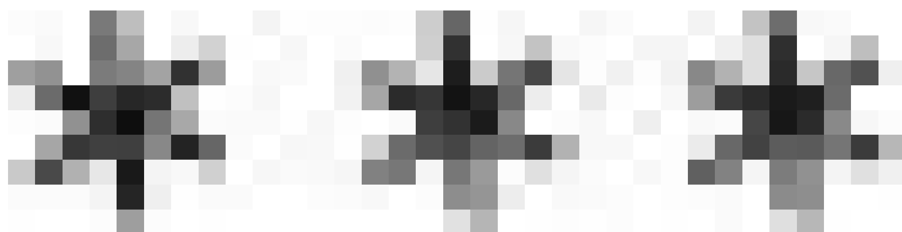
La gente está encerrada en casa, pero muchos aviones siguen volando sin pasajeros: se han de mantener las rutas pactadas y parar en seco los vuelos resultaría más caro.



Robinson Crusoe ve que de la tierra brotan unos tallos verdes —lo leo y los veo brotar yo también— y da por hecho que son de alguna

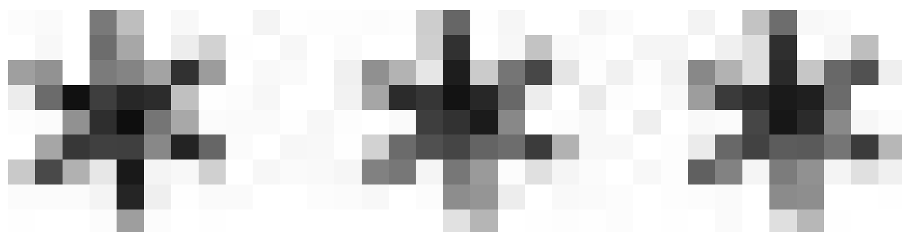
planta autóctona. Pero al cabo de unos días tiene delante unas diez espigas de una cebada exuberante y brillante, como la cebada inglesa. Se queda de piedra. Hasta entonces había obrado sin ningún tipo de fundamento religioso: tiene escasos conocimientos de religión y atribuía todo lo que le pasaba al azar.

«Pero al ver aquellas plantas de cebada que crecían en un clima que sabía que no era nada adecuado para los cereales, sobre todo cuando no tenía la menor idea de cómo habían llegado allí, me quedé tan azorado que comencé a plantearme la posibilidad de que Dios hubiera hecho crecer aquellas plantas milagrosamente, sin que nadie hubiera plantado semilla alguna, con el único objetivo de garantizar mi supervivencia en aquel paraje agreste y miserable».



Mi amigo pintor, uno de los pocos amigos de antes que conservé después, no invocó a divinidades. ¿Entonces has hecho el clic? No sabes cuánto me alegro. A partir de ahora, solo llorarás de vez en cuando. Créeme, llegarás a agradecer las explosiones intermitentes de dolor contra el olvido. Agradecerás también esta pena tenue y crónica que es el precio de amar.

Y se lo dijo enseguida a su mujer, con la que compartía una hija viva y una muerta: Mira qué bien, ya ha hecho el clic.

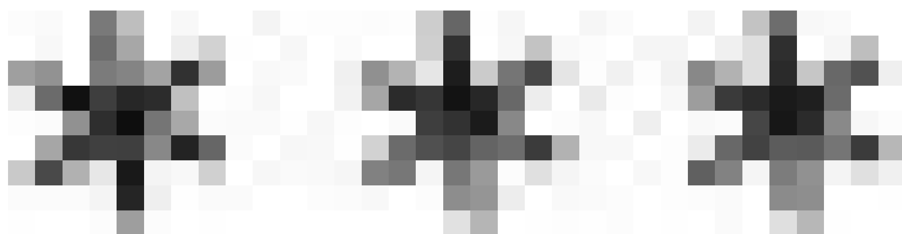


Te confieso, escribe Gregory Fletcher en el segundo de los correos que me dirige, que tu aparición me está haciendo reflexionar. El accidente

subrayó el papel profundo que juega el azar en nuestras vidas, así como la dependencia que tenemos unos de otros. Fuimos a parar a aquel lugar de la costa islandesa por casualidad. Y si me pude concentrar para lograr que el avión aterrizara de forma segura fue porque el otro piloto asumió el resto de tareas esenciales. La supervivencia fue un trabajo en equipo. Yo solo hice lo que me habían entrenado para hacer en caso de una emergencia como aquella. Por eso me siento incómodo cuando se me trata de héroe. Con el interés mundial que ha despertado el accidente en el siglo XXI, me temo que se me ha mitificado.

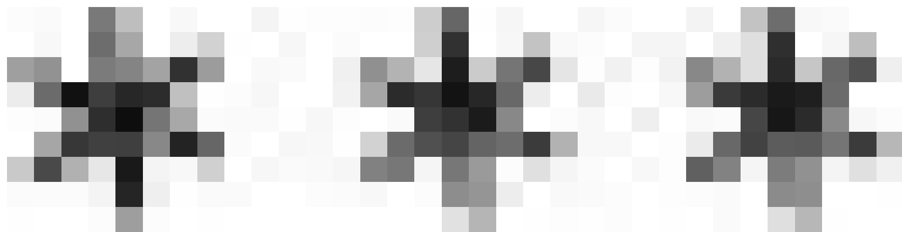
Mi único objetivo a la hora de revisar aquellos hechos es contrarrestar las ideas erróneas que circulan por ahí, pero no querría contribuir a generar confusión. No sé qué pretendes escribir sobre mí, pero me niego a ser un personaje de novela con una personalidad imaginada. Te podría explicar cómo ocurrió todo si lo transcribieses tal cual, sin novelarlo.

Hagamos una cosa. Te enviaré por escrito mi relato del accidente con la condición de que te comprometas a no alterar los detalles para darle un efecto dramático. Tendrás que renunciar a crear una ficción sobre mi vida y a inventarte un personaje basado en mí. Nada de ficción. Repito: nada de ficción. Si estás de acuerdo, adelante.



Que alguien me diga cómo puedo escribir algo semejante a una novela, un relato a medio camino entre la investigación y la invención, si el personaje principal está vivo y no quiere ser novelado. Para colmo, es un abogado norteamericano. No parece buena idea llevarle la contraria a un abogado norteamericano. No puedo seguir narrando su peripecia a mi manera.

Le cederé la palabra.



Llegué a Islandia en junio de 1973 para ejercer de teniente de la Marina en la base aérea y naval de Keflavík. Tenía veinticinco años. Recibí mi primera impresión del país a través de la ventana del avión 727 de Eastern Airlines que transportaba a miembros de algunos destacamentos y a sus familias hacia diversas bases militares de toda Europa. El gris de la tierra volcánica de la península de Reykjanes me recordó a la superficie de la luna.

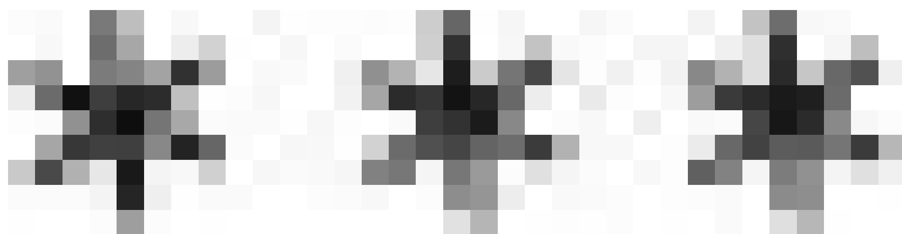
Las fuerzas aéreas americanas habían construido la base islandesa para tener un lugar donde abastecer de combustible a los aliados durante la Segunda Guerra Mundial. En 1973 Keflavík se había convertido en un aeródromo militar y civil en expansión, y lo utilizaban los ejércitos de los Estados Unidos y del resto de países de la OTAN, la compañía islandesa Loftleidir y otros operadores de vuelos comerciales que hacían parada en el país. Reikiavik, la capital, quedaba solo a unas 25 millas al norte.

Yo me había formado como piloto de avión y durante dos años había ejercido como instructor de vuelo en el centro de mando de Meridian, Misisipi. Cuando renuncié a la plaza que me habría correspondido allí, me destinaron a Keflavík para que cumpliera el último año de servicio obligatorio. Ejercería de jefe de personal de la base y sería uno de los cinco o seis pilotos de la estación.

En 1973 ya sumábamos casi tres décadas de Guerra Fría e Islandia era un punto importante de la estrategia de defensa preventiva de los Estados Unidos. De Keflavík salían aviones ligeros que rastreaban submarinos soviéticos cuando entraban en el mar de Noruega por Múrmansk, y también escuadrones de combate que interceptaban los bombarderos pesados de la URSS cuando intentaban entrar en el Atlántico Norte.

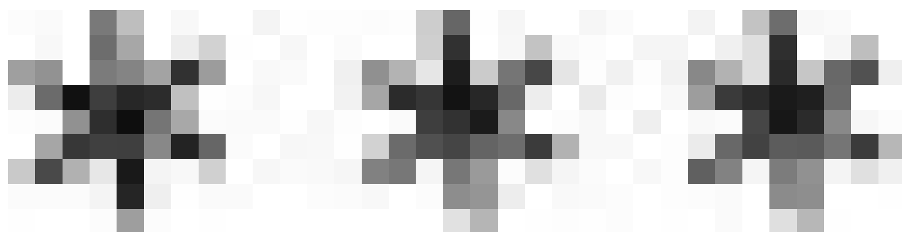
Las fuerzas aéreas habían situado una de las estaciones de rastreo e interceptación en Hornafjörður (Höfn), un pequeño pueblo pesquero en la costa sur de Islandia. El ejército nos encargaba a los pilotos de la base que voláramos hasta el aeródromo de Höfn dos o tres veces a la semana para llevar materiales, provisiones, personal, correspondencia

y lo que hiciera falta.



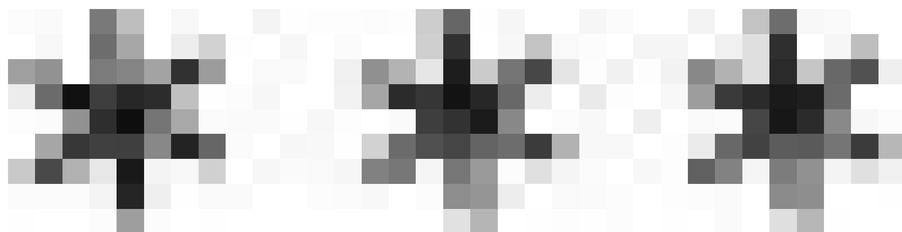
He salido a la calle para ir a la farmacia, al súper y a casa de mis padres. A mi padre se le han acabado algunos medicamentos y me ha parecido una buena excusa para verlos sin pantallas. También les he comprado un par de mascarillas a un precio desmesurado. Les he llevado un carro lleno de fruta y verdura, y lejía para que lo puedan desinfectar todo. He tenido que descargarme un certificado en el que declaro que el motivo del desplazamiento es asistir a personas mayores. Les he dejado las provisiones en el descansillo de la escalera y hemos hablado a dos metros de distancia: ellos en el recibidor, yo junto al ascensor. No entro en la casa donde crecí para proteger a mis padres de mí.

Caminar al aire libre, a pesar de la extrañeza o por la extrañeza, me ha hecho casi feliz.

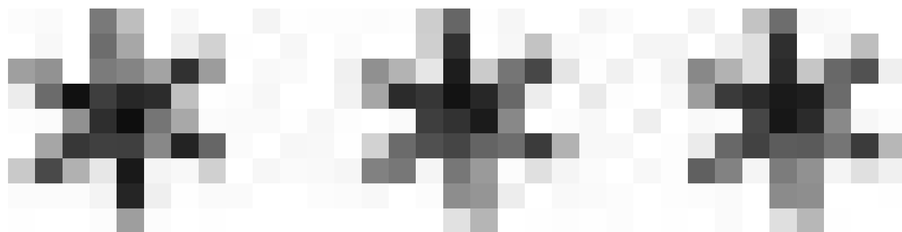


En la base de Keflavík había dos aviones de transporte C-117D. Eran variantes del legendario Douglas C-47 Skytrain, un avión militar de carga de motor doble, que a su vez era una versión del modelo civil DC-3. Los C-47 habían sobrevolado el Himalaya en dirección a China durante la Segunda Guerra Mundial, habían llevado paracaidistas a Normandía, habían roto el bloqueo soviético de Berlín en 1948 y eran la piedra angular de la aviación norteamericana de la posguerra. Los C-117D de Keflavík se habían fabricado a principios de los cincuenta y tenían unos motores radiales ligeramente más potentes que los de sus

hermanos, un fuselaje más grande, un timón de cola más grueso, mejoras de configuración en las alas y puertas de aluminio bajo el motor que aislaban por completo el tren de aterrizaje cuando se cerraban.



Nada de ficción, Gregory. La transcripción tal cual de tus palabras. Un trato es un trato.



Un viaje de cuatro días a Islandia en noviembre de 2019 es tentador y parece inofensivo. Volar en avión siempre me angustia, y viajar con gente desconocida es una jugada emocionalmente arriesgada, pero ya no me encallo en riesgos pequeños. El clima sería más suave en verano, cuando reina el sol de medianoche, que a las puertas del invierno. Pero la temporada baja brinda la belleza de los paisajes nevados y la posibilidad caprichosa de las auroras boreales.

Norwegian me inspira confianza. Dentro de un año la compañía pedirá la suspensión de pagos a Noruega para afrontar la crisis derivada de la pandemia, dentro de un año y medio anunciará que cierra la base de Barcelona y que despide a más de mil empleados, pero hoy no tenemos que sufrir por la situación financiera de la aerolínea ni por el futuro laboral de sus trabajadores ni por si los aparatos han pasado todas y cada una de las revisiones.

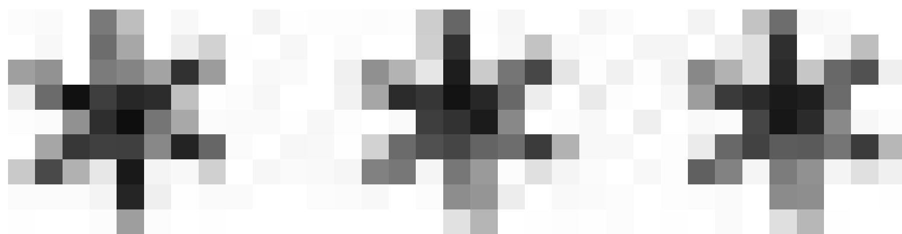
La escritora polaca Olga Tokarczuk dice que cuando se va de viaje desaparece del mapa. Porque nadie sabe dónde está: si en el punto del

que ha salido o en el punto al que debe llegar. En medio está la ausencia, el no estar en ningún sitio. Y piensa que por el cielo hay muchos como ella: personas que han desaparecido, que se ausentan del mundo. Como los amigos de siempre que parecían para siempre, pero no.

La libreta, el móvil, la cartera, el ordenador, la férula dental, mudas, melatonina, paracetamol, bolis, neceser, bufandas, guantes, otros guantes, cargadores, gafas de sol, tres libros, un tercer par de guantes, las llaves de casa para poder volver. Necesidades repartidas entre la maleta de cabina y la mochila de piel.

Y, puestos, unos pendientes de oro con forma de avión. Los símbolos y yo.

Me llevo también, a la fuerza, el síndrome de Raynaud, el trastorno de los vasos sanguíneos que me hace demasiado sensible a cualquier cambio de temperatura y que me ha tenido alejada de los termómetros negativos durante medio siglo.

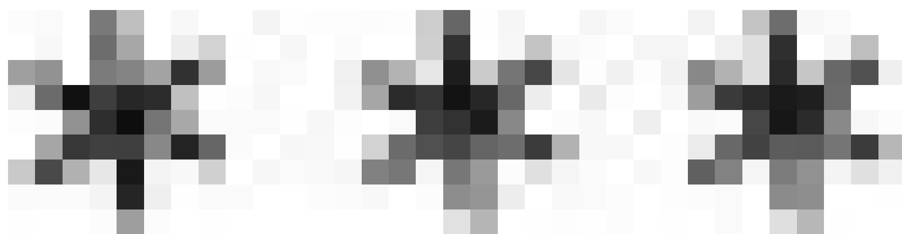


Los aviones C-117D solían contar con tres miembros de tripulación: un piloto, un copiloto y un jefe de tripulación. El piloto y el copiloto tenían que ser oficiales de la Marina formados como aviadores navales, mientras que el jefe de tripulación solía ser un militar de alto rango que sabía de mecánica y del funcionamiento de motores, radios y sistemas de navegación. Él era quien iba arriba y abajo para atender a los pilotos y a los pasajeros.

Comencé a volar con el C-117D poco después de llegar a Islandia. Tenía que acumular unas cien horas de pilotaje bajo la supervisión de un miembro más veterano y con más experiencia en la aeronave.

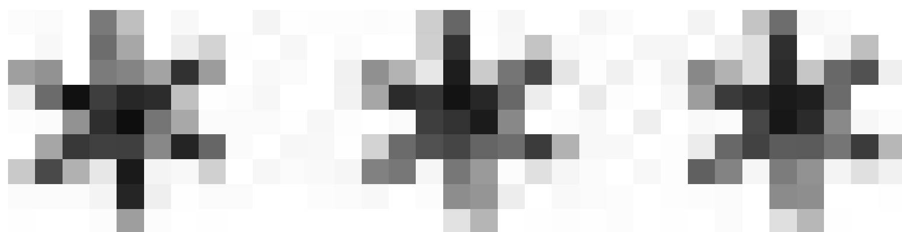
Solíamos aprovechar los vuelos de aprovisionamiento hacia Höfn para hacer las horas de entrenamiento. El comandante se encargaba del trayecto de ida y el copiloto lo relevaba a la vuelta.

El C-117D es un avión complicado de pilotar y de aterrizar, sobre todo cuando hay viento cruzado. Pero una vez alzas el vuelo y navegas, pilotarlo es un placer. Un placer, sé de lo que hablo.



Además de desaparecer de los mapas cuando viaja, Olga Tokarczuk borra los puntos con malos recuerdos. Donde ha caído, donde la han golpeado, donde la han herido. Son puntos que se han desvanecido de sus mapas.

¿Dejan de existir los lugares borrados?



Islandia es una isla meteorológicamente compleja para los pilotos, por mucha experiencia que tengan. La parte septentrional se adentra en el círculo polar ártico y recibe frentes con grandes cambios de presión desde el Polo Norte. Puedes toparte de repente con rachas fuertes de aire, lluvia, niebla, nieve o hielo. El terreno es montañoso, con glaciares de hasta 5500 pies de altura a poca distancia de la costa, sobre todo en el sur de la isla. Gracias a la corriente del Golfo, que aporta calidez, es un lugar habitable para los humanos. Pero con un tiempo de muy difícil previsión.

A media mañana del 21 de noviembre de 1973 salí de la base aérea y naval de Keflavík en uno de los vuelos logísticos hacia Höfn. A la ida iba de copiloto, acumulando horas y formación para llegar a comandar naves C-117. James D. Wicke, director general de la base, era el comandante de aquel vuelo y el piloto en el trayecto de ida.

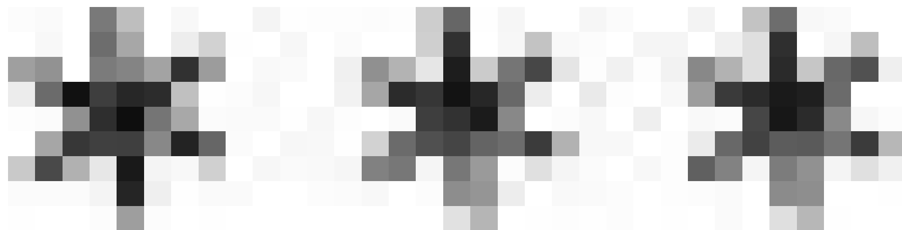
Wicke, que estaba dos rangos por encima de mí y tenía unos quince años más que yo, era un hombre afable y cordial. Nuestro jefe de tripulación era Edward T. Hall y nos acompañaban dos pilotos en prácticas: Mavis A. McManus y Clyde A. Swasey.

En el vuelo hacia Höfn atravesamos nubes grises sin complicaciones, aunque un viento cruzado inesperadamente severo durante el aterrizaje ya nos hizo presagiar cambios. Dejamos a unos pasajeros y el correo, engullimos unos bocadillos fríos hechos por un sargento de cocina del Ejército del Aire y recogimos a dos personas y más cartas. Como agradecimiento por nuestros servicios, el sargento también nos obsequió con un pastel de piña recién hecho y unos termos de café caliente para la vuelta.

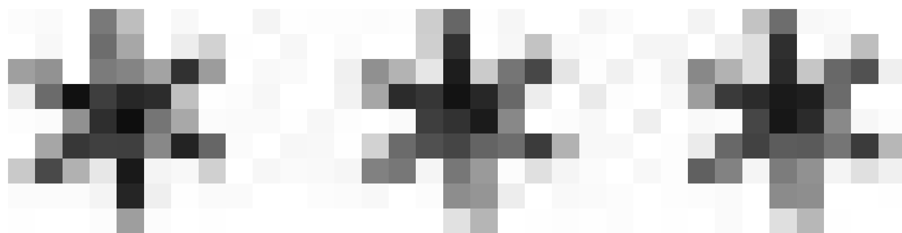
Ni en Höfn ni en ningún otro lugar hasta Keflavík había ningún servicio meteorológico disponible, así que llamamos por teléfono a la base para saber qué tiempo haría. La predicción era la misma que a la ida: posibilidades de hielo en las nubes, con punto de congelación a los 3000 pies.

El hielo en las nubes es un peligro habitual en aviación. A temperaturas bajo cero, las partículas de agua de las nubes se condensan en gotas más grandes que se congelan cuando topan con una superficie fría, como el ala de un avión. El hielo altera la aerodinámica y aumenta el peso de la aeronave. También puede perjudicar el rendimiento de los motores, sobre todo el de los motores de pistones que combinan aire y carburante para la combustión. Por el efecto Venturi, el aire pierde presión cuando entra en el carburador, aunque también se enfría mucho. Se enfría tanto que basta con que la humedad supere el ochenta por ciento y la temperatura exterior se sitúe por debajo de los veintiún grados centígrados para que se pueda formar hielo en el carburador. Si se acumula allí, impide el acceso de aire a los pistones y la potencia del motor se resiente.

Los aviones C-117D tienen permitido volar en condiciones atmosféricas de congelación y disponen de cuatro mecanismos para paliar sus efectos: las bombas de deshielo, los anticongelantes de hélice, los calentadores del carburador y los anticongelantes del carburador.



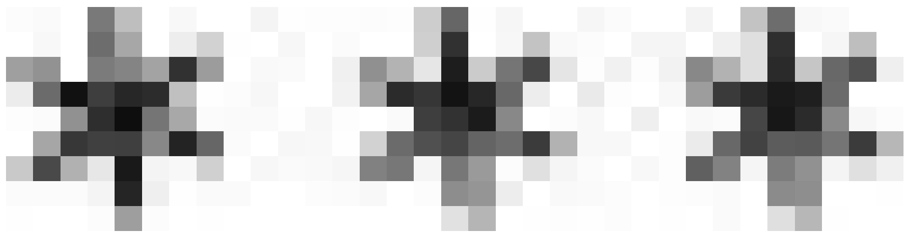
Para no llenarme entera de miedo, me llené de vacío. O de hielo.



El encuentro en el aeropuerto del Prat ha sido raro, pero eran las cinco de la mañana y habíamos dormido poco. Pierre me ha presentado a Joan y a Joana, se llaman así y son pareja. Han desayunado en el aeropuerto por separado, Joan por su cuenta y Joana con nosotros: gafas de sol, gomina en el pelo, una cadena gigante colgada del cuello. Ahora están sentados los tres juntos, seis filas por delante de mí. Dentro de un rato, Pierre y ella se levantarán e improvisarán una sesión fotográfica en el pasillo del Boeing 737-800. Joana hasta se tumbará en el suelo, todo lo larga que es, obstaculizando el paso del resto de pasajeros.

El avión no se va a estrellar, me digo con una convicción que ya me gustaría tener.

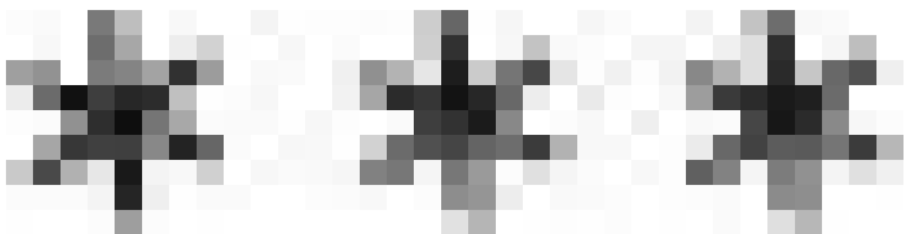
Ayer Pierre vio en un mercadillo mantas de plástico, de las que se usan para mantener la temperatura corporal en caso de emergencia, colgadas como decoración. Se fijó porque Joana se ha hecho un vestido con mantas térmicas plateadas y doradas, para lucirlo en el avión de Sólheimasandur. Aquel sí que se estrelló. ¿Puede decirse que se ha estrellado un avión que tiene que hacer un aterrizaje forzoso aunque el fuselaje se conserve cincuenta años después en el lugar al que fue a parar, aunque se haya convertido en objetivo y refugio de turistas intrépidos, aunque el avión en sí mismo sea un superviviente?



Explica Primo Levi en Si esto es un hombre que la felicidad perfecta no existe, y eso lo sabe todo el mundo, pero la infelicidad perfecta, tampoco. Los dos estados límite son imposibles porque la condición humana es como es: enemiga de toda infinitud.

«Se opone a ello nuestro eternamente insuficiente conocimiento del futuro; y ello se llama, en un caso, esperanza y en el otro, incertidumbre del mañana. Se opone a ello la seguridad de la muerte, que pone límite a cualquier gozo, pero también a cualquier dolor. Se oponen a ello las inevitables preocupaciones materiales que, así como emponzoñan cualquier felicidad duradera, de la misma manera apartan nuestra atención continuamente de la desgracia que nos oprime y convierten en fragmentaria, y por lo mismo en soportable, su conciencia».

La infelicidad no es perfecta, ni siquiera cuando te llevan en un vagón de mercancías hacia Auschwitz. Incomodidades físicas como los golpes, el frío y la sed pueden hacer resistible el viaje al horror. Los golpes, el frío y la sed mantuvieron a Primo Levi y compañía a flote sobre «el vacío de una desesperación sin fondo».

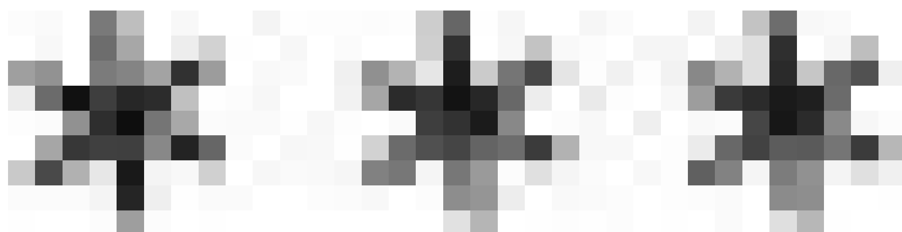


Podría ponerle nombre. Podría llamarla catástrofe, la Catástrofe. También podría llamarlo cráter. Pero cráter no es lo que fue, sino lo que ha quedado. A lo mejor lo llamo barranco. El Barranco, mi barranco. Los barrancos los crea el agua de lluvia. La lluvia que me inundó, la lluvia que limpia la tierra. Y es mejor no caer en ningún barranco, no ir a parar allí nunca. Pero no es imposible salir de él.

Los primeros meses me dolía el aire que respiraba, pero lo respiraba. El bucle del tormento de continuar absorbiendo oxígeno. De continuar.

También me dolían los colores, las risas, los perfumes. Un dolor de esos que se nota en las tripas, en las costillas, en los pezones, en los huesos que ni sabes que tienes.

Me ofendían el guacamole con el toque justo de cebolla, un recorte de cielo, que me bajara la regla, las réplicas inteligentes, los cochecitos de bebé, los conciertos. La primavera, por supuesto. Me ofendía la (mucha) vida que no se había muerto.



También fue nadando como perdí el anillo. Muy poco después de. Cuando aún llevaba el ánimo a rastras por un espacio y un tiempo de otro espacio-tiempo. Cuando me dominaba una apatía salpicada de culpa: por no haber sabido hacerlo mejor, por haber salido mejor parada, porque una ola gigante me había engullido pero no me había ahogado del todo.

La culpa, siempre.

Porque si me lo hubiesen preguntado, habría afirmado —consciente de que era una ambición precoz— que aspiraba a recuperar el hambre de vivir. Me gustaría decir en mi descargo que entonces no habría sabido cómo hacerlo. Había adelgazado, comía por inercia y vivía por inercia. Luchaba contra la desidia buscando a tientas alguna especie de norte. Nada me importaba nada porque nada era importante y lo sabía, al igual que sabía que me tenían que volver a importar las cosas que no importan. Que aquel vagar por una dimensión ingrávida y sin sentido, fuera de mí misma, tenía que ser tan provisional como cualquier certeza. Me había convertido en una autómata, pero no me reconocía ni quería reconocerme.

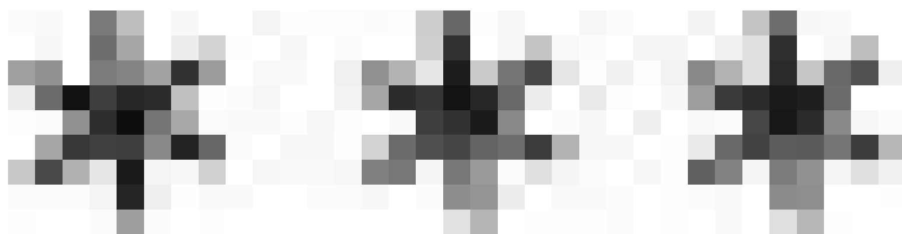
Proponte cada día llegar al final del día, me había aconsejado el marido de mi prima Neus. Cada día hasta el final del día, dijo como

quien prescribe un tratamiento infalible. Y así día a día, uno tras otro y, cuando te des cuenta, habrán pasado treinta años.

Un conocido de antes me escribió para decirme que venía a Palamós a pasar el fin de semana y quedamos en la playa para nadar juntos. Yo me obligaba a decir que sí a cualquier propuesta que implicara ver a alguien y hacer algo. Apenas recibía propuestas: mucha gente estableció conmigo una distancia social preventiva antes de que fuera obligatorio establecerla con todo el mundo. Distancia, manos, mascarilla.

Aquel sábado en la bahía de la Fosca encadenaba brazadas imperfectas cuando, al meter el brazo izquierdo en el agua, vi cómo el círculo dorado se me escurría del dedo anular y se iba hundiendo mar adentro. Lo vi y no supe reaccionar. No lo pude coger mientras bajaba. Intenté no perderlo de vista, en vano: la arena amarillea como el oro. Mi compañero de natación hizo una búsqueda infructuosa buceando a pulmón. El anillo que no me había quitado ni para parir, el anillo que tenía que llevar siempre pasara lo que pasara porque creo en los objetos y hago rituales así, el anillo que no fue ningún premio a la mejor mentira me dejó tirada sin avisar.

Como un amigo que desaparece y al que no vas a ver más.



Tocaba volver. El comandante Wicke y yo nos habíamos intercambiado los asientos y era mi turno de pilotar el aparato. En la cabina llevábamos un ejemplar del manual de aviación del C-117D y teníamos también unas listas con los pasos a seguir en cada fase del vuelo. El comandante me leyó la lista de acciones previas a la salida y se las confirmé punto por punto.

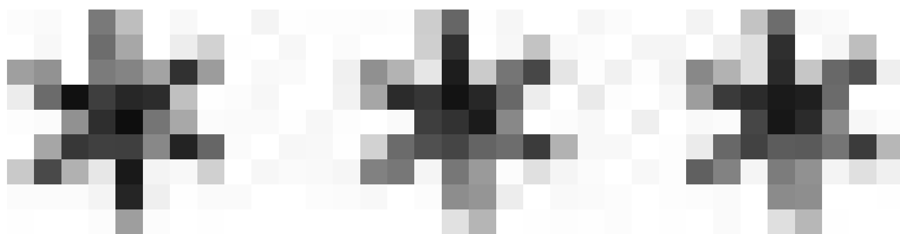
Yo aún estaba perfeccionando la maniobra de despegue con viento cruzado, nada fácil. Uno de mis instructores de vuelo de jets, que había pilotado aviones Douglas A-1 Skyraider en la guerra de Vietnam, llevaba una pegatina en la chaqueta que ponía: «Los jets son un juego de niños». Como alumno suyo, había pasado por alto el

capricho burlón, pero en aquel ascenso a Höfn en medio del viento, con el corazón a mil por hora, lo entendí como nunca.

Ascendimos en sentido sur, entramos en una zona nublada a unos 2000 pies de altitud y viramos hacia el oeste en dirección a Keflavík. Nos encontrábamos en un espacio aéreo fuera del radio de los controladores de Reikiavik y Keflavík. Desde Höfn, al estar centrados en la tarea de rastreo e intercepción, no nos pudieron proporcionar la asistencia rutinaria. Eran tiempos previos al GPS, nuestro C-117D contaba con unas herramientas de navegación bastante rudimentarias y la meteorología nos impedía ver nada por las ventanas. Pero me sentía bastante cómodo volando en aquellas condiciones (de hecho, me gustaba).

Nos estabilizamos a 10 000 pies, aún sin visibilidad y a una velocidad de 140 nudos. Hice ajustes en los alerones, en el timón de cola y en los elevadores para mantener la altitud, y programé el motor para ir a 2150 revoluciones por minuto y a una presión de 32 inHg, la configuración normal de potencia de crucero de los C-117D, mientras el comandante Wicke y el jefe de tripulación modificaban la combinación de aire y carburante de los motores. Como había previsión de hielo en las nubes, Hall activó los anticongelantes de hélice. Con el avión a punto para navegar, puse el piloto automático a fin de mantener la altura y la dirección programadas.

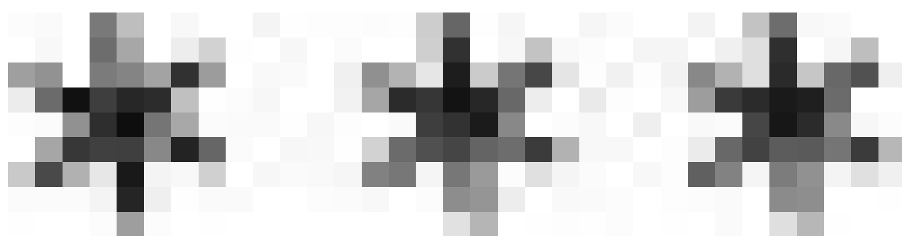
La navegación es responsabilidad del piloto, aunque el copiloto debe ayudarlo en todo lo que haga falta. Antes de salir de Höfn me había estudiado el trayecto de vuelta a Keflavík. Había dibujado la ruta con lápiz en la carta de navegación y la llevaba en el piernógrafo, sujeto al muslo derecho.



El dolor no se supera y del dolor no se sale ni reforzado ni mejor. Tal vez ni siquiera se salga de él. Pero pronto deja de hacer frío todo el tiempo, cesan las turbulencias severas y compruebas, atónita, que puedes seguir funcionando. Que puedes activar el piloto automático e ir al mercado, poner lavadoras, convocar reuniones, cambiar de marca

de colonia, encadenar frases coherentes, detestar la autocompasión.

Volar hacia el norte.

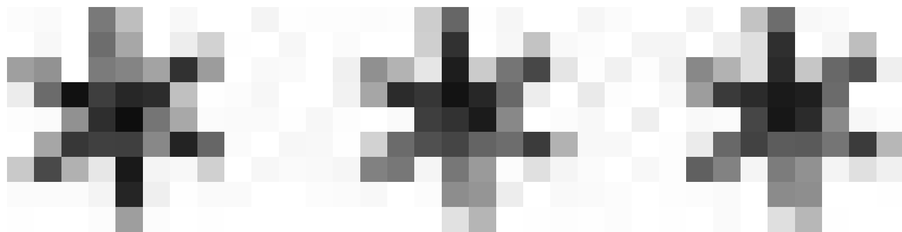


Para mantener el rumbo, fui haciendo retoques constantes a la dirección del avión en función de los vientos. Calculaba la distancia desde Höfn (y hasta Keflavík) a mano, multiplicando la velocidad a la que íbamos por los minutos de vuelo que habían pasado, y marcaba nuestra posición aproximada en la carta de navegación que llevaba en el muslo.

Estuvimos quince o veinte minutos rodeados de nubes. La visibilidad era prácticamente nula miraras hacia donde miraras. Apenas distinguía la luz del ala de babor, que se encontraba a unos cuarenta y cinco pies de mi asiento; tan solo veía una mancha roja.

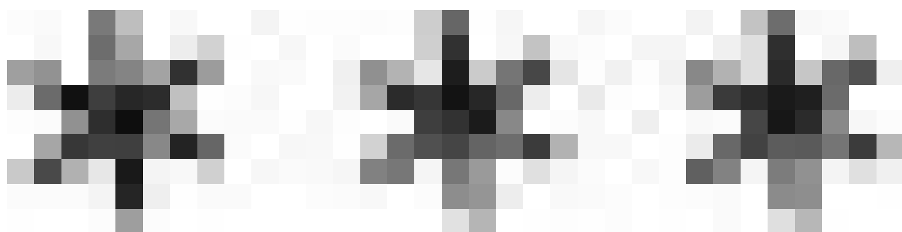
Como estábamos aislados del exterior, me concentré en los indicadores de navegación. Escuchaba con atención el runrún tranquilizador de los motores y miraba fijamente las agujas, que bailaban dentro de los parámetros normales. Aunque la temperatura de afuera era muy inferior a los cero grados centígrados, los radiadores de cabina aseguraban que en el interior se conservara el calor.

Sobrevolábamos una de las regiones menos concurridas del planeta. Las ventanas solo me servían para echar un vistazo de vez en cuando al motor izquierdo, por si tenía alguna fuga o mostraba indicios de problemas. El comandante Wicke se encargaba del motor derecho. Ed Hall me ofreció un café: me maravilló que el sabor y el aroma fuesen mucho más intensos a 10 000 pies en una cabina despresurizada que en tierra firme. Cuando vuelas sin visibilidad pero todos los sistemas de navegación funcionan, te abraza una sensación de bienestar.



Más que un barranco, Todo Aquello fue un terremoto con tsunami. Y lo que ha quedado de él es un puente alto y estrecho. Cuando parece que ya atisbas el otro lado, el río sucio que estás cruzando se ensancha y el puente no se acaba. Estoy obligada a seguir adelante sin mirar mucho atrás, pero alguien o algo se esfuerza por hacerme retroceder.

A lo mejor no soy lo suficientemente de hielo, todavía.



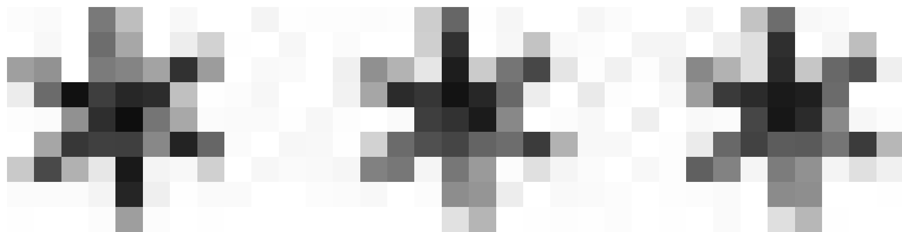
I feel

emotional landscapes

they puzzle me

Islandia nos recibe con tres versos de Jóga, de Björk, impresos en un vidrio de la terminal del Aeropuerto Internacional de Keflavík.

Busco la canción. All these accidents that happen follow the dot. Habla de mí: Todos estos accidentes que suceden siguen un patrón.



El sonido sibilante del hielo que golpea contra el vidrio y una turbulencia brusca, lo bastante fuerte como para desactivar el piloto automático, interrumpieron mi momento de paz con el café. De inmediato, cogí el timón para estabilizar el avión y botamos dentro de nubes de color carbón durante un minuto o dos.

Cuando salimos, teníamos mucha escarcha y hielo encima. Activé las bombas antihielo por si acaso y miré el borde de ataque del ala izquierda, buscando el ligero pulso neumático que confirmaría que las bombas funcionaban. El comandante realizó la comprobación en el lado derecho. A través de una capa rota de nubes debajo de nosotros, divisé la superficie gris blanquinoso de un glaciar.

Un chasquido en el motor de babor nos alertó. Wicke y Hall maximizaron la cantidad de carburante que recibían ambos motores. Hall también aumentó la temperatura de los carburadores e inyectó alcohol para intentar disolver el hielo que se hubiera podido formar y prevenir que se formara más, lo cual habría cortado el flujo de aire en los pistones. Funcionó: el motor de babor retomó el ritmo habitual y nos saludó con el ruido ronco de siempre. Entonces los tres fijamos la vista en los indicadores de control del motor mientras afinábamos el oído para detectar cualquier arritmia o sonido extraño.

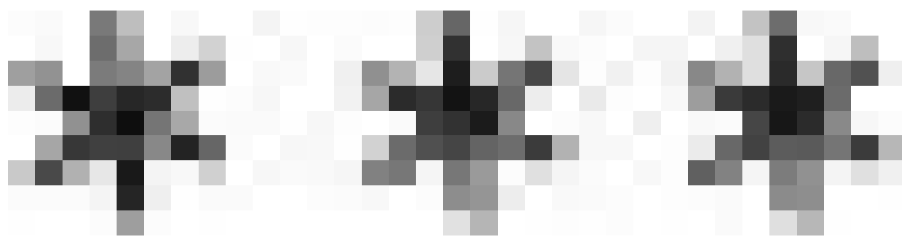
Nada más calmarse el motor de babor, apareció ante nosotros un muro de nubes amenazadoras, grises como la pizarra, que se extendía de un lado a otro y de arriba abajo hasta donde alcanzaba la vista. No era posible descender ni girar: entramos en él de lleno y volvimos a volar sin visibilidad.

No estaba nada preparado para una tormenta tan furiosa como la que nos asaltó dentro del banco de nubes. Hielo de todo tipo golpeaba la ventana, como si lo estuvieran disparando con una manguera antiincendios. Contemplé, hipnotizado momentáneamente, cómo las gotas de hielo chorreaban por el parabrisas y acababan dibujando unas tramas y cenefas que el descongelador era incapaz de combatir. Las placas de hielo y nieve que pasaban por el lateral eran tan densas y opacas que me impedían ver el motor de babor. A la repentina lluvia

de hielo se le sumaron turbulencias, y el avión comenzó a sacudirse como un toro mecánico de feria.

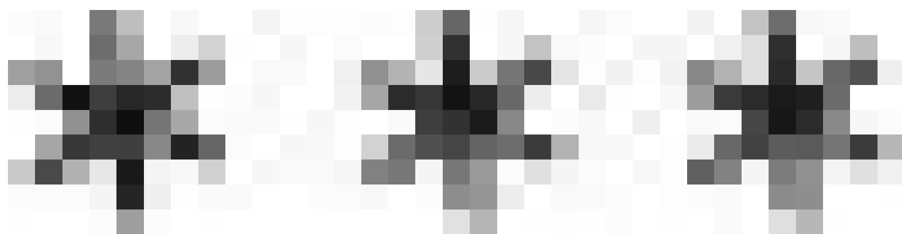
Hall volvió a subir la temperatura de los carburadores e inyectó más alcohol. Yo tomé el control manual del avión. Comprobé que las bombas antihielo siguiesen funcionando y observé, cada vez más preocupado, cómo unas láminas finas de hielo se desprendían de las alas y caían en dirección a popa: parecía que lanzáramos confeti. La escarcha también comenzó a cubrir las bombas, como la crema en una tarta. Para deshacernos de ella, tendríamos que haber cambiado de altitud hasta dar con aires más cálidos, pero el clima de Islandia nos negaba esta posibilidad.

El sistema antihielo de las hélices se puso en marcha. Los bloques de hielo que salían disparados por la fuerza centrífuga chocaban contra el fuselaje del avión, a unos dos pies de la cabina. Los golpes contra la capa de aluminio sonaban como una ráfaga de metralleta. Las turbulencias hacían convulsionar el avión con los tres movimientos posibles: balanceo, guiñada y cabeceo. El chasis crujía y gruñía, como si se quejara por volar en medio de aquel caos y quisiera huir. Yo sujetaba con fuerza los mandos de la nave, procurando mantener cierta estabilidad, mientras el comandante Wicke y Hall estaban pendientes del estado de los motores.



No me sentía con derecho a quejarme ni podía huir hacia ninguna parte, en plenas convulsiones de mi universo. Me aferraba a cualquier gesto que me insuflara aire, gasolina, valor. Toda yo había entrado en situación de tumba metabólica, me obligaba a ahorrar energía. Desnutrida como estaba, me bastaba con poco: una mañana recibía un corazón pueril por WhatsApp y se me renovaban las fuerzas hasta el día siguiente. Durante semanas y meses enteros mantuve cierta estabilidad gracias a una amiga de Nueva York, la amiga de Nueva York: sin verme, había adivinado el pozo seco del fondo de mis pupilas. Tú reclámame palabras siempre que quieras, me dijo. Y me enviaba las palabras justas a la bandeja de entrada antes de que yo le pidiera ninguna.

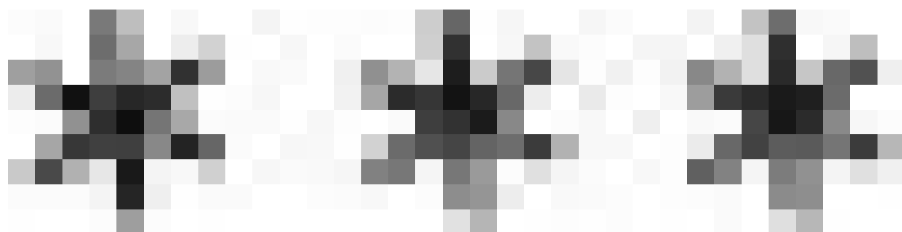
Tal vez porque lo veía con más perspectiva, Nicole fue la persona que mejor me entendió, la única que dio con la distancia correcta. Nos separaban un océano, un idioma y seis horas de diferencia.



Pocos minutos después de que entráramos en la tormenta, los motores comenzaron a perder potencia; dedujimos que se estaba formando hielo. Intenté mantener la altitud, pero la velocidad iba bajando de manera inexorable. Vi, consternado, que el hielo también se acumulaba en las alas, tan rápido y en tanta cantidad que las bombas ya no llegaban a romperlo.

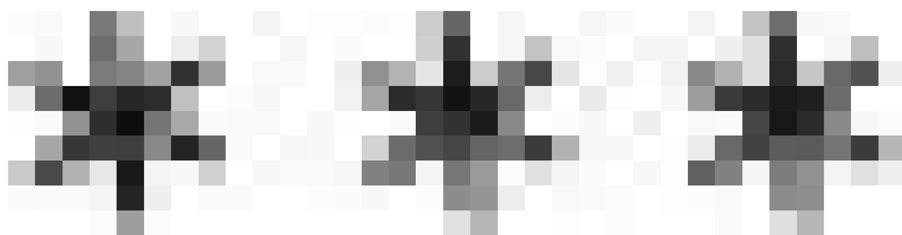
El comandante Wicke y Hall solo tenían ojos para el manual de emergencias. Traté de determinar nuestra posición: estábamos a unas noventa millas al oeste de Höfn, justo encima de un glaciar de 5000 pies de altura. Mientras me volvía para informar a los compañeros de la ubicación aproximada, el motor de babor emitió un sonido ahogado y se paró.

Nos quedamos de piedra, tanto que no soltamos ni un taco. Ajusté los estabilizadores para mitigar las sacudidas y el comandante nos hizo repasar la lista de instrucciones para volver a encender el motor. Nada. Se mantenía en un terco silencio, la hélice se movía inútilmente al ritmo del viento exterior. Al cabo de treinta segundos, el motor de estribor tosió con fuerza y también se apagó.



Hay algún personaje que, confundiendo la transgresión con la

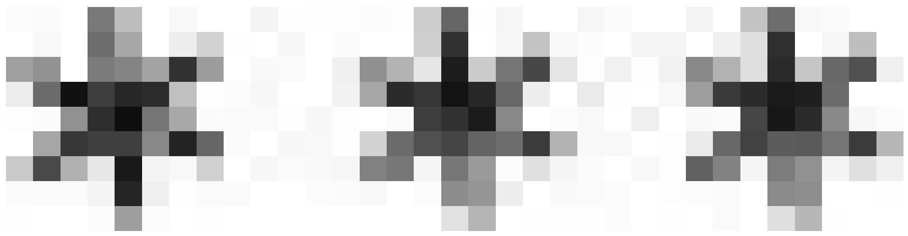
indecencia, ha hecho escarnio de mi dolor. A este le tendría que agradecer de todo corazón que me haya empujado hacia el mundo de los vivos y sus mezquindades.



A Joana le estorbo y se esfuerza para que lo sepa. No soy tu amiga, no quiero jugar contigo. Después de dejar las maletas en el apartamento, hemos pasado la tarde dando vueltas por Reikiavik y, de repente, ha dejado de hablar. A lo mejor no le ha sentado bien que Pierre y yo hayamos invertido demasiado tiempo en descubrir un mercado en el que he comprado una edición de Robinson Crusoe en islandés y un ejemplar del diario Morgunblaðið, del 28 de noviembre de 1973, en el que sale una noticia de seguimiento del accidente del avión que tenemos previsto ver mañana.

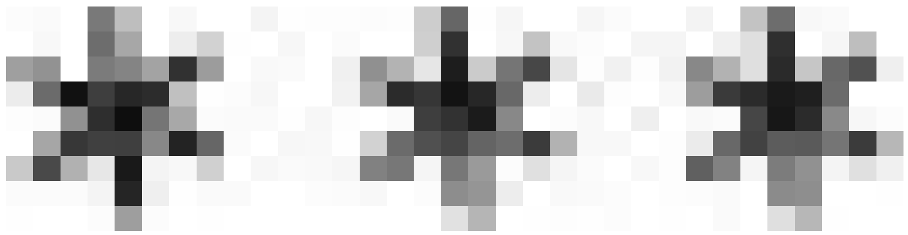
Soy imbécil. Imbécil. A santo de qué me he metido donde no me llamaban. Menos mal que es un viaje relámpago de cuatro días y ya nos hemos fundido uno. A las ocho y media hemos ido a un restaurante de sopas que me habían recomendado y Joana se ha quedado muda y quieta delante del plato, no ha cogido la cuchara siquiera. Me he transportado al sábado en que no quise cenar con la tía Aurèlia, cuando tenía cinco años y un miedo más grande que el perro del piso de abajo.

Habiendo desperdiciado uno de los platos de sopa servida dentro de un pan redondo, ni Pierre ni Joan ni yo nos hemos atrevido a hacer uso del derecho a la repetición ilimitada, lástima, me habría tomado otro caldo de verduras picante. Me he levantado un par de veces y he fingido que iba al baño. Quítate de en medio, evapórate. ¿No ves que les estás fastidiando el viaje? ¿Cómo has podido pensar que, si te acoplabas a un grupo de desconocidos, te recibirían con los brazos abiertos? A ti, que nunca has sabido integrarte en las fiestas, que eres antipática por naturaleza, que tienes la fobia social por compañía.



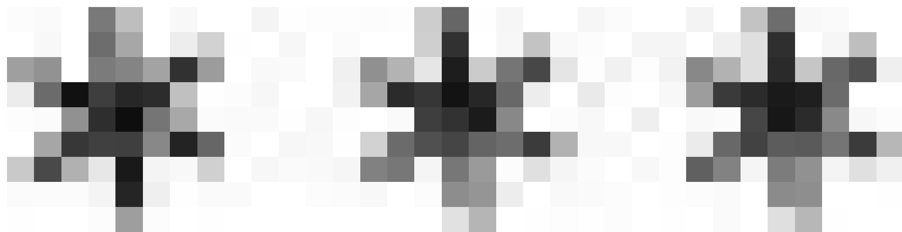
Encuentro la comparación así de explícita en un libro de Simone de Beauvoir sobre los últimos días de su madre: «Un cáncer, una embolia, una congestión pulmonar: es algo tan brutal e imprevisto como un motor que se detiene en el aire».

Me da cosa subrayarla.



En tan solo un minuto, nuestro C-117D había pasado de ser una aeronave propulsada hacia delante a ser un peso muerto que empezaba a caer. No nos quedaba otra opción que intentar un descenso controlado, un aterrizaje de emergencia. Un cálculo rápido me confirmó que, si seguíamos planeando en aquella dirección, tardaríamos cinco minutos en chocar con la cima del glaciar. Se lo comuniqué al comandante y le dije a gritos que teníamos que virar hacia el sur lo antes posible. Rumbo al mar, aunque, en aquellas aguas tan frías, sobrevivir sería un milagro.

El comandante estuvo de acuerdo. Ordenó el giro e hizo que Hall preparara para el aterrizaje en el Atlántico a los pobres pasajeros, que estaban aterrorizados: tenía que impartirles un cursillo exprés para ponerse los chalecos naranjas y desplegar los botes salvavidas. Él comenzó a enviar mensajes de socorro por una frecuencia internacional de emergencias en los que detallaba nuestra maniobra, posición aproximada y dirección.

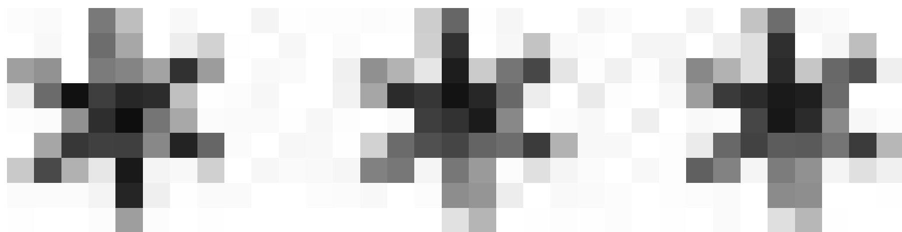


Diría que envié mensajes, o lo intenté, pero no grité lo suficiente o no me salió la voz o aquellos que pudieron haberlos recibido optaron por cambiar de acera o de oreja o de teléfono.

Los entiendo, y tanto. Yo también he esquivado por los pasillos del súper y por las calles del barrio a gente que lleva enganchada alguna desgracia en carne viva, como si las desgracias no nos persiguieran a todos, el final feliz solo depende de dónde interrumpas el cuento. Los entiendo: qué ganas de ir sumando ratos incómodos a nuestros quebraderos de cabeza particulares.

Me habría sentido culpable si hubiera gritado más fuerte, si hubiera dibujado un sos bien grueso con letras de palo en la arena de la playa grande. La culpa, siempre.

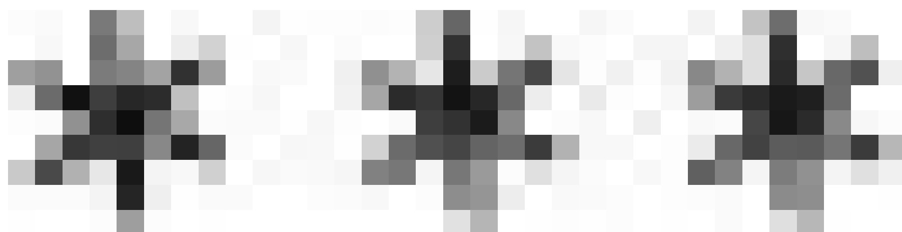
Envié unos mensajes de socorro demasiado discretos, unos auxilios afónicos, y los más cercanos no los oyeron, o los oyeron pero no me socorrieron. De puertas afuera y con los informes médicos en la mano, podía parecer que no era yo la que necesitaba ayuda urgente. Pero solo se me podía salvar a mí.



Un descenso sin visibilidad ni motores en un terreno montañoso no es una experiencia que le recomiende a nadie, el desenlace trágico es demasiado probable. Yo intentaba mantener la velocidad y el rumbo, mirando el parabrisas por si aparecía un agujero de cielo sin hielo ni granizo. El comandante seguía emitiendo las señales de socorro por radio y, cuando Hall volvió a la cabina, los dos intentaron encender

los motores una y otra vez, con la esperanza de recuperar aunque fuera uno.

Bajamos hasta 6000 pies. Y hasta 5000 y hasta 4000. La acumulación de hielo no empeoraba, pero seguíamos sin visibilidad y con turbulencias moderadas, sin saber dónde estábamos con respecto a la costa. Al llegar a los 3000 nos pareció vislumbrar como una especie de línea de tiza entre las nubes. Grité: «Creo que veo la espuma del mar».



Hola, supongo que me recuerdas. Sé que esto es una irrupción surrealista, pero tenemos un café pendiente. ¿Te apetece?

Quedamos una tarde de la semana siguiente, como si no hubieran pasado veinticinco años desde que yo lo buscaba para que me dirigiese la tesis doctoral y él me rehuía. Lo incomodaba. Lo vi claro un día en su despacho de la facultad, donde me soltó —le salió del alma— aquel Eres tan perfecta que das asco. Allí asumí que no me dirigiría la tesis, que no le gustaba que me interesara un objeto de estudio tan similar al suyo, que adiós planes de carrera académica. No era yo quien tenía el poder.

Y ahora, un cuarto de siglo más tarde, dos años y medio después de que se me hicieran pedazos el tablero y las fichas y las reglas del juego, seis meses antes de que una pandemia convirtiera en delito los encuentros sociales, necesitaba hacer tabula rasa porque no me veía capaz de comenzar nuevas partidas con cuestiones mal resueltas en jugadas anteriores. Como de pequeña, cada día al caer la noche: Mamá, sin el beso de buenas noches no puedo dormir tranquila.

El café fue mejor de lo que imaginaba. Pasado el más que comprensible desconcierto inicial, admitió que había sido un profesor joven que, como tantos otros profesores jóvenes, escondía la inseguridad bajo una capa de soberbia. Me acabó explicando, con una confianza que me venía grande, que había encadenado o solapado durante décadas parejas que no pasaban de los veintipocos: sus alumnas siempre tenían la misma edad, los años solo los cumplía él.

Volví a casa caminando más erguida, con la sensación de haber deshecho un antiguo nudo. Un lastre menos.

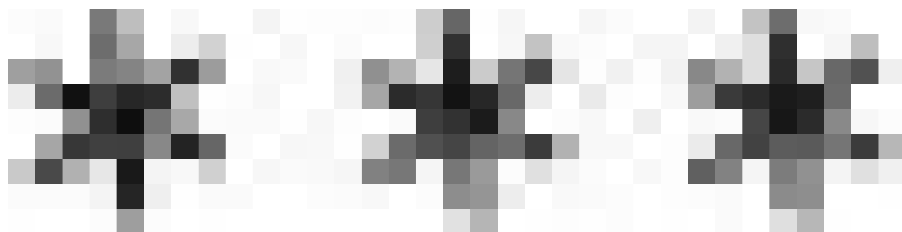
Durante el septiembre prepandémico, y en una semana y media, quedé también con el primer novio que tuve y con una maestra que me había condenado delante de toda la clase de las Ardillas cuando no tenía ni seis años: Eres la persona más maleducada del mundo. Podría haber dicho niña, pero lo quiso hinchar y dijo persona. La más maleducada del mundo.

El objetivo de aquel afán sobrevenido por ajustar cuentas, ahora lo veo, era arrancarme algunas de las frases que me había llevado puestas cual faquir e intentar que cargaran con ellas los que me las habían lanzado. Toma, te devuelvo las palabras que me endosaste. Me lo pedía una parte de mí que, si pasaba por la consciencia, pasaba de soslayo. Deshazte de pesos sobrantes, es el momento de hacerlo, no quieras remontar el vuelo con alas de plomo.

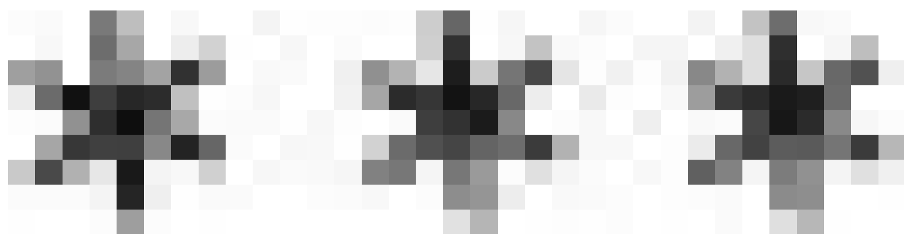
La intuición se pone al volante cuando el yo más consciente baja la guardia o dimite o no sabe qué hacer.

Pepa, ya jubilada, me recordaba como una niña avispada, una de aquellas alumnas que dan sentido al trabajo de maestra. Puso cara de qué narices dices cuando le comenté que, según ella, no había en la Tierra ninguna persona más maleducada que yo.

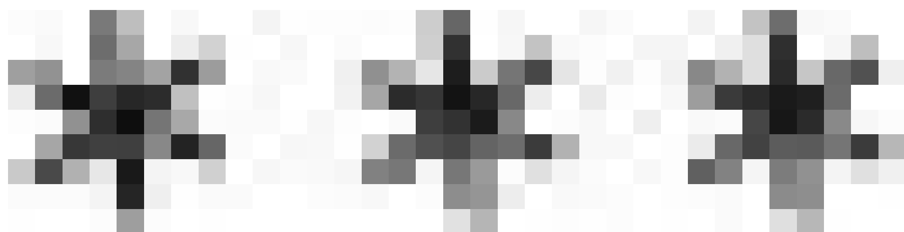
El primer novio alegó que le hablaba de otra vida, que él ya no era el mismo ni de lejos y que no estaba capacitado para responder en nombre de alguien que no existía. Me negué a reafirmarle aquellos delirios disociativos y le devolví su Sin mí no serás nada ni llegarás a ningún sitio.



Cada accidente parece excepcional cuando eres el protagonista. Se han estrellado más aviones militares americanos en Islandia que en cualquier otra parte del planeta.



Sería justo que funcionara así: que siempre pudiésemos devolver al remitente las frases que nos han roto. Mira, creo que no me hace justicia y quiero que sepas que oírla me hizo daño. Nos lo pensaríamos dos veces antes de decir según qué cosas si las palabras que nos disparamos los unos a los otros estuvieran sometidas a una política de cambios y devoluciones.



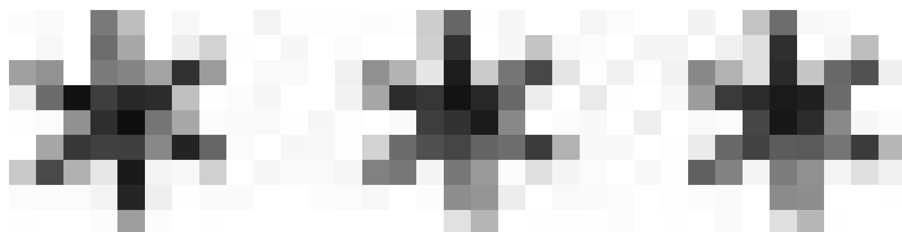
Salimos de la tormenta a unos 2500 pies de altitud sobre un trozo de playa de grava. Estábamos encarados hacia el sur. Las olas y los saltos de espuma revelaban que el viento soplaba con fuerza desde el oeste. El terreno parecía bastante plano y firme, aunque había riachuelos y charcos entre el glaciar y el mar. La playa se intuía más tranquila que el océano enfurecido, así que avisé al comandante de que intentaría coger la dirección del viento para aterrizar. Le pareció bien.

Una vez que bajamos a 1500 pies, parecía que los motores querían resucitar. Pero ya no había manera de mantenernos en el aire. Nos encontrábamos a unos 800 pies cuando pedí que recitaran la lista de instrucciones y que desplegaran el tren de aterrizaje y los flaps. El comandante rechazó la petición: le preocupaba, con razón, que embarrancásemos el morro del avión en arena fina o en un pozo de grava durante la maniobra. Acordamos bajar los flaps en el último momento, para aterrizar a la menor velocidad posible.

Nos acercábamos a la línea de la costa a una velocidad de noventa nudos y a una altitud de unos 500 o 600 pies, justo lo que necesitaba

para girar el avión noventa grados y buscar la dirección del viento. Pedí que bajaran los flaps, ahora sí. Subí el frontal de la aeronave para aterrizar con la panza sobre la arena.

Tocamos tierra a una velocidad de setenta nudos, primero con la cola y luego con el ala izquierda, en un trozo de playa que tenía una pendiente suave. La panza del C-117 cayó con fuerza a tierra y el morro, por suerte, no quedó enterrado. Nos deslizamos por una corriente helada poco profunda hasta que la orilla del lado opuesto nos hizo parar de golpe, a menos de noventa pies del punto de impacto.

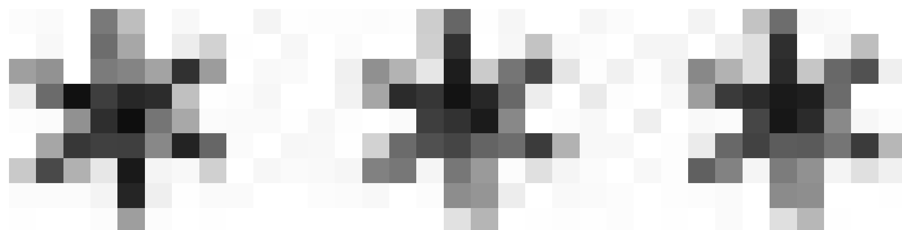


Los choques frontales en el comedor, en el pasillo, en el baño, desde aquel martes de agosto en el que se acabó la vida de antes. Las palabras que no supimos decirnos, y eso que siempre habíamos tenido tantas.

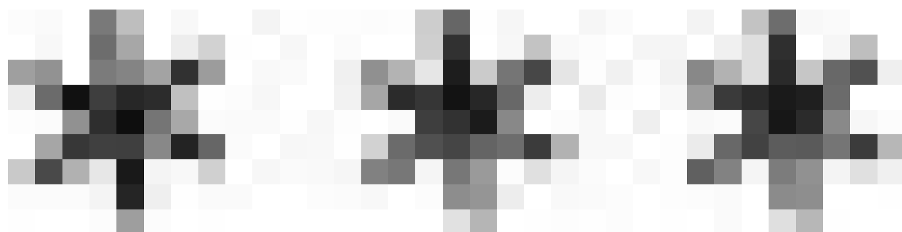
Y, también, las palabras que nos decíamos y se contradecían. Nos habíamos convertido en el diccionario de antónimos del otro.

Los gritos como ladridos de mis hijos cuando los supervivientes de Todo Aquello intentábamos salir a flote como podíamos. Pero no podíamos: la ira campaba a sus anchas, nos agredíamos porque sí, yo lanzaba tazas contra el suelo de la cocina a ritmo de deporte olímpico.

¿Seguro que he de querer recordar?

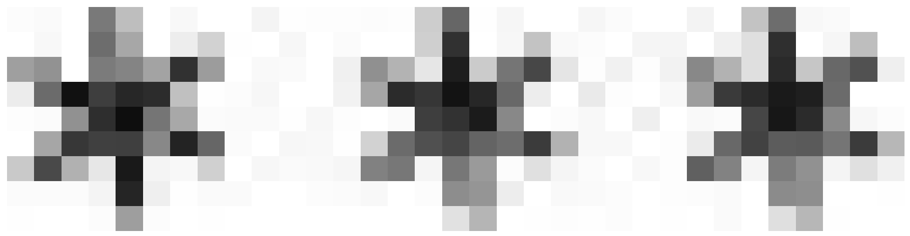


Pierre me acaba de decir con gestos y susurros que la táctica de dejarlos solos en el local de sopas no ha servido de nada: con ellos tampoco ha abierto la boca. Un silencio, un ademán serio, un plato lleno. A ver si mañana Joana está de mejor humor. Yo he dado el día por terminado y estoy ya en la cama. Me levantaré pronto para ducharme antes que nadie, así se encontrarán el baño libre y no tendré tanto la sensación de estar entorpeciendo la convivencia. Un solo baño para cuatro personas no permite dilatar mucho el rato bajo el agua rica en azufre, es una cuestión matemática. Los afligidos no están deprimidos sino matemáticamente tristes, matiza Julian Barnes, y los pisos turísticos islandeses con cuatro camas y un solo baño son matemáticamente justos, pienso mientras pongo la alarma a las cinco y media de la mañana. Intentaré apagarla de inmediato y levantarme sin hacer ruido.



La aflicción pone a prueba a los amigos, una prueba que pocos superan y muchos suspenden. Me gusta que lo diga Barnes, me hace sentir acompañada en la miseria. A algunos amigos, añade, les asusta tanto el dolor ajeno como la muerte, y se apartan de ti como si fueras contagioso.

El escritor C. S. Lewis se preguntaba si los afligidos no deberían confinarse como los leprosos. Hoy se habría referido a los infectados por un virus pandémico. Aislados del exterior durante los primeros meses o años, dejarían de ser un espejo de futuro para las parejas felices. Porque todos los amantes están abocados a la separación, incluso en el improbable caso de que se mueran a la vez en un accidente aéreo.

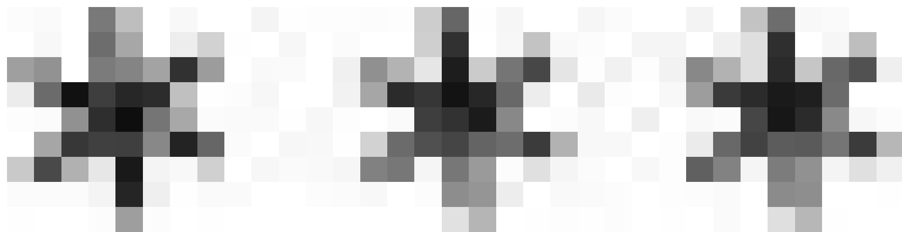


Un fuerte olor a combustible entró en la cabina (más tarde supimos que el depósito del ala de babor se había roto durante el aterrizaje). El comandante y yo apagamos frenéticamente los aparatos eléctricos y Hall corrió hacia la popa para evacuar a los pasajeros en caso de incendio.

Todos saltamos por la puerta de carga y nos sumergimos hasta los tobillos en un riachuelo semicongelado. El mismo viento tempestuoso que nos había ayudado a frenar nos calaba ahora los huesos. El comandante se había hecho un corte en la frente con el vidrio de la cabina en la última sacudida, porque yo había bloqueado el timón con los brazos al tocar tierra (una decisión de la que me habría arrepentido si el choque hubiera sido más violento), pero aparte de eso nadie se había hecho daño. Los pasajeros, ataviados con los chalecos naranjas, bailaron y dieron saltos de alegría. Parecía un naufragio de astronautas trastocados. Nos abrazamos y nos felicitamos unos a otros, contentos por haber salido indemnes y sin notar de entrada ni el frío ni la humedad.

Tras descartar que hubiera algún incendio, volvimos a subir a la aeronave para repasar el material de supervivencia. Nos habíamos estrellado en torno a las dos menos cuarto de la tarde, pero no sabíamos si alguien había recibido los mensajes de socorro del comandante. Haciendo inventario y planeando una noche larga y fría en la playa, vi que nuestro pastel de piña había caído de cara sobre el suelo de la cocina. No había regla de los cinco segundos que valiera; nos lo comeríamos si hacía falta.

La radio del avión, guardada en el bote salvavidas, era un modelo antiguo y manual de la Segunda Guerra Mundial: requería que los supervivientes montaran una cometa, le atasen una antena y la volaran bien alto para encontrar señal. Sonaba fácil, pero con las manos heladas y un viento de cuarenta nudos, la escena de todos intentando montar la cometa parecía sacada de una película de los hermanos Marx.

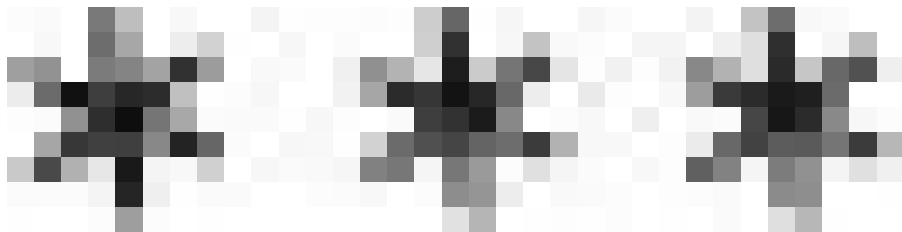


Los Reyes habían dejado un radiocasete portátil en casa de mis abuelos. Servía para escuchar la radio y casetes de música, y permitía grabar cintas vírgenes. Yo tenía cuatro años, todavía era hija única. Cuando llegó la hora del roscón, alguien decidió que teníamos que probar el nuevo juguete: Nos grabaremos durante cinco minutos y luego escucharemos la grabación. Expectación máxima en aquel principal primera de la calle Pujades en el que habían nacido mi madre y mi tía, y donde los Reyes me acabarían trayendo en el tiempo de descuento la bicicleta anhelada durante toda la infancia, año tras año el deseo y la decepción, el deseo y la decepción.

Atención, se graba. Estaba yo tratando de adivinar cuánto rato eran cinco minutos, queriendo que se acelerara el reloj, que ya hubieran pasado los cinco minutos acordados para que pudiéramos ser testigos de la conversación grabada. El temor de que los cinco minutos pasarían poco a poco porque yo quería que pasaran rápido. La relatividad del tiempo contrastada en la sobremesa de la comida de Reyes. ¿De qué hablamos mientras esperamos que pase un tiempo que se está tomando su tiempo para pasar?

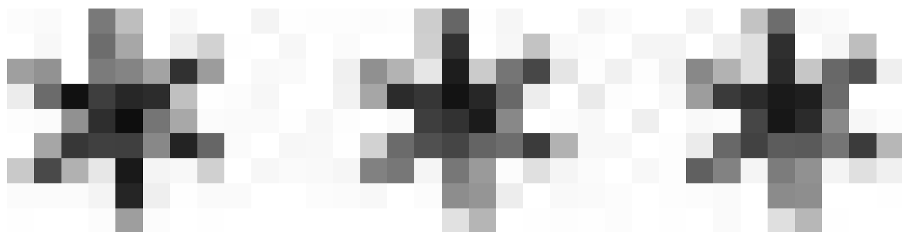
Al cabo de cinco minutos que duraron cinco siglos, cinco minutos que a lo mejor todavía están transcurriendo, la tía Marta rebobinó la cinta y apretó un botón. Callad, que nos vamos a escuchar. No recuerdo de qué hablaban mis padres, mis abuelos, mi tía Marta, el hombre que acabaría separándose de mi tía y dejaría de ser mi tío. Lo único que sé es que, interrumpiendo la conversación de los adultos inmortalizada a propósito, se iba oyendo una vocecita que decía y repetía, con más impaciencia que esperanza, ¿Ya han pasado cinco minutos?

Querer que el reloj vaya más rápido, que el nuevo capítulo comience enseguida. Da lo mismo si te queda parte del proceso por hacer, da lo mismo si es demasiado pronto como para pasar pantalla, da lo mismo si los protocolos del dolor dicen que todavía no.

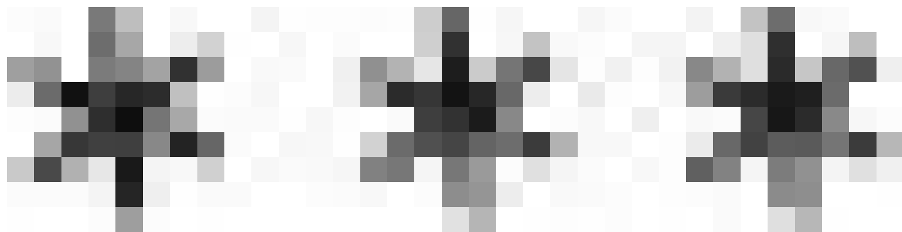


Mientras nos peleábamos con la radio de supervivencia, oímos un chirrido lejano de turbinas de avión que provenía del este. Al cabo de unos pocos minutos divisamos un C-130 de la fuerza aérea norteamericana que volaba muy bajo sobre el agua y se abría camino hacia el oeste, bajo un techo gris irregular. Hall cogió una pistola de bengalas y disparó una al aire. El resto nos pusimos a saltar por la playa para llamar la atención del C-130.

Nos vieron. El ruido de los cuatro motores y el humo negro que expulsaban nos pasaron por encima, y el piloto movió las alas para confirmar que nos había visto. Mientras el avión daba media vuelta sobre el agua para venir hacia nosotros, estallamos en gritos de alegría y nos olvidamos del frío. Unos minutos después pasaba en vuelo lento a unos quinientos pies por encima de nosotros y uno de los tripulantes nos lanzaba cuatro radios portátiles desde la puerta de atrás. Cayeron con paracaídas y el viento las desperdigó por la playa. Las recogimos y pudimos comunicarles cuántos éramos y que no había ningún herido grave. La tripulación de aquel avión nos informó de que un helicóptero de rescate venía desde Keflavík. Igual no íbamos a tener que comernos el pastel de piña.



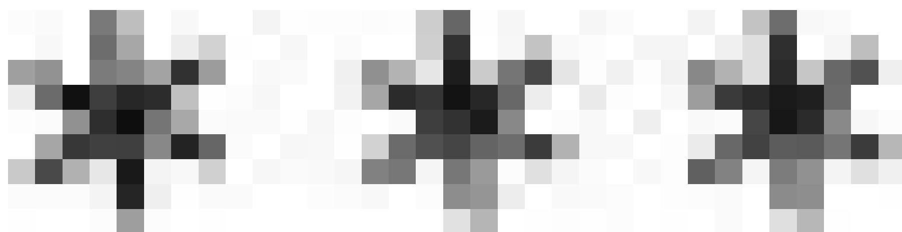
Bienvenido a Islandia —dice una frase impresa en camisetas, guías, posavasos y calendarios—. Si no te gusta el tiempo que hace, espérate cinco minutos.



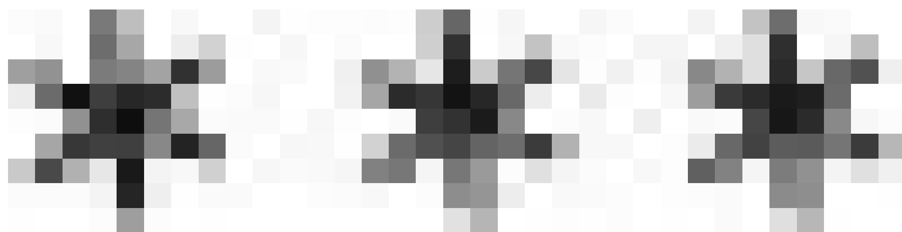
El avión de Roald Dahl sí que se incendió. Lo he medio recordado leyendo el relato de Gregory y me ha faltado tiempo para rescatar de la estantería el libro autobiográfico Volando solo. Segunda Guerra Mundial, septiembre de 1940. Alistado en la Royal Air Force, el joven Dahl acababa de obtener la insignia de aviador y se tenía que incorporar a un escuadrón en el desierto de Libia. Aquella sería su primera aventura en territorio de combate. Pilotaba un Gloster Gladiator, un caza biplano armado con dos ametralladoras fijas que disparaban las balas a través de la hélice en movimiento. Sobrevolaba un desierto abrupto lleno de piedras, guijarros y hondonadas. El aeródromo en el que debía aterrizar no aparecía. No tenía radio ni ninguna carta de navegación para orientarse, solo un mapa enganchado a la rodilla. Se estaba haciendo de noche, el combustible disminuía y se vio abocado a un aterrizaje forzoso. Escogió una zona que parecía menos rocosa que el resto e intentó aterrizar. Las ruedas tocaron tierra. Sacó el contacto y se puso a rezar. Pero el tren de aterrizaje topó con una gran roca que lo destrozó. El Gladiator hundió el morro en la arena y la cabeza del piloto chocó contra el reflector. «Además de la fractura de cráneo, el golpe me aplastó la nariz, hizo que se me saltaran unos cuantos dientes y me dejó ciego por completo unos cuantos días». Poco después, la explosión de los depósitos de gasolina y el incendio. Dahl se desabrochó el cinturón e hizo un esfuerzo desesperado para salir de la cabina y apartarse del avión en llamas. Entonces vio explotar la munición de la ametralladora, pero a él solo le preocupaba alejarse de aquel calor terrorífico. En cuanto la temperatura se hizo soportable, cayó redondo sobre la arena y se durmió.

El avión se había estrellado en tierra de nadie, en una franja del desierto oriental que separaba las líneas de frente de los ejércitos británico e italiano. Cuando las llamas se apagaron y el desierto quedó a oscuras, una patrulla de tres soldados británicos se acercó al lugar del siniestro. «Se pensaban que solo encontrarían un fuselaje quemado y un esqueleto calcinado y se quedaron atónitos cuando llegaron a mi cuerpo, que aún respiraba».

Roald Dahl siguió pilotando aviones de guerra hasta junio de 1941. Empezó a padecer unos dolores de cabeza insoportables cuando volaba, el médico del escuadrón le dijo que debía de ser por las heridas que había sufrido en la cabeza en el accidente del Gladiator y que no podría volver a tripular un caza: el riesgo de que perdiera el conocimiento en pleno vuelo era demasiado alto. Lo declararon inútil, lo expulsaron de la guerra aérea y el mundo ganó un escritor. Su primer texto se publicó en agosto de 1942: describía cómo se había estrellado en el desierto. La revista que le compró la historia la tituló Abatido en Libia, pero él siempre dejó claro que el accidente no había tenido nada que ver con ninguna acción enemiga. Que aquel título era ficción. Pura ficción.



¿Ya han pasado cinco minutos?



Había transcurrido una hora y media desde el aterrizaje de emergencia en Sólheimasandur cuando un helicóptero descendió hasta la playa. A su paso dejó una ráfaga de nieve y arena. Subimos a él.

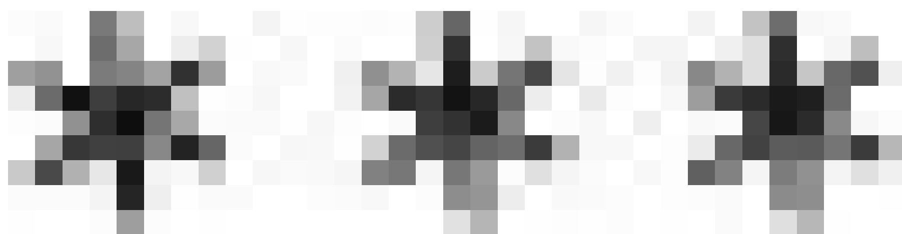
Me cargué a la espalda el saco naranja de la correspondencia que me había dado el sargento de Höfn. Era parte de mi trabajo como copiloto entregar en mano y sin incidentes el saco de cartas a la oficina de correos de Keflavík, y me arriesgaba a una estancia en la prisión naval de Portsmouth si no cumplía con el encargo.

El avión que nos había localizado, de sobrenombre King 81, estaba

aparcado en la pista cuando llegamos con el helicóptero. Supimos que aquel C-130 volaba de Groenlandia a Islandia cuando recibió la señal de socorro del comandante Wicke a través de la frecuencia reservada para emergencias. El piloto había interrumpido el trayecto hasta Keflavík y se había desviado hacia el este para buscarnos a pesar de que casi no tenía combustible y las condiciones meteorológicas iban de mal en peor.

Una comitiva, en la que se encontraban el comandante de la base de Keflavík y el oficial de correos, nos estaba esperando. El responsable de seguridad nos entrevistó al comandante Wicke, a Hall y a mí por separado y nos encargó un informe por escrito del accidente a cada uno. Siguiendo los protocolos, un cirujano de vuelo nos visitó para comprobar nuestro estado y nos tomó muestras de sangre y de orina para hacernos pruebas de alcohol y drogas. Una vez obtenidas las muestras, el médico nos dio el premio típico del ejército a los supervivientes de accidentes aéreos: un buen trago de whisky. Y aquella noche, en el bar de la base, invité a la tripulación del King 81 a unas cuantas rondas.

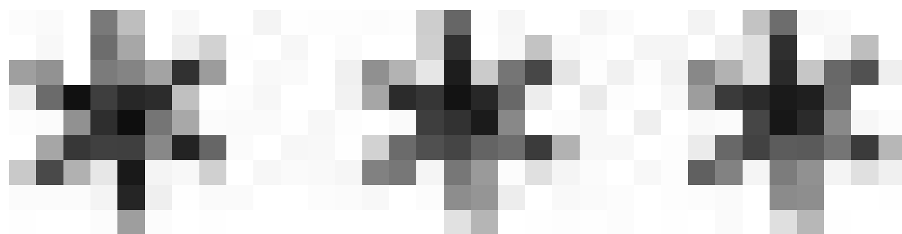
Mi pareja, Carolyn, la mujer con la que me casaría en 1975, había venido a verme. Trabajaba de azafata para Trans World Airlines y pasaba a menudo por Islandia con la compañía Loftleidir. Aquel día habían ido a buscarla para decirle que mi avión estaba down. No se preocupó apenas porque, en el argot del gremio, down quiere decir que un avión tiene algún problema mecánico. Cuando la llevaron hasta la base de operaciones, supo que habíamos caído en algún punto y que el ejército nos estaba buscando.



Si nos tuviéramos confianza, le diría que echo en falta detalles de la vivencia humana del aterrizaje. Me cautiva y me extraña a la vez esta distancia inerme con la que lo narra, este blindarse tanto. Como si no fuera él el piloto del avión estrellado. Han pasado muchos años, pero aun así.

A lo mejor solo se atreve a acercarse desde aquí y hasta aquí. Yo

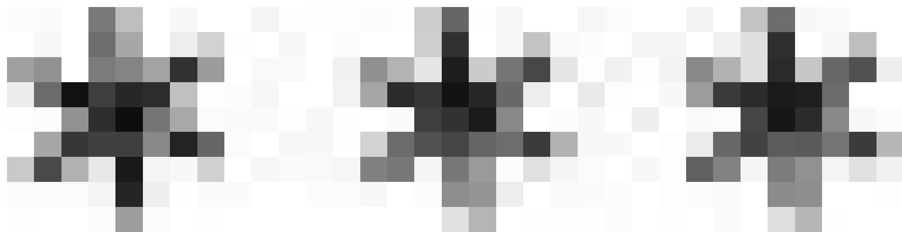
dibujo una barca y ya te apañarás.



Un grupo de inspectores del Ejército se desplazaron en cuatro por cuatro a la mañana siguiente para examinar los restos del C-117D. Encontraron lágrimas de hielo de una pulgada de grosor alrededor de las válvulas y de los pistones, y conos de hielo granulado dentro de los carburadores. Comprobaron que quedaba mucho combustible en los depósitos principal y de estribor, y concluyeron que una helada extrema había provocado el fallo dual y simultáneo de los motores.

Los técnicos recuperaron motores, radios, instrumentos y asientos, pero dejaron allá el fuselaje de la aeronave con la excusa de que era irreparable y de que habíamos aterrizado en un paraje tan remoto que una operación de limpieza sería complicada. Además, el Ejército de los Estados Unidos tenía un acuerdo con Islandia que le permitía dejar restos de accidentes en el lugar de los hechos. El jefe de los técnicos me dio el timón del avión, que aún conservo. El comandante Wicke, Hall y yo habíamos salido con vida de una situación muy crítica y nos premiaron por nuestra actuación. Recibí una Medalla del Aire con una estrella de bronce por mi «pilotaje extraordinario» al aterrizar en la playa.

Durante los siguientes siete meses, en cada viaje semanal a Höfn con el otro C-117D, sobrevolábamos los restos del accidente. Y yo pensaba cada vez en la gran suerte que habíamos tenido aquel 21 de noviembre. En la costa entre Keflavík y Höfn no hay ningún lugar que pueda considerarse una playa. La masa terrestre se hunde bruscamente en el mar, todo son acantilados y paredes rocosas. Que de entre las nubes hubiéramos ido a parar a un lecho de arena glacial era un golpe de suerte excepcional.



Intento encajar en la vida normal y siempre acabo huyendo, dice el fotógrafo sudafricano Kevin Carter en la voz y el cuerpo de un actor en el Teatre Nacional de Catalunya; se han retomado las funciones con aforo restringido y mascarilla obligatoria. La guerra te la llevas puesta y no hay manera de dejarla atrás.

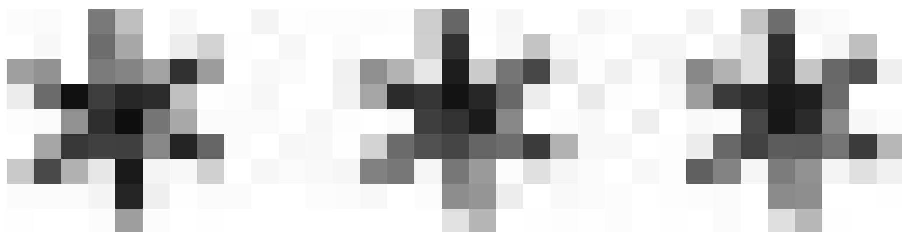
Mi supervivencia, la nuestra, no ha podido ser un trabajo de equipo. Es un proceso que vamos haciendo cada uno a la suya. Aquí caigo, aquí me levanto, allá tropiezo y te hago caer a ti.

Has sufrido una guerra, me dijo la psicóloga en la segunda sesión. Los soldados mueren en combate sin haberse despedido, sin haber dejado en orden sus papeles. No es fácil sobrevivir a una guerra como la tuya, nada fácil. Y yo le compré la metáfora bélica a la terapeuta junguiana. Me habían advertido de que era una mujer dura, pero conmigo no lo es en absoluto, conmigo se muestra comprensiva: debió de verme bien fastidiada.

Albert Camus: «Ha habido en el mundo tantas pestes como guerras, y sin embargo, pestes y guerras cogen a las gentes siempre desprevenidas». Pestes y guerras.

La inmediata posguerra fue muy cruda. Tantas tazas contra el suelo.

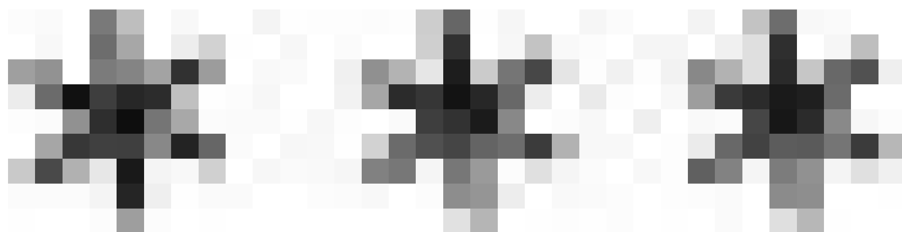
Cuatro meses después de haber hecho la fotografía de una niña sudanesa con un buitre al acecho, dos meses después de recibir el Pulitzer por esta foto, Kevin Carter se suicidó.



Hace meses que me despierto y en lo primero que pienso ya no es en que me ha pasado lo que me pasó. Ya no me hiere la realidad cada mañana, ya no deseo volverme a dormir. Cuando se cumplan siete, ocho, nueve, diez años de Todo Aquello, la mayoría de las células de mi cuerpo serán otras y quizá entonces pueda verlo a vista de pájaro, como si lo hubiera sufrido una persona distinta. Que la regeneración celular del organismo se produce cada cierto tiempo es más un mito que un dato científico, pero los mitos son como los tópicos: contienen una parte de realidad.

Me imagino sobrevolando los restos de mi accidente mientras me dirijo a otro lugar. Tal vez bajaría la cabeza para mirarlos, tal vez ni eso. Tal vez solo necesito saber que están. Que el cataclismo se ha quedado allí, como atracción nostálgica. Que no me persigue, que no se mueve. Que me permite andar sin retrocesos ni averías ni demasiadas turbulencias. Con la convicción ingenua de que el avión de ahora no se estrellará.

Recuerdo vagamente que me pidieron las córneas, no se podía aprovechar nada más.



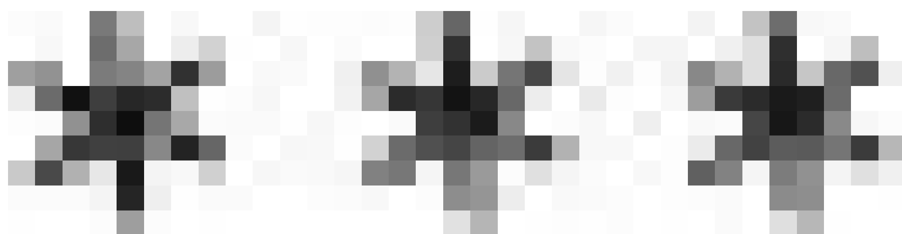
La chica del Car Service ha sido rotunda: Hoy el viento va a soplar con furia, habrá rachas muy fuertes. Os podría alquilar un coche, pero me lo devolveríais sin puertas, el viento las arrancaría nada más abrirlas. Y seguro que no llegaríais al avión, no podríais avanzar a pie hasta donde está. Si queréis os alquilo este coche, lo tengo a punto, pero yo de vosotros no me la jugaría. Mañana la previsión pinta mejor, hará viento pero no tanto.

A todos nos ha quedado claro que lo más sensato sería retrasar un día la expedición. Pierre, durante su primer viaje a Islandia, perdió el control de un vehículo alquilado por no hacerle caso a alguien que le advirtió de la meteorología traidora de este rincón del mundo. Él ha dicho que iríamos mañana y no ha habido más que hablar. Hemos pasado un día bastante tranquilos en Reikiavik. Joana, de morros, pero un poco menos. Hipermaquillada desde buena mañana para la

sesión de fotos que hemos aplazado. Yo me he propuesto ser un ente camaleónico, pero Joan ha abortado mis intentos de camuflaje: ¿Por qué te has apuntado a un viaje tan desastroso como este? ¿No podías quedarte en casa? ¿De veras no se te ocurrió ningún otro sitio al que escaparte cuatro días?

A Joana, que Joan me hiciera caso y me arrancara risillas nerviosas le debe de haber gustado entre cero y nada. Creo que no soporta dejar de ser el centro de atención ni por un microsegundo. Pero él es un tipo detallista y yo no sé disimular. Se me debían de transparentar la soledad, la culpa, el qué-pinto-yo-aquí.

En el otro lado de la balanza, parece un contrapeso pequeño pero menos mal, está el delicioso chocolate con sal y regaliz de la marca Omnom: me he comprado una tableta y ya no me queda ni una onza.



Éramos media docena de parejas que se juntaban en Nochevieja, Semana Santa, el día de San Juan, el Día de Todos los Santos. Ahora en casa de unos, luego en casa de otros. Nos habíamos reunido siete u ocho Nocheviejas, siete u ocho Semanas Santas, siete u ocho Días de San Juan, siete u ocho Días de Todos los Santos.

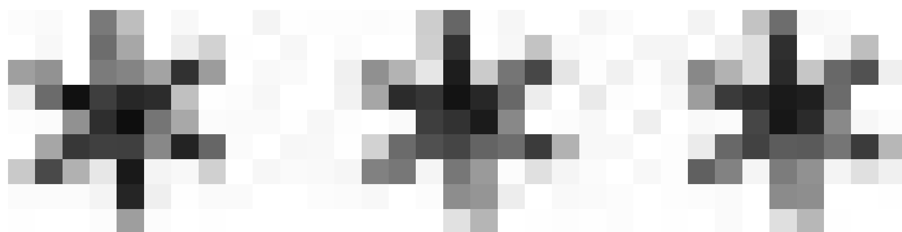
El primer San Juan no me dijeron nada, la catástrofe era muy reciente. Tampoco me propusieron tomar con ellos ni las castañas ni las uvas.

Estaba convencida de que no me habían invitado a ninguna otra quedada, pero he revisado mensajes y he comprobado que era una impresión falsa. Un año y medio después me dijeron que les gustaría que me apuntara a una cena en Cadaqués con las parejas de siempre. Respondí que aquel día estaría en Barcelona.

En un teatro, cada persona del público ve el escenario desde un ángulo y reconstruye los otros puntos de vista a su manera. Cuando falta información visual, el cerebro tiende a completar las imágenes como si fueran simples y simétricas. Es un proceso inconsciente e inevitable. En eso se basan los ilusionistas para hacer desaparecer a

personas.

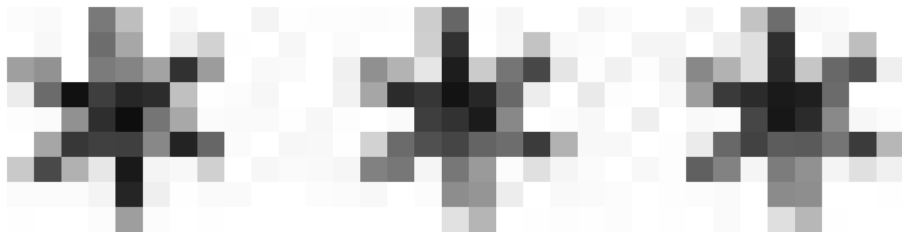
Ahora no sé si los amigos que compartíamos desaparecieron, si solo me lo pareció a mí desde mi punto de vista o si desaparecí yo.



Obtuve el título de comandante del C-117D antes de dejar Islandia (y el Ejército) en junio de 1974, tras haber aprendido muchas lecciones aquel día de noviembre. Que una helada extrema puede vencer a cualquier sistema de seguridad diseñado para combatirla. Que tienes que saber siempre dónde estás y qué terreno tienes debajo. Que en una situación límite solo debes preocuparte por seguir volando. Que, si tienes el descenso bajo control, debes dirigirte hacia donde haya menos obstáculos. Y que, como en todo, en la aviación el azar juega un papel importante.

Los restos del viejo C-117D aún están en la playa, no muy lejos de donde lo dejamos nosotros. Aunque el paso del tiempo, la naturaleza y el hombre lo han castigado mucho en estos cincuenta años, lo que queda del accidente es un imán para artistas y turistas aventureros. En internet se habla mucho de él. Hay fotos en tonos azules oscuros y profundos, otras llenas de color. Mi preferida es una panorámica del estribor bajo la luz de una aurora boreal. El pobre avión ha sufrido castigos añadidos: Justin Bieber grabó un videoclip patinando arriba y abajo sobre el fuselaje.

Por internet también corren leyendas desinformadas sobre cómo aquel avión acabó en la playa negra de Sólheimasandur. La que más me irrita es de una guía de Islandia que asegura a los lectores que el avión se quedó sin combustible porque el piloto se equivocó al cambiar de depósito. Qué cruz. Cuánta ficción.



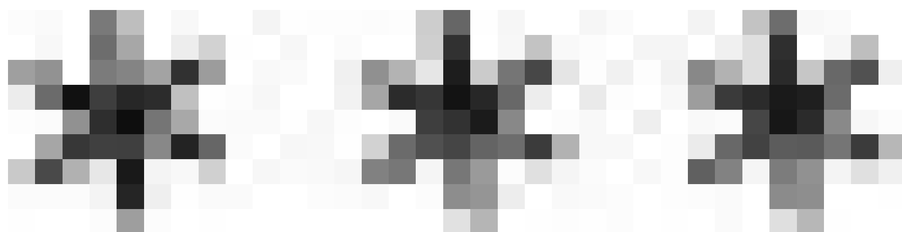
Hoy. O llegábamos hoy o misión fracasada: mañana ya volvemos. Hemos alquilado el coche y hemos conducido hacia el sur, como si fuéramos a Vik. Nos hemos parado en la cascada de Skófagoss, es un señor espectáculo, pero lo hemos disfrutado poco porque no podíamos entretenernos demasiado, que oscurece muy pronto, y porque el viaje ya se nos había medio atravesado, al menos a mí. El placer dejó de formar parte de mi ecuación anteayer en el restaurante de sopas, ahogado en un plato lleno que nadie tocó. Esta mañana me dominaban, y creo que nos dominaban a todos, los nervios y las prisas por plantarnos en el avión, por cumplir el objetivo, por poner el tic de tarea hecha y ya.

Me he levantado de madrugada y he ido hacia la ducha a oscuras. Cuando he salido del baño, envuelta en dos toallas, me he encontrado con Joan. Él también se había levantado pronto: tenía que preparar un desayuno de hotel para Joana. De ahí los nervios de ayer por hallar naranjas en un mercado de Reikiavik. Acabaron siendo de Valencia.

Al cabo de unos dos kilómetros del rompiente hacia Sólheimasandur hemos girado a la derecha, hacia el mar, por un desvío mal indicado. Lo hemos identificado gracias a los textos que circulan por internet dirigidos a turistas con ganas de aventura. Cómo encontrar el avión estrellado sin perderte, Las coordenadas GPS más codiciadas de Islandia, titulares por el estilo. Hemos aparcado el coche en una explanada. No éramos los únicos, pero tampoco hemos visto por ningún lado a los ocupantes de los otros vehículos. Es como si la gente se adentrara en este desierto nórdico y se esfumara, abducida por una niebla que se podría comer con cuchillo y tenedor. Teníamos que caminar cuatro kilómetros por la pista lunar de arena negra hasta topar con nuestra recompensa.

Hemos arrancado con brío y a buen ritmo. Pierre y yo delante, Joan y Joana a pocos metros detrás de nosotros. Botas térmicas, tres pares de calcetines, cuatro o cinco capas en el cuerpo, un anorak para temperaturas extremas, dos guantes en cada mano. Pasamontañas y bufanda y otra bufanda y dos capuchas. Pierre, con la cámara colgada y una batería externa en algún bolsillo. Yo, en aquel estado de ánimo

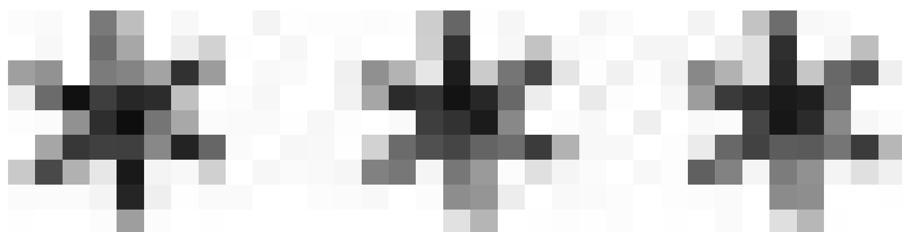
de cuando no sabes qué buscas pero intuyes que vas a encontrar algo valioso.



Los artículos sobre el accidente de Sólheimasandur se inventan escenas para añadir suspense a la narración.

En un libro sobre el proceso de escritura de una novela de intriga, Patricia Highsmith menciona la dolorosa tarea de recortar un texto para eliminar frases que sobran o personajes que no hacen avanzar la historia. Tienes que ser tan despiadado, dice, como si lanzaras equipaje, o incluso combustible, de un avión con sobrecarga.

En una situación límite, solo debes preocuparte por seguir volando.



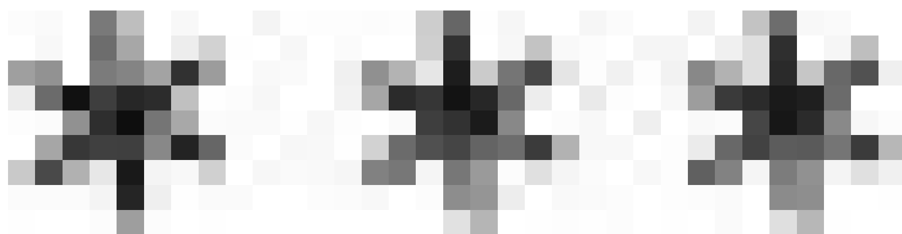
Tras los primeros minutos, Pierre ha esperado a Joan y Joana y ha decidido que era mejor caminar a su lado, para preparar la sesión de fotos o vete a saber por qué. Y nos hemos quedado las mil prendas de ropa y yo, la soledad y yo, mis muertos y yo, avanzando juntos mientras a cada paso se intensificaban el viento, el frío y una lluvia fina que he tardado en notar pero que me acabará pareciendo de vidrio.

La ropa, la soledad, los muertos. Me he sentido invencible de una manera extraña.

Hasta que se me han anestesiado los sentidos y me debo de haber insensibilizado de pies a cabeza y he medio pensado que no podía más

pero he seguido caminando —debes seguir, no puedo seguir, seguiré— a pesar de la borrasca y los estallidos gélidos de la tierra volcánica y me he descubierto dentro del avión como si me hubiera teletransportado, porque de verdad que el último tramo no lo recuerdo. Había llegado. Habría gritado o llorado, pero se me habrían helado los gritos. Me choca ser consciente de esto ahora, cuando han pasado ya unas horas, porque durante aquel cruce de emociones imposibles he creído que se me estaban congelando los pensamientos, los pulmones, la sangre, los latidos, las manos. Las manos, las manos, las manos. No tengo constancia gráfica, todas las fotos las ha acaparado Joana, si se me borra de la memoria el día de hoy será como si el contacto entre el avión y yo jamás hubiera existido.

Pero juraría que he entendido por qué he ido. He entendido un poco qué hacía allí.

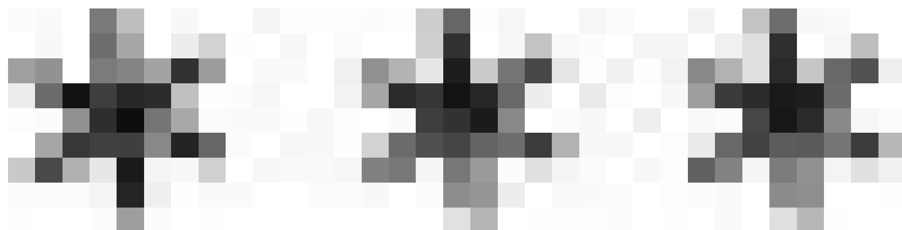


Millvina Dean es un bebé de nueve semanas cuando sube al Titanic. Ha nacido en Londres y viaja con su familia a hacer las Américas. El 10 de abril de 1912 embarca en el puerto de Southampton entre los pasajeros de tercera clase, rumbo a Nueva York. Es la más pequeña de todo el barco. Cuando la noche del 14 al 15 de abril chocan contra el iceberg, su padre (que pretendía abrir una tienda de tabaco en Kansas City, pero perderá la vida en esta tragedia) corre a llevarla a uno de los veinte botes salvavidas, el número doce, junto con su madre y su hermano.

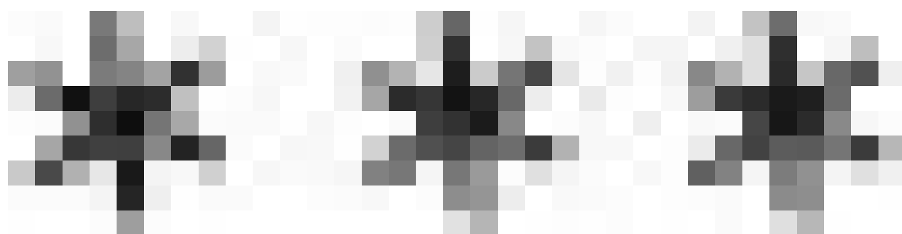
La madre y los hijos se salvan: los rescata de madrugada el transatlántico británico Carpathia y los lleva a Nueva York. Pero sin el padre ya no hay sueño americano posible.

La niña no crecerá en Kansas City, Misuri, sino en Southampton, Inglaterra. Trabajará como cartógrafa para el Gobierno británico durante la Segunda Guerra Mundial. A veces me miran como si yo fuera el Titanic, dirá después de visitar en Estados Unidos una exposición sobre el naufragio.

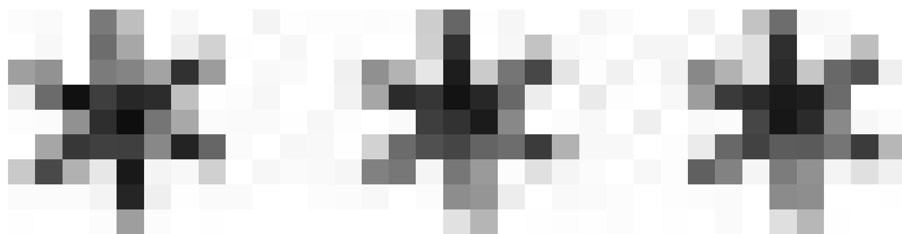
El 31 de mayo de 2009, Millvina Dean morirá de una neumonía a los noventa y siete años. Será la última superviviente, la última que faltaba por morir, de la catástrofe marítima más famosa del siglo anterior. Sus cenizas serán lanzadas al mar del puerto de Southampton, desde donde había zarpado el Titanic casi un siglo antes.



Y por supuesto, de nuevo: el impulso. El impulso indómito que se niega a rendirse, a pensar con la cabeza. El impulso de explicarle ahora mismo que me he ido a Islandia con una mujer rarita que enmudece de repente. El impulso que rebrotará con fuerza dentro de cuatro meses, cuando me urgirá decirle que hay una pandemia global y que nos han prohibido salir de casa. El impulso que crecerá hasta estrangularme siempre que algún hijo me haga derramar lágrimas de orgullo o de pena o de enfado. El impulso que ya se me manifestó con toda la impaciencia aquel jueves de junio, cuando habría necesitado decirle que su jadeo era una respiración agónica. Un preludio de.



Aunque mira hacia las montañas, el avión está cerca del mar, pero demasiado lejos como para llegar a pie cuando el viento sopla en contra. Si el oído no se me hubiera atrofiado, ahora escucharía el sonido de las olas. Joan se arriesga a caminar hacia el océano hasta que presumo que se pierde de vista, soy incapaz de afirmarlo porque los ojos me responden a medias. Intento desconsumir energía. No me muevo de la carcasa del C-117D, en un intento frustrado de resguardarme: los agujeros del fuselaje provocan corrientes de aire.



Un sábado fui a dormir a casa de la tía Aurèlia, hermana del abuelo Llorenç. Mis padres me dejaron con ella por la tarde, Pórtate bien y mañana vendremos a buscarte. Allí nos quedamos mis cinco años, el pijama, el cepillo de dientes y el rugir de tripas.

Estar en la terraza del sobreático me distraía porque nosotros vivíamos en un piso sin balcón —me persiguen los pisos sin balcón—, pero a la hora de cenar la tía me hizo entrar. Era una mujer seca, los niños debían de gustarle más bien poco. Ve a lavarte las manos, me ordenó con voz grave.

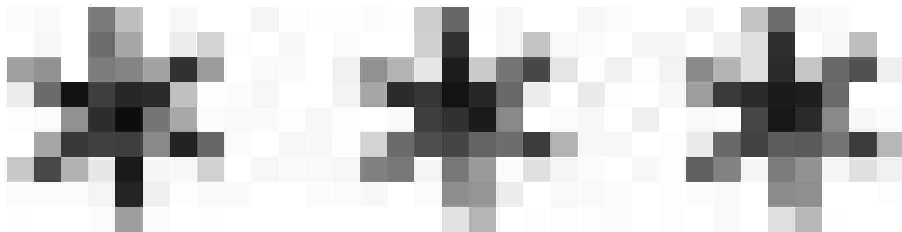
No supe cómo hacerlo. Aquel sobreático ignoto estaba lleno de recovecos. El cuarto de baño estaba escondido al final de un pasillo oscuro. Y el perro gigante del ático de abajo era muy viejo (tenía catorce años, unos noventa de los nuestros), pero aún no se había muerto. La que me moría era yo, de tanto miedo.

La tía se negó a acompañarme hasta el baño porque Ya eres mayor, y cuanto más me lo decía más cara de bruja le veía. Me puse a llorar y a llorar y a llorar.

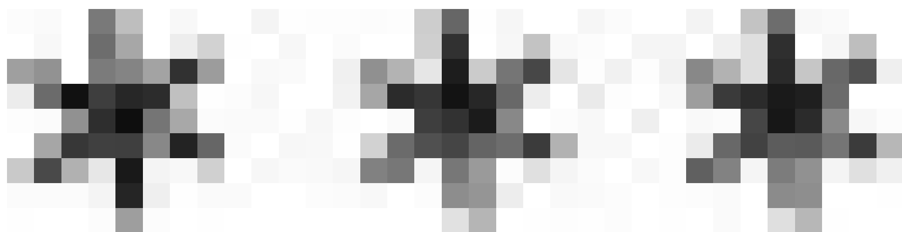
Hasta que entró en escena el superpadre. Apareció de la nada, me cogió de la mano que no me había atrevido a lavarme y dejamos en la cocina de la tía un plato de sopa intacto. Si cierro los ojos me parece ver mis cinco años, el pijama y el cepillo de dientes dentro del R5 de color butano, de vuelta hacia el piso de la calle Canyameres.

Habría sido más instructivo superar el pánico, probar la sopa, aguantar allí hasta el domingo. Pero con cinco años aún te pueden salvar los otros. Aún tienes que poder pensar que vendrá un padre volando siempre que el miedo se te coma.

Tienes que poder creer en mentiras, con apenas cinco años.

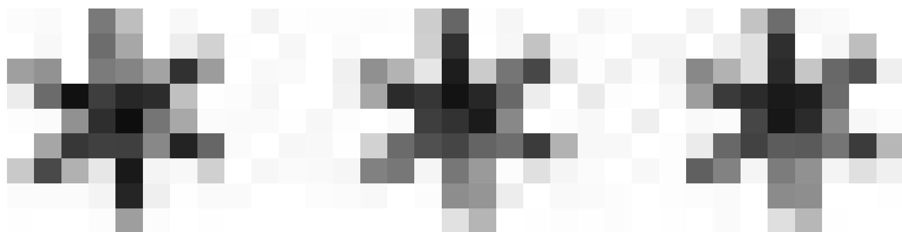


El futuro es incierto: ¿quién sabe qué pasará? Pero también es incierto el pasado: ¿quién sabe qué pasó? Lo apunta un profesor apócrifo creado por un poeta. Quién sabe qué pasará, qué pasó. Quién sabe qué pasa.



El aviador y escritor Antoine de Saint-Exupéry murió a los cuarenta y cuatro años mientras pilotaba un caza Lockheed P-38. Sobrevolaba el Mediterráneo en una misión de observación en la costa sur francesa y desapareció. Era el 31 de julio de 1944. En 1998, un pescador encontró una pulsera de oro con el nombre del escritor grabado. Dos años después, un buceador francés localizó los vestigios en el fondo del mar.

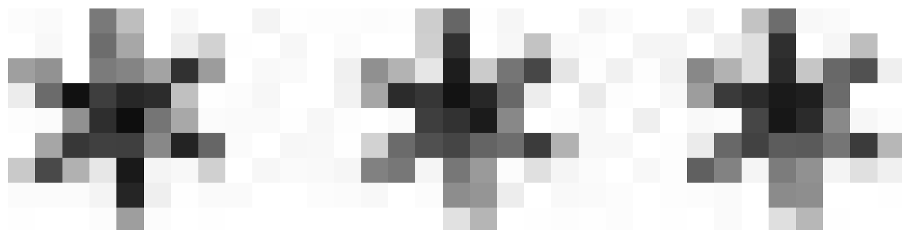
Parecerá que me he muerto y no será verdad.



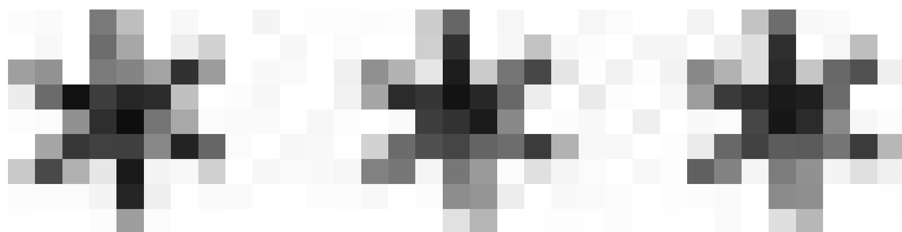
Tardé en perdonar la mentira del oncólogo que, cuando falló el último de los tratamientos posibles y no había peor intemperie, en ningún lugar hacía más frío que en aquella habitación de la séptima planta,

dijo que se nos habían cerrado puertas pero que se abrían mil ventanas.

En Viena hay diez muchachas, un hombro donde solloza la muerte y un bosque de palomas disecadas. Hay un fragmento de la mañana en el museo de la escarcha. Hay un salón con mil ventanas.



En Sólheimasandur la intemperie moral me parece más soportable que la física. Que esta absurda congelación por fascículos: ahora la nariz, ahora los labios, ahora dos manos al precio de una. Tengo más frío por fuera que por dentro.

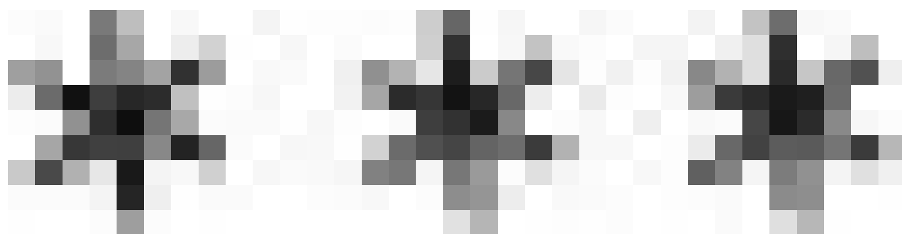


Uno de los peores días bajé a la calle con las llaves y el móvil y llamé a mi madre. Preocúpate por mí, necesito notar que alguien se preocupa por mí. No me puedo estrellar, mamá. Tengo tanto miedo que pronto dejaré de tenerlo. Pero me tienes que ayudar.

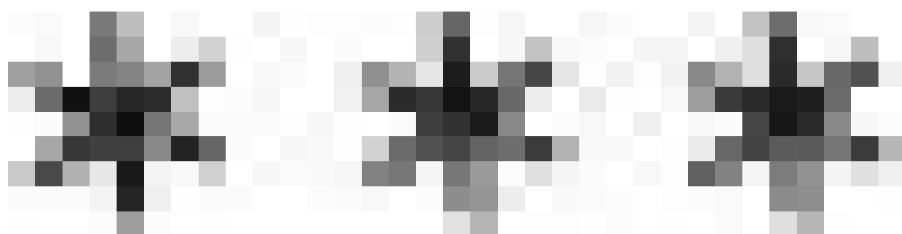
Un aterrizaje forzoso se realiza en un momento imprevisto y en un lugar inesperado. Que los pasajeros salgan con vida depende del acierto de los pilotos a la hora de tomar decisiones, de los conocimientos que tengan de la aeronave, de las características concretas del avión, del tipo de terreno en el que se aterriza. Y de la actitud de la tripulación: si todos saben estar en su sitio, es más probable tener suerte dentro de la desgracia.

Hazme caso, mamá.

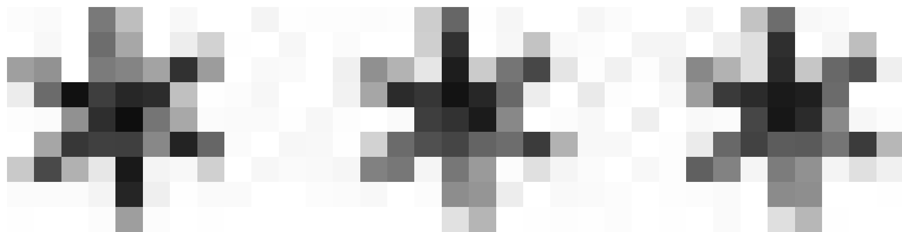
Toma este vals que se muere en mis brazos.



Me acurruco dentro del C-117D hecha un capullo, como aquel miércoles de hace tantos veranos: mis padres recibieron una llamada que me partió por la mitad y me hizo caer a cámara lenta, encogida en mí misma, sobre la moqueta azul de mi habitación. Yo tenía diecisiete años; Neus, veintinueve. Tendré que quedarme aquí para siempre, abrazándome con cinco mangas por brazo, fusionada con el avión herido, porque no me veo capaz de levantarme y deshacer el camino andado hasta el coche. Del capullo surgió una persona nueva, más adulta y a la vez más frágil. Una mariposa coja, cabreada, sin una prima que le hiciera de hermana mayor. Dentro de un tiempo indeterminado alguien me dirá que puedo volver en un autobús lanzadera, pero la idea de levantarme y moverme me parecerá una broma de mal gusto.



El mundo hay que fabricárselo uno mismo, decía Ana María Matute. Hay que crear peldaños que te suban, que te saquen del pozo. Hay que inventar la vida, porque acaba siendo verdad.

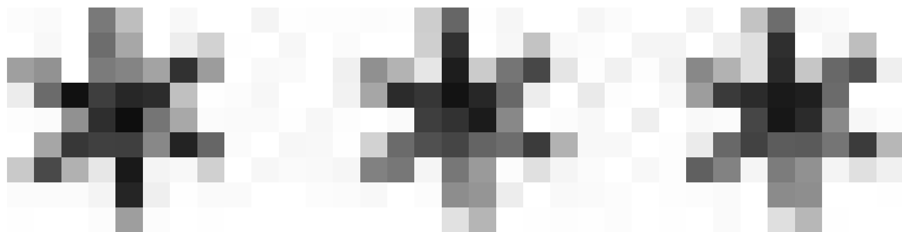


La playa negra, el avión estropeado, yo. La playa, el avión, el estropicio. Y este viento que duerme los dolores del alma.

No tengo manos. No puedo segregar saliva ni mover los párpados. Mi piel ha desaprendido el tacto. Me debo de haber escacharrado entera, repararme costaría tanto que saldrá más a cuenta sustituirme por una persona nueva. Me he metido yo solita en este follón, como si no se pudieran cazar metáforas en una playa de Cabo Verde o de las Canarias. Quién narices me mandaba a mí plantarme en el corazón del frío.

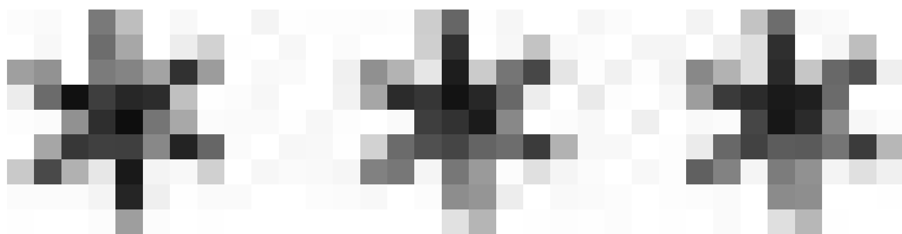
He querido ponerme de nuevo en una situación límite. Y me parece —me lo parecerá cuando pueda volver a pensar, ahora solo quiero calentarme— que estoy demostrando valor. Que estoy asumiendo algo trascendente. Dios es eso. Creo que no creo, pero yo qué sé. He venido aquí a buscar el coraje para recomenzar.

También habría podido hacer un nido con ramitas de canela y prenderle fuego: si no renaces de las cenizas, al menos entras en calor.



Ni viajar ni beber. El truco más eficaz que conozco para escapar del barullo del mundo pasa por leer y escribir. Tanto el secreto de juntar letras como el de descifrarlas me los reveló mi madre antes de que yo empezara a ir al colegio. No me hizo esperar: me quiere.

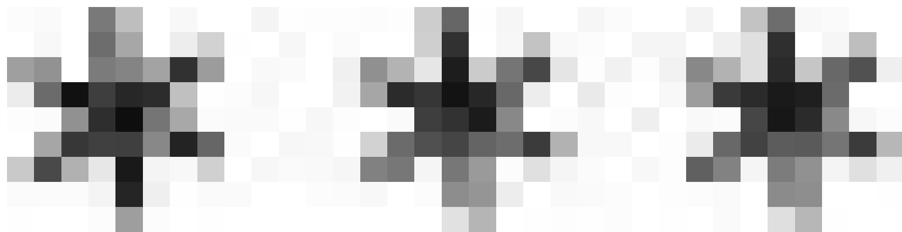
La autora catalana Najat El Hachmi puso en un libro esta dedicatoria: «A mi madre, que, sin saber leer, me enseñó a escribir».



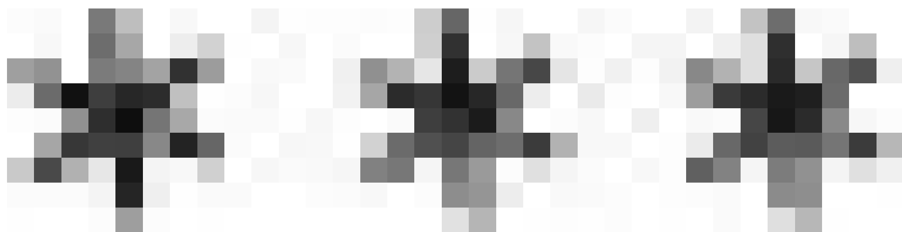
Cuando hemos devuelto el coche de alquiler, la mujer del Car Service nos ha dicho que una pareja de turistas murió hace tres días en la costa sur de Islandia: querían desafiar al temporal y un golpe de mar se los llevó. Dentro de dos meses, el 16 de enero, otra pareja, un chico y una chica chinos de poco más de veinte años, morirá de hipotermia cerca del avión, antes de llegar a él. Y en febrero, pocas semanas antes de que la pandemia haga desaparecer el turismo, las unidades de emergencias SAR —formadas por voluntarios— rescatarán a un grupo de excursionistas que habrán ignorado la advertencia policial de no caminar hacia los restos del C-117D: un poco más y no lo cuentan. En invierno, día sí y día también alguien que intenta ir tiene que ser rescatado.

Pero las desgracias aisladas no impiden que sea un destino emblemático desde que las imágenes del avión siniestrado se viralizaron por internet. Una pared de la oficina de alquiler de coches está decorada con una foto de tamaño póster del avión de Sólheimasandur enmarcado por una aurora boreal verde, de las que no tendremos la suerte de ver en este viaje gris.

Hemos devuelto el coche con todo en su sitio. Pero dos horas antes, cuando hemos parado en la gasolinera y Joana se ha apresurado a desaparecer para que los dos hombres invirtieran unos minutos en buscarla, la puerta de atrás se ha negado a obedecerme y he entendido por la vía empírica que podía salir volando. Le he tenido que parar los pies haciendo fuerza con las dos manos. En uno de los vídeos mentales que se me disparan sin pedir permiso y me obligan a presenciar calamidades que tal vez no, he visto que la puerta volaba hasta la carretera y provocaba un estrepitoso accidente en cadena.



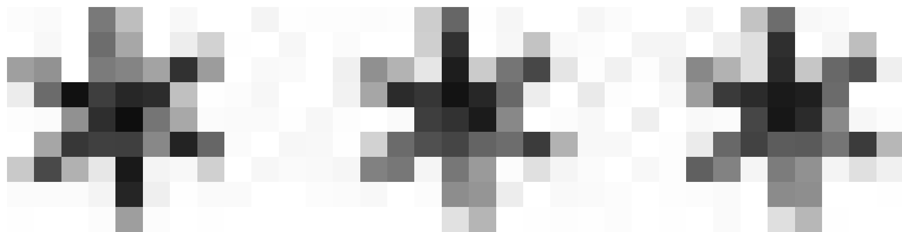
Los ojos que han llorado demasiado se vuelven de arena gruesa. Los párpados suben y bajan a duras penas.



El camino hacia Reikiavik interrumpido para poner gasolina ha llevado incorporada la versión muda de Joana. Joan, que estaba sentado a mi lado, le iba ofreciendo galletas de chocolate y ella las rechazaba sin mover ni un milímetro ninguna parte del cuerpo. Pero él no ha dejado de intentarlo con el entusiasmo de la primera vez: debe de ser eso, el amor.

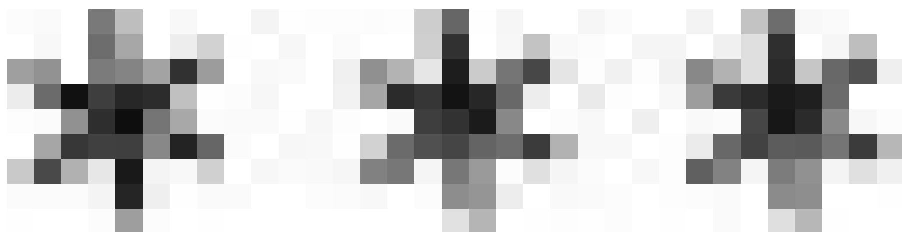
He compensado la desgana de la copiloto —ha reclamado sentarse delante para escoger la música y ha decidido que circularíamos en silencio— liquidando unas cuantas galletas, una tras otra hasta que hemos llegado a la capital, a mordiscos pequeños pero constantes, para tener el aparato digestivo ocupado y para acallar la voz que me seguía riñendo, que me riñe aún, por haberme acoplado al festín de otros.

He comido galletas Príncipe en el asiento de detrás de un coche: estábamos dentro del R5 naranja, los males se me curaban con besos de mi madre, incluso Neus estaba viva, yo volvía a tener cinco años.



Que la muerte de Neus me había vacunado de por vida lo defendí con contundencia durante treinta años. De los diecisiete a los cuarenta y tantos. A mí no me puede pasar nada peor, ya se me ha muerto Neus. La inmunidad me protegió bastante cuando se murieron el abuelo, la abuela, algún amigo, algún compañero de trabajo. Desarrollé una costumbre íntima: iba al entierro de quien fuera y acababa llorando por mi prima.

Pero el gran golpe me pilló sin defensas. Como si, entre los veinte y los cuarenta, me hubiera hecho falta una dosis de recuerdo que no recibí.



En el Aeropuerto Internacional de Keflavík me he entretenido más de la cuenta comprando chocolate con regaliz de distintas marcas.

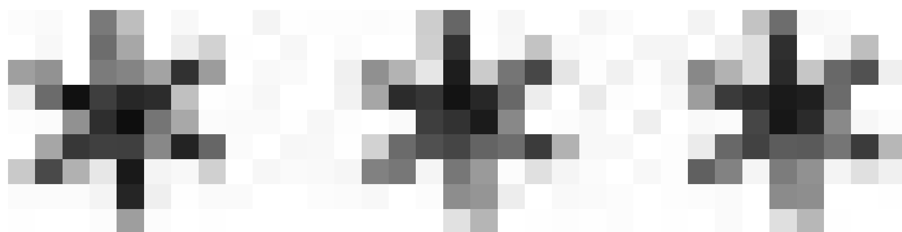
El chocolate, la libreta, el billete de vuelta, la cartera, el ordenador, la férula dental. Y un par de alas de repuesto.

El avión no se va a estrellar, me digo, y me doy cuenta de que es una convicción firme. Joana y Pierre han ocupado los asientos vacíos de la última fila. Los he mirado de reojo la única vez que he ido al aseo: estaban abrazados, Joana lloraba.

En otro momento me habría interesado —y tampoco mucho, tengo una curiosidad selectiva— aquella conversación con aires de reconciliación teatral, pero hoy estaba demasiado concentrada en mi puzle interior, haciendo encajar las piezas. Explicándome. Descifrando metáforas poco o muy forzadas. Tenía que ordenar las escenas de ayer

en Sólheimasandur para hacer una lectura, la mía. Somos lo que decimos, y lo que nos decimos, que nos ha pasado. La conclusión la llevaba bastante formulada de casa, pero en Islandia le he puesto imágenes: la playa de lava negra marca, querría que marcara, una inflexión. Es un escalón significativo de la escalera que me sacará del pozo. He ido a rehacerme, a encontrar entre aquella desolación de cine el sentido de volverme a construir. Estoy reinventando la vida para que acabe siendo verdad. La verdad, decía Katherine Mansfield, es la única cosa que vale la pena, porque no te puede fallar.

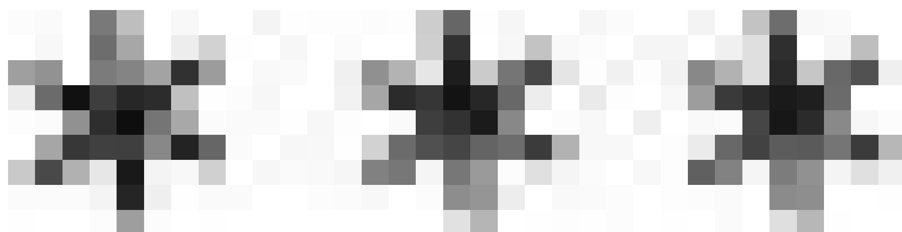
En el aseo del avión me he pasado mucho rato lavándome los dientes.



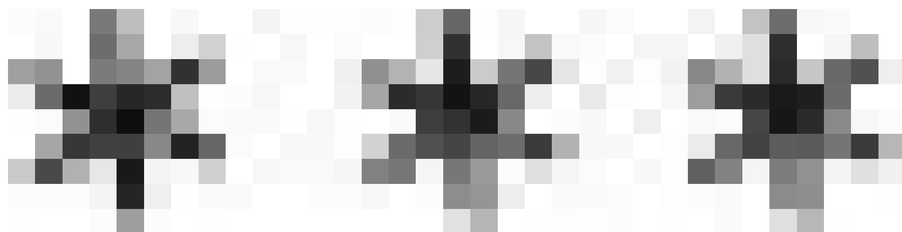
Una conocida de antes con la que mantengo el contacto gracias a las redes tenía una planta seca, ya la había dado por muerta. Una Dracaena marginata, de origen tropical. La dejó en un rincón del jardín para tirarla el día de la recogida de restos vegetales. Le debía de ir llegando el riego de esa manera en que pasan las cosas que no programas y que no esperas pero que pasan igualmente, como por intervención divina, Dios es eso, porque de repente la vio con hojas verdes que crecían alegres, ignorando por completo que habían sido desahuciadas.

A veces me miran como si yo fuera el Titanic.

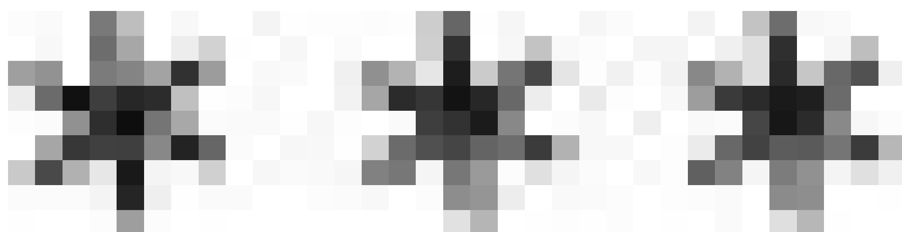
Esta dracena es elegante, longeva, poco exigente y purifica el aire. Qué suerte que no se hubiera muerto aún.



No podrás nadar hacia nuevos horizontes si no tienes el valor de perder de vista la costa. Parece una frase de póster, de esas que pretenden decir tanto que se deshilachan solas. Es de William Faulkner.



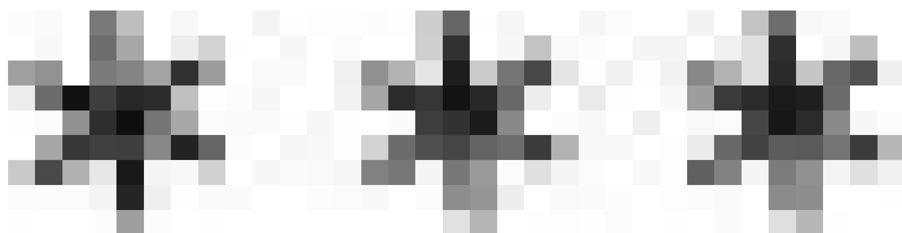
Créeme, lo que ha pasado no tiene nada que ver contigo, me deja grabado Pierre al día siguiente en un mensaje de voz. No le creo: es evidente que tiene que ver conmigo. Pero quiere decir que habría pasado con cualquier persona, o con cualquier mujer. Ha sufrido un ataque de celos, dice. Joana quería ser la reina del viaje, se veía como the one and only, pero se incorpora alguien externo y se le distorsiona la imagen que se había hecho. Y reacciona como una niña a la que le han quitado un caramelo. Ayer en el avión vino a decirme que se había sentido sola porque no estábamos allí solo por ella. Me cuesta entenderlo, es muy absurdo. En ningún caso es cosa tuya. En el aeropuerto Joan me pidió perdón y le dije que no era él quien tenía que disculparse. Pero mira, ¿sabes qué? De madrugada no podía dormir y he empezado a editar las fotos que le hice. He alucinado: son muy impactantes, con el vestido destrozado por el viento y aquella cara avinagrada. Es un material bueno porque es real, nadie diría que Joana está posando.



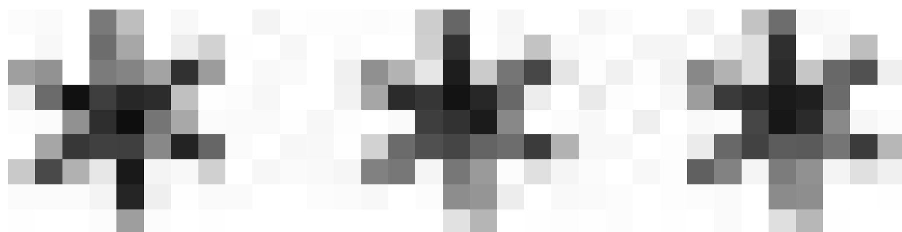
Nado en la piscina y se me empañan las gafas. Son nuevas y no les he puesto el líquido antivaho ni las he lamido porque he pensado que no haría falta el primer día. Justo acabo de empezar a nadar, me quedan aún veinticinco piscinas. Quitarme las gafas e intentar desempañarlas

con los dedos o la lengua es mala idea: con la cara mojada no conseguiré que vuelvan a hacer ventosa, perderán la estanquidad y ya está, naufragio a la vista. Nado sin ver. Tampoco es que haya mucho que mirar: el suelo de baldosas azul y el típico techo monótono de polideportivo. Sigo moviéndome —nadar, qué cosa tan estúpidamente pletórica— y cuento las brazadas para calcular cuándo llegaré a un extremo y me tocará virar. Si me desvío, doy con los marcadores de carril y retomo el camino recto. Y nado. Nado, nado, nado. El agua, yo, nada más que eso.

Tras unas cuantas piscinas las gafas comienzan a desempañarse: noto que con cada brazada veo mejor. Hasta que los cuadraditos azules del fondo vuelven a ser nítidos, diría que tan perfectos como puedo verlos con tres dioptrías sin corregir en cada ojo. Lo único que he hecho es no dejar de nadar, nadar, nadar.

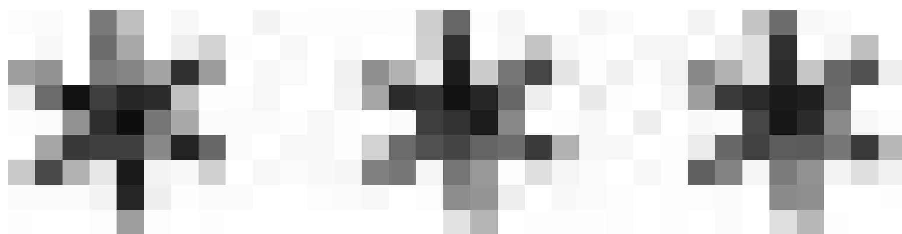


Repaso la entrevista a Isak Dinesen de The Paris Review: «Ahora, después de haber pasado tanto tiempo enferma en la clínica, no tengo claro que esté del todo viva. Planeo como una gaviota. Siento que el mundo es un lugar feliz y espléndido que sigue su curso, pero del que yo ya no formo parte. He venido a Roma para intentar volver al mundo. Ah, ¡mira qué cielo tan bonito!».



Lo primero que les dije a mis padres, lo primero que se me pasó por la cabeza tras la biopsia, fue que los otros hijos no, pero que el pequeño se olvidaría de él. Y mis padres me regañaron por tener aquellos

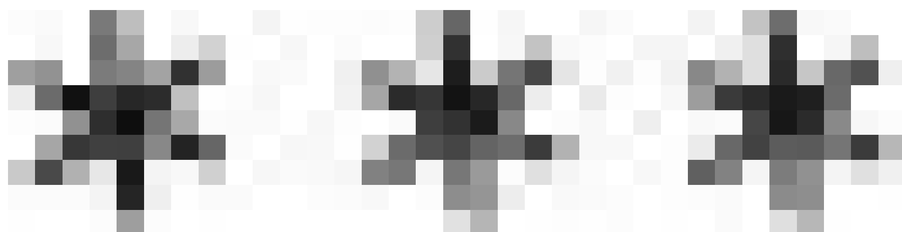
pensamientos. No por falsos, sino por prematuros.



Tres meses antes de que fuera yo queriendo enterrar allí Todo Aquello, un centenar de personas se reunieron en Islandia para llorar la pérdida del glaciar Okjökull (Ok), que se había fundido a los setecientos años de edad. Lo habían declarado muerto oficialmente cinco años antes, asesinado por el cambio climático.

Durante la ceremonia fúnebre de agosto de 2019 se instaló, en el lugar que había ocupado la masa de hielo desaparecida, una placa con una «Carta al futuro» que dice, en islandés y en inglés: «Ok es el primer glaciar islandés que pierde la condición de glaciar. En los próximos doscientos años, se prevé que todos nuestros glaciares tendrán el mismo destino. Este monumento es para reconocer que sabemos lo que pasa y lo que convendría que hiciéramos. Solo vosotros sabréis si lo llegamos a hacer».

Quién sabe qué pasará. Quién sabe qué pasa.

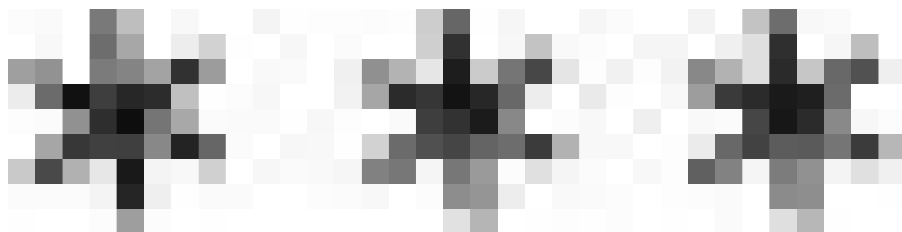


El esqueleto del C-117D ha servido como almacén de un agricultor, como blanco para prácticas de tiro de cazadores, como escenario de anuncios, videoclips y películas. Como lugar en el que replegarme para poder volver a volar.

Pierre me ha mandado una foto reciente: la parte frontal está más destrozada que cuando fuimos, y eso que la pandemia paró el turismo. Se han cargado el morro. Llegará un día en el que el avión de

Sólheimasandur desaparecerá de verdad del mapa, como todo, como todos.

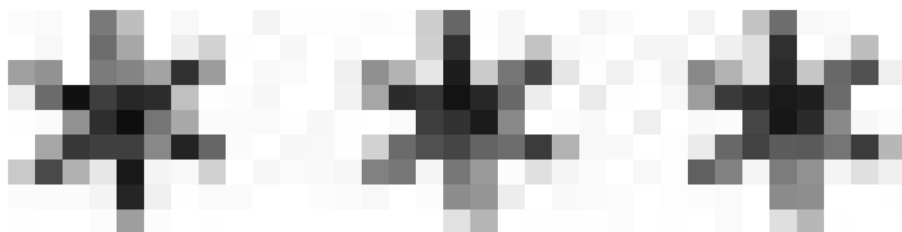
Como nosotros.



No sé si algún día de algún año de algún siglo se me fundirá la necesidad enfermiza de borrar cualquier rastro de lo que fuimos, de desgarrar los mapas que compartimos, como si los lugares borrados dejaran de existir. Puede que incluso quiera recordarlo. Recordarnos.

Dudo que nunca llegue a poder hablar de ello sin que se me remueva todo por dentro, pero una cosa es el derecho a no hacer de la memoria un libro abierto y otra, el instinto de aniquilarla. De revocar el pasado para hacer enmudecer a la pena. Para acallar a los intrusos que se me acercan por sorpresa y me empujan hacia atrás, Eres la de la vida rota y aún te quedan trozos por barrer. De momento, continúo agradeciendo la amnesia y arrancándome los recuerdos de raíz en cuanto se atreven a asomar la cabeza.

Al menos tienes los recuerdos, le decía la gente a Joan Didion: marido muerto, hija muerta. Como si los recuerdos dieran algún consuelo. No lo dan. Los recuerdos pertenecen al pasado por definición. Los recuerdos son las cosas que ya no quieres recordar.



Tienes que mirar a tu hijo cuando nazca, le dice una psicóloga a la escritora Anna Starobinets, embarazada de un niño con una

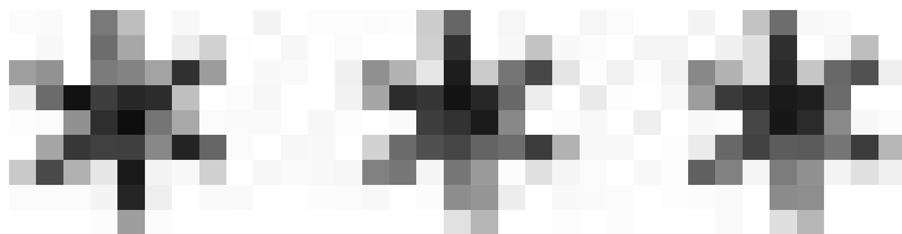
malformación renal incompatible con la vida. Te tienes que despedir de él, para esquivar los sentimientos de culpa. Ella se niega, insiste en que no lo hará, piensa que si mira a aquella criatura mal formada se le aparecerá en sueños cada noche.

Qué sarcasmo, tener que parir un hijo que se morirá nada más nacer. Justo después del parto, la matrona le dice lo mismo que la psicóloga: que comete un error al no querer mirar a la criatura. Que las mujeres que se resisten a mirar a los hijos muertos vuelven al hospital al cabo de unos meses, o años, llorando porque necesitan verlos, pero que entonces es demasiado tarde.

Al final ella acepta su consejo. Le traen al niño dentro de una cesta de mimbre decorada con flores artificiales. Anna mira a su hijo, el cadáver de su hijo. Lo tiene en el regazo, le toca la cara fría. No le da tanto miedo como se había imaginado. Lo explica en un libro que fue duda persistente antes que libro. La frenaba que fuera una historia demasiado personal, demasiado real. Que no fuera literatura.

Tal vez apartar la mirada no sea lo más acertado para huir del horror. No sé si me puedo pasar el futuro fingiendo que el pasado no ha pasado. Tal vez tenga que derrotar a la amnesia en lugar de acompañarla.

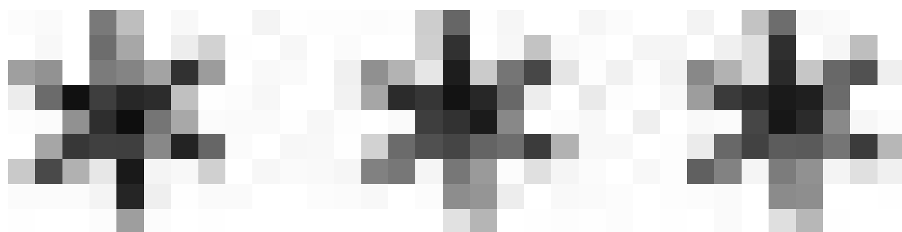
¿Tengo que querer recordar?



Me estoy reencontrando con antiguos miedos: a hacer el ridículo, a las medusas y los escarabajos, a morirme sin haber hecho nada de provecho, a ser mala madre o a no ser una madre lo bastante buena, a no recuperar nunca la ilusión. Y estoy descubriendo nuevos miedos. Miedos extravagantes. Creo que tengo tripofobia: miedo a los grupos de agujeros repetitivos. Miro con atención la esponja ecológica en la ducha, la foto de una morilla o la verruga que se me extiende por la planta del pie derecho (se me perfora el cuerpo, me perforo: ¿más aún?), y voy notando que me entran náuseas, escalofríos, taquicardias. No recuerdo que los agujeros de la carcasa del avión islandés me

provocaran ningún mareo, pero en aquel contexto extremo un vahído me habría pasado desapercibido.

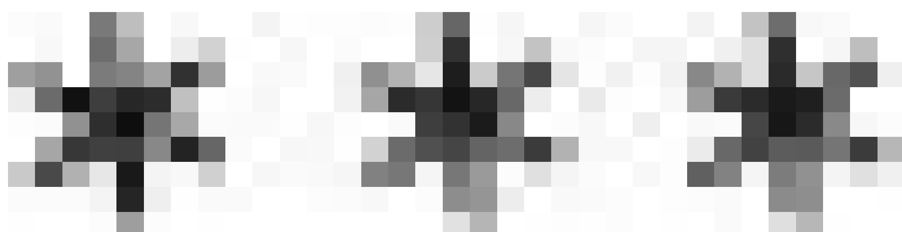
Los miedos se envalentonan a medida que revivo. Es un peaje que pago a gusto.



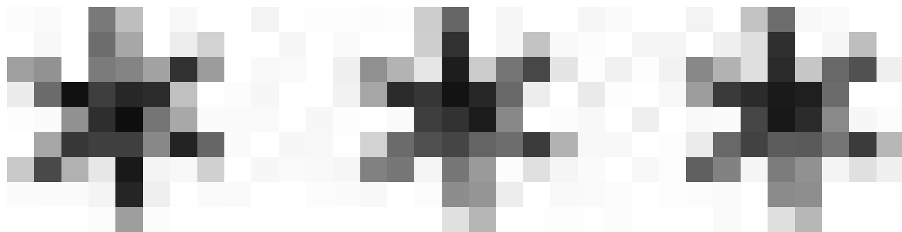
La hija riñe a la madre, que hace treinta años que vive de estirar la catástrofe que sufrió hace treinta años, cuando enviudó. Tenías cuarenta y seis años, mamá, dice. Podrías haber vivido la vida. Podrías haber tenido una vida.

Una providencia diligente hizo que leyera Apegos feroces de Vivian Gornick cuando necesitaba dar con esta escena. Y me impuse, en imperativo categórico, no reproducirla.

Me lo dije en silencio allí mismo, en aquella butaca reclinable de color verde oliva y olor a enfermedad: podrás vivir la vida. Podrás tener una vida.



Querida amiga: he estado ocupado comprándome una casa, de ahí estas semanas de silencio. Espero que tú y tu familia sigáis bien de salud. Tengo muchas ganas de leer lo que escribes sobre el accidente de Sólheimasandur. ¿Sabes si tu libro se publicará en inglés? En Barcelona fui incapaz de descifrar las cartas de los restaurantes.



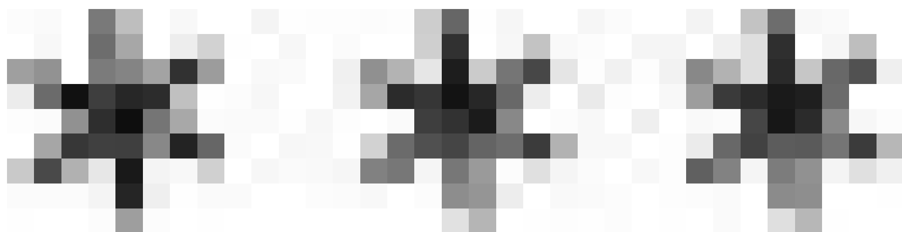
No querría saberlo pero sé que, cuando recibe un diagnóstico de mal pronóstico la persona con la que compartes hijos, casa, planes, se abre entre vosotros un abismo. Una brecha tan grande como de aquí hasta el séptimo cielo. Transitáis por dos soledades paralelas que no llegan a tocarse nunca, por mucho que os deis la mano.

Un abismo.

Una brecha.

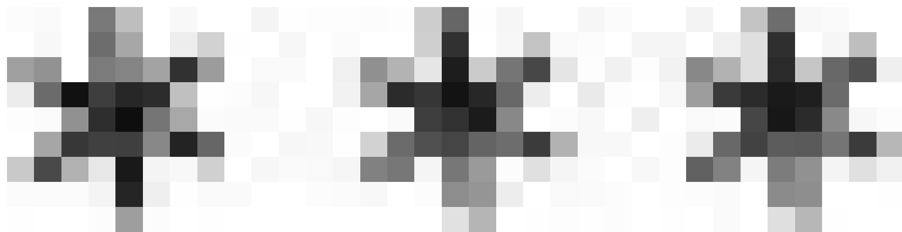
Dos soledades que no se tocan.

Nunca.



A veces debe de estar bien no tener sentimientos, le dice la madre de Josie a Klara, la Amiga Artificial de Klara y el Sol, de Kazuo Ishiguro. Yo creo que tengo muchos sentimientos, rebate el robot. Cuanto más observo, a más sentimientos tengo acceso. Klara, una máquina sin prejuicios que se alimenta de la luz del sol y que no pierde nunca la esperanza, le confiesa a la madre de la niña que hace un rato ha sentido tristeza.

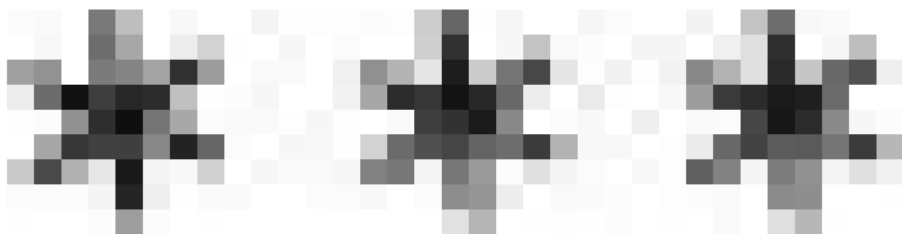
La esperanza. Te piensas que la has asesinado hasta que la muy cabrona se remueve bajo la manta y te convence de que tu pistola era de juguete.



No tengo claro que el verbo sea identificarse, pero noto que lo conjugo con Gregory. Con un expiloto militar yanqui que, a priori, poco tiene que ver conmigo. Me he montado un juego de espejos que me persigue y me condiciona. Da igual si nos separan un océano, un idioma y siete horas de diferencia.

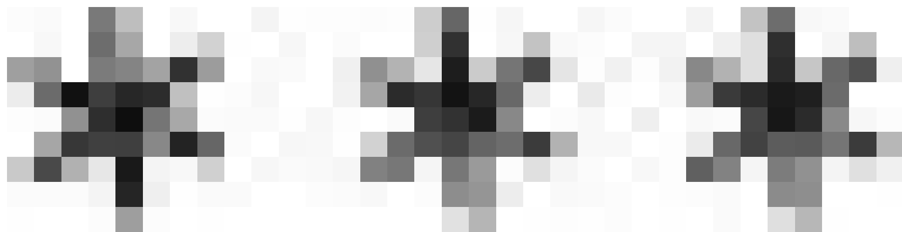
Juego sola a los reflejos. Hago arena cada vez más fina en un rincón del arenal, alargando el proceso hasta que se acaba la hora del patio. Me siento en el suelo, separo piedrecitas y así avalo dos frases del informe de final de trimestre: que me abstraigo con facilidad y que me cuesta integrarme en el grupo. A Greg, mi interés le da curiosidad y lo halaga, y ya está.

Me tendría que comprar una casa. Una casa que me acoja como la camiseta de I Love NY que me compré en Chinatown en 1992 y que aún uso de pijama. Una casa a la que querer volver.



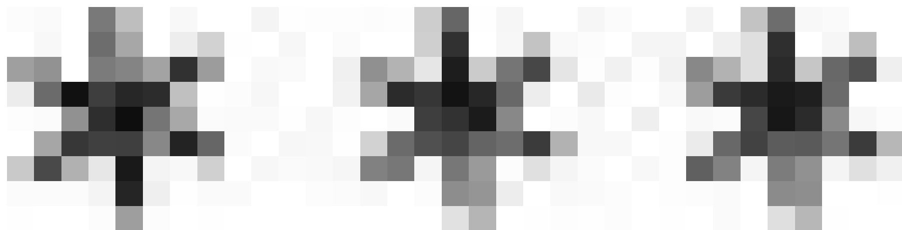
Mi hijo pequeño se ha acostumbrado a mirar fotos y vídeos de cuando aún estábamos todos.

Lo debe de hacer para no olvidarlo.



A Pierre le fascina que me escriba con Gregory Fletcher y se interesa por mí de vez en cuando, pero no me atrevo a convertirlo en uno de los amigos de después.

Que si se publicará en inglés. No sé cómo decirte, Greg, que lo estoy escribiendo en catalán, no en castellano como das por sentado. Y vete a saber si llegaré a publicarlo.

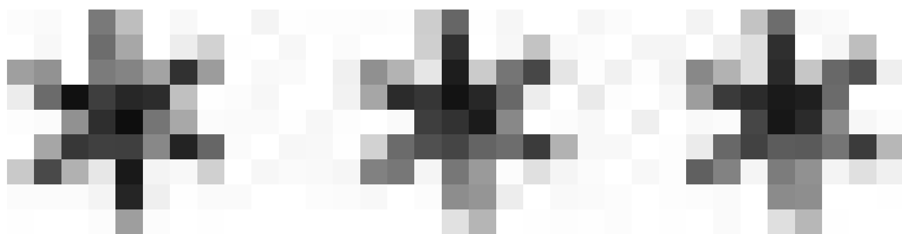


Un avión que no vuela no es un avión, es una obra de arte. Lo afirma el artista Francesc Torres a raíz de una instalación suya en el Museu Nacional d’Art de Catalunya. Dos aeroplanos en la Sala Oval, dos réplicas fieles a escala 1:1 de dos aviones soviéticos que combatieron en la Guerra Civil. Uno de ellos, el bombardero Túpolev SB-2, está a punto de estrellarse. Está colgado del techo en posición vertical y el morro roza el suelo. Hay que imaginarlo en caída libre porque cayó de verdad.

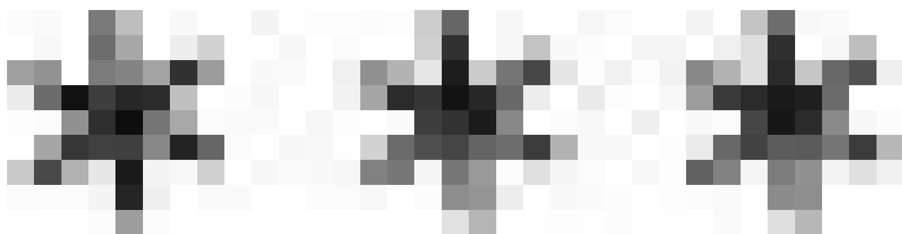
Un avión que no vuela es una escultura. Un cobijo. Un abrigo contra el frío polar que viene de dentro.

¿Estrellarse, quedar maltrecho y convertirse en otra cosa es siempre peor que hacer vuelos rutinarios de ida y vuelta, ida y vuelta hasta que te acaben arrinconando en un cementerio de aviones? Juraría que no. Que no siempre. Es diferente, pero no siempre es peor.

El 11 de septiembre de 2001, cuando dos aviones derrumbaron las Torres Gemelas de Nueva York, decidí crear otro hijo. Engendrar vida contra el terror.

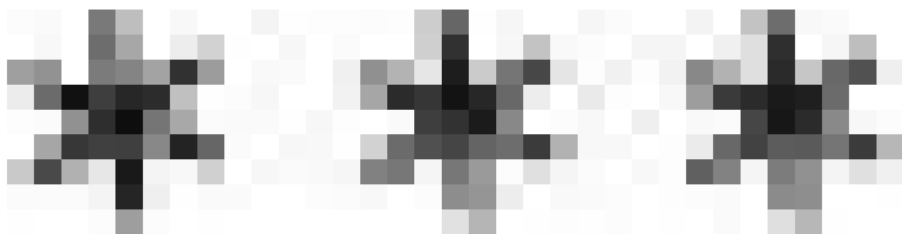


He corrido para llegar a tiempo al zapatero y me ha cerrado la persiana en las narices. Necesito las botas viejas porque las nuevas me han hecho una herida de esas que no te permiten pensar en nada más. Me he puesto a llorar en medio de la calle, deshecha. Desconsolada. Queriendo creer que estaba llorando de verdad por las botas y por el dolor del pie y por la puntualidad del zapatero a la hora de bajar la persiana.



Mi madre ha muerto pero tengo hambre, y luego comeré no obstante mi dolor —confiesa Albert Cohen en El libro de mi madre—. Pecado de vida. Comer es pensar en uno mismo, es amar, vivir. Mi mirada ojerosa ostenta el luto por mi madre, pero quiero vivir.

Al día siguiente de morir la yaya Pepi, mi padre me acompañó al colegio. Nunca antes me había acompañado. Yo tenía seis años. Le pregunté por qué tenía los ojos llorosos y me dijo que estaba constipado.

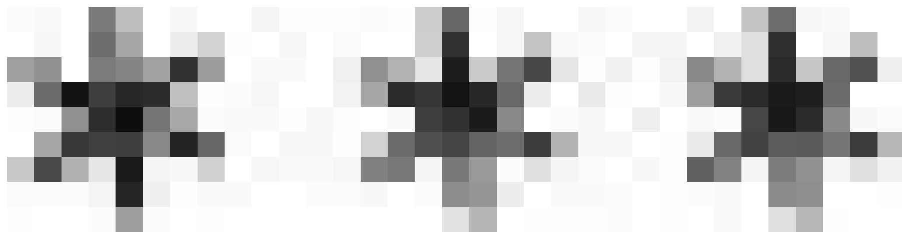


En una red social que ha conocido tiempos mejores, me pide amistad un tal J. P. S. Con insistencia y a cara descubierta: nombre y dos apellidos auténticos, que me ahorro reproducir. Hago una consulta rutinaria en Google, me resisto a aceptar a desconocidos así como así. No tardo mucho en averiguar que la persona que quiere ser amiga mía es un asesino. Un asesino.

En el año 1995, cuando trabajaba de vigilante jurado, bajó al piso de abajo y mató a los dos inquilinos: su tío y su abuela, de sesenta y cuatro y ochenta y nueve años. A él le pegó un tiro en el pecho, lo desfiguró a base de martillazos, lo quemó y lo semienterró en un descampado a las afueras de Cerdanyola. A ella la desnucó, metió su cuerpo desnudo en una bolsa de deporte y la lanzó al puerto de Barcelona. Los cadáveres se encontraron con cuatro días de diferencia, muy lejos el uno del otro, muy deteriorados uno y otro. A la mujer la habían operado dos veces: le habían implantado una placa en una cadera y un clavo en un fémur. Las dos prótesis, fabricadas en Estados Unidos, permitieron deducir la identidad de la víctima gracias a la intervención del FBI. El principal sospechoso de haberla matado fue de entrada su hijo, pero también había desaparecido. Alguien dedujo que podía ser el muerto del descampado y el análisis de las huellas dactilares confirmó que así era. Entonces las indagaciones se encaminaron hacia el piso de arriba. El sobrino y nieto les había dicho a los vecinos que sus parientes se habían ido a vivir a la casa familiar de Ciutadella, hasta había comprado dos billetes del barco Barcelona-Mahón y había retirado las tarjetas de embarque para que la coartada se sostuviera. Cuando lo detuvieron negó las imputaciones, pero acabó confesando el doble crimen cometido casi dos meses antes. Ya había vendido las joyas de la abuela y los dientes de oro del tío, y se había apropiado de los más de cuatro millones de pesetas que madre e hijo tenían en el banco.

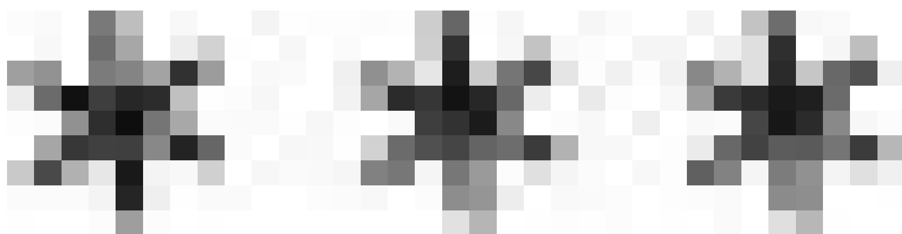
Eso ocurrió en octubre de 1995. El asesino debe de haber cumplido la condena y ahora supongo que piensa que tiene derecho a salir al mundo sin siquiera escudarse tras un pseudónimo. Como si no tuviera nada que esconder. Como si fuera fácil volver a empezar. Como si alguien como yo no le fuera a negar la solicitud de amistad.

No lo acepto.

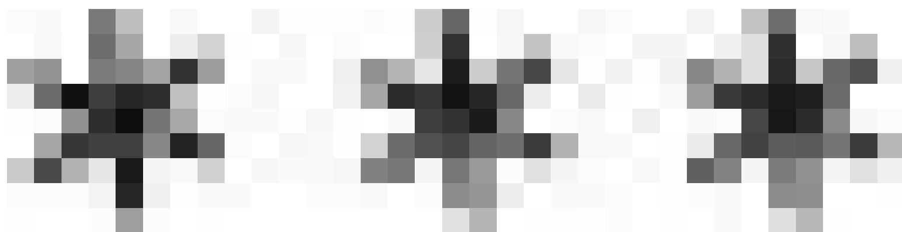


Toda destrucción es siempre la construcción de una vida nueva, dice en la tele un escritor de veintipocos años. Todos los espacios de desaparición permiten la creación de otra cosa, añade, con esa seguridad que tienes cuando el futuro es una sábana de una cama como el cielo. Y el presentador del programa, que debe de tener más presente la finitud y las excepciones porque se acerca a los sesenta, musita, antes de hacer la pregunta siguiente: A menos que quedes completamente desmoronado.

Los jóvenes, lamenta el autor joven, estamos condenados a la indiferencia, a la criminalización o a ser títeres del sistema. Los medios de comunicación y el poder son expertos en fagocitar cualquier tipo de disidencia, dice, y noto que me cuesta seguirlo: ahora el escritor de veintipocos años habla desde lejos. De cerca, me entrevisto a mí misma: me pregunto si he quedado completamente desmoronada.



Soy como todos. Yo también empujo a los demás hacia atrás y los mando a barrer el pasado.



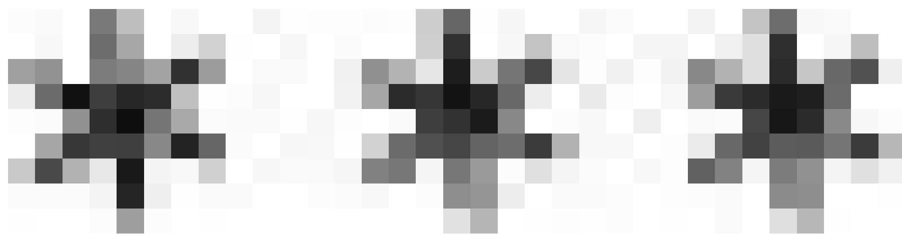
Neus se me acercó y, con una voz que me imagino quebrada, me dijo que me había hecho muy mayor y que esperaba verme mucho más mayor todavía, Eso querrá decir que soy muy vieja muy vieja, pero aún sigo aquí. Ella tenía números para morirse joven, el cáncer mata aunque no se mencione. Hace cuarenta años era habitual ocultarles el diagnóstico a los enfermos, hoy todavía se les regatea el pronóstico. Y yo entendí en el acto que su deseo imposible me acompañaría siempre. La empecé a echar de menos allí mismo, en la fiesta de los veinticinco años de casados de los tíos.

No habría querido saber tan pronto que el precio de vivir es echar de menos a los que ya no. Ni habría querido saber jamás lo que comprobé de primera mano al cabo de tres décadas: que la añoranza puede ser absoluta. Que durante un intervalo menos inmenso de lo que aparenta te levantas y te duchas y te vistes y sales a la calle como cualquiera, pero solo eres alguien que echa de menos. Caminas y hablas y nadas —nadas, nadas, nadas— e incluso sonríes de vez en cuando, pero estás hecho de un material insólito: la añoranza eres tú.

La infancia se me acabó por teléfono. Neus no llegaría a verme mucho más mayor ni llegaría a ser muy vieja. Y a mí me tocaba seguir dando vueltas en corro, pero a cada ronda habría menos sillas y más nostalgia.

Aquel 9 de julio le vi las orejas al futuro: acurrucada sobre la moqueta azul como si quisiera desnacer, eché de menos en bloque a todos los que tarde o temprano correrían a mi lado y, al pararse la música, se quedarían sin silla antes que yo.

Una añoranza como un mar, como un bosque.

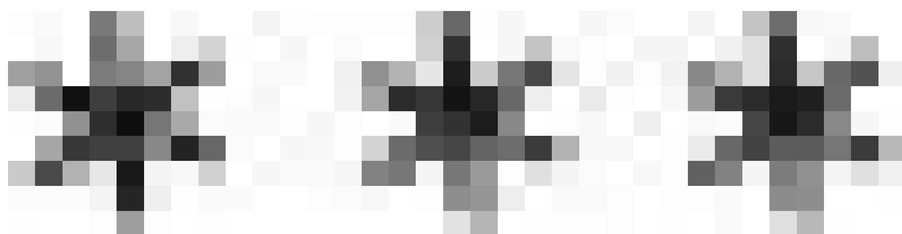


Hoy no ha llovido en ningún sitio: hacía días que no pasaba y tardará en volver a pasar. Ayer por la tarde algunas comarcas vieron cómo caían grandes piedras, pero hoy han tenido un día la mar de tranquilo.

La pausa durará poco, porque vienen precipitaciones abundantes y continuadas, no como las tormentas que descargan y se van.

Es un boletín meteorológico. Me extraña que alguien pueda hacer una lectura meramente literal.

Hoy no ha llovido en ningún sitio.



El virus que lo ha puesto todo patas arriba no se rinde ni ahora que ya hay vacunas. Nos hemos acostumbrado a mascarillas, protocolos, normas absurdas. Que si aforos reducidos, que si a tal hora todo el mundo a casa. Que si cuarentenas y test de antígenos. Casi un año y medio después, un tribunal ha declarado inconstitucional el primer estado de alarma, en virtud del cual nos confinaron y nos fastidiaron la primavera. Pero nadie nos devolverá la primavera. Esta peste es como la tristeza, como el duelo: no se irá de hoy para mañana. Si no nos mata o mientras no nos mate, estamos condenados a hacerle un hueco.

Las olas de la pandemia y las olas del dolor. Tanto unas como otras nos embisten, se van, vuelven.

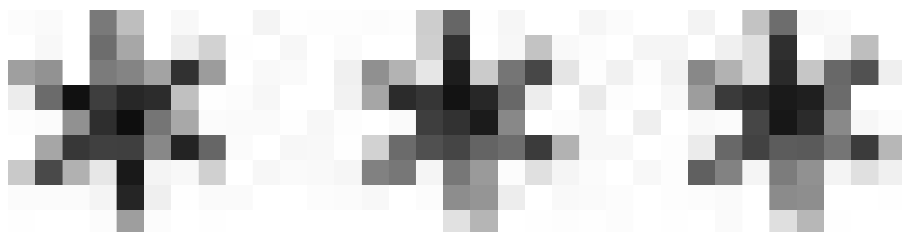
Yo aún confío en que el paréntesis pandémico sirva para guardar bajo siete llaves el otro paréntesis, el que se me tragó y se empecina en retenerme en unos limbos de sí pero no.

Cuando la tristeza se te instala dentro con contrato indefinido, molesta todo lo que puede. No solo te impide dormir sino que por la mañana, mientras revuelves cápsulas de café aún desgreñada, te la encuentras repantingada sobre el banco de la cocina. Vas al cuarto de baño y ella ya está cantando en la ducha. Te acorrala sin escapatoria.

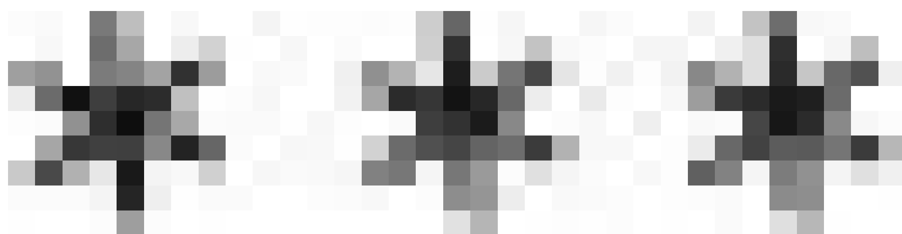
Hasta que pactáis. Si me dejas volver a leer, al menos sabré qué hacer durante las noches en blanco. Si me das fuerzas para saludar a los vecinos, no me dará tanta angustia bajar a comprar el pan. No sufras, no te voy a olvidar ni dejarás de ocuparme por completo, pero

necesito poder centrarme en un proceso pequeño que dependa solo de mí.

Un tiempo después, aunque no quieras, y de verdad que no quieres, ya convivís con cierta armonía. Buenos días, tristeza. Cuando os ducháis juntas, te deja escoger canción y te nace darle las gracias; como si le debieras algo a la mala pécora. La infelicidad perfecta no existe. Los golpes, el frío, la sed.

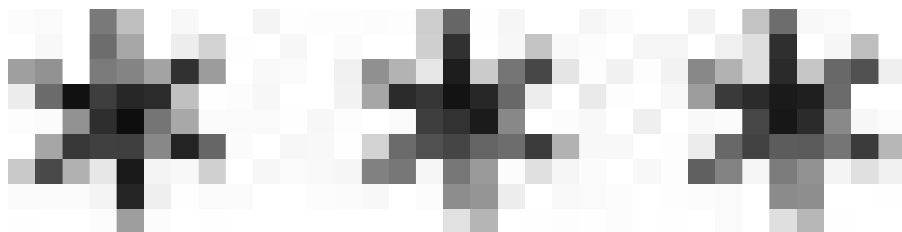


Querida: Te envío las respuestas a las últimas preguntas que me hiciste. Seguro que explico más cosas de las que necesitas para tu libro, pero he pensado que algún día a mis nietos les interesará saber detalles de su abuelo piloto, y he preferido dejar los deberes hechos. Se supone que tengo tiempo porque me jubilé en febrero de 2019, pero diversos proyectos, incluyendo las tareas no remuneradas que hago para diversas asociaciones sin ánimo de lucro, ocupan todo mi tiempo y más.

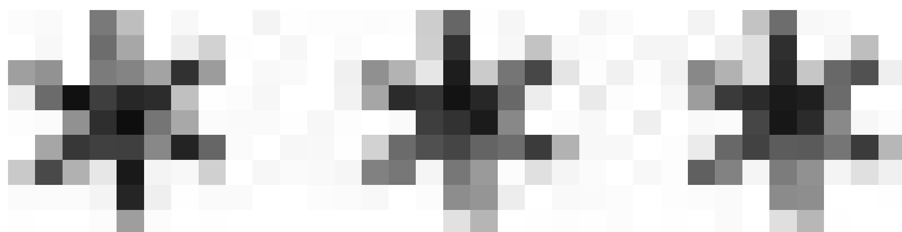


Me estoy enamorando de una casa que recibe luz cenital a través de claraboyas. Una casa casa, a pie de calle, con patio y azotea. Sé que es amor porque la he visitado tres veces y ahora ya me gustan sus defectos. Antes de planteármelo en firme, pregunto si sería posible hacer ventanas y los dueños responden que sí, que la fachada no es portante. Quiero una casa nueva pero que no me trague. Quiero perforar el hormigón y abrir ventanas donde no las hay. Ah, mira qué cielo tan bonito.

En Islandia duermen todo el año con las ventanas abiertas, por mucho frío que haga.



La tristeza sería un privilegio si no fuera tan triste. Porque te ayuda a relativizar, aparta de un plumazo los obstáculos que antes te abrumaban, te hace entender con una concreción perturbadora el consejo de amar lo que tienes. Y eso lo sé ahora, cuando también he aprendido a convivir con el duelo, con la apatía, con los ojos de los demás, con una profunda soledad: en el fondo del fondo de la tristeza, puede que te espere —serena, inevitable, huidiza— la alegría.

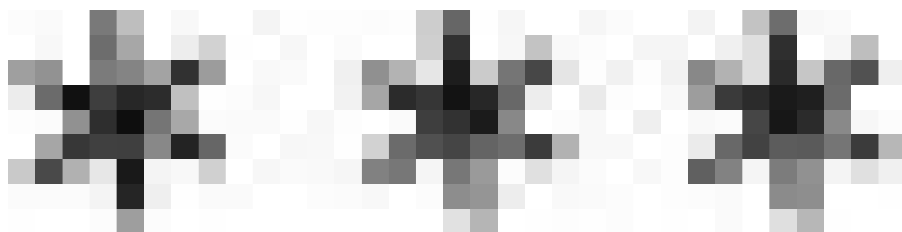


«Los pensadores positivos han llegado a concebir un universo maravilloso, una aurora boreal inmensa y brillante en la que los deseos se dan la mano con su encarnación. Allí todo es perfecto, o tan perfecto como uno quiera. Los sueños salen y se cumplen por sí solos, los deseos solo esperan ser articulados. Es un sitio de una soledad espantosa». Barbara Ehrenreich, Sonríe o muere.

La idea de que sobrevivir depende de la actitud sería nefasta aunque fuera cierta. El optimismo es admirable, pero a mí lanzadme por favor un salvavidas en lugar de un saco lleno de pensamiento positivo.

Los animales salvajes viven en una alerta permanente, por si tienen que echar a correr o tienen que defenderse ante un peligro. La supervivencia no pasa por pensar que todo irá bien, sino por analizar qué puede ir mal.

Todo irá bien y eso no me pasará a mí y ya tendré tiempo cuando me jubile y la muerte no es el final y este amor es para siempre.

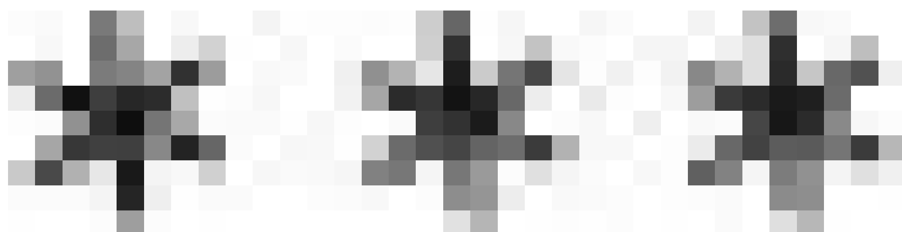


No había cogido ningún vuelo transatlántico ni me había ido aún de casa de mis padres ni había vivido nunca en pareja. Lo haría todo a la vez. Tres tics de golpe.

La noche del jueves al viernes me la pasé haciendo maletas. Empaquetando mi vida para llevármela a la otra punta del mundo. Lo que más me pesaban eran los diccionarios: que al cabo de una década serían tochos obsoletos nadie lo habría predicho.

Podía no gustarme Nueva York, podía no gustarme el novio, podía no gustarme el trabajo de corresponsal, podía no gustarme estar lejos. Pero estos miedos tan grandes no habrían cabido en ninguna maleta y los dejé fuera, en el cuarto que pasaría a ser solo de mi hermano. Su habitación propia.

Me fui de casa con un único miedo en el bolsillo: el del avión, que ya me dirás tú cómo se aguanta tanto tiempo en el aire sin caerse. Y así, con un billete solo de ida y cargada de palabras en orden alfabético, volé hacia el futuro.

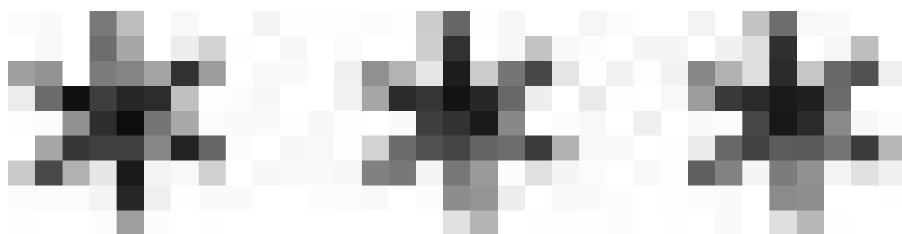


Me hice piloto militar porque mi padre, que había sido piloto durante la Segunda Guerra Mundial, me introdujo en la aviación desde muy joven. El primer recuerdo que tengo es el de estar sentado en la cabina de un caza F6F Hellcat estacionado en un hangar de la Naval Air

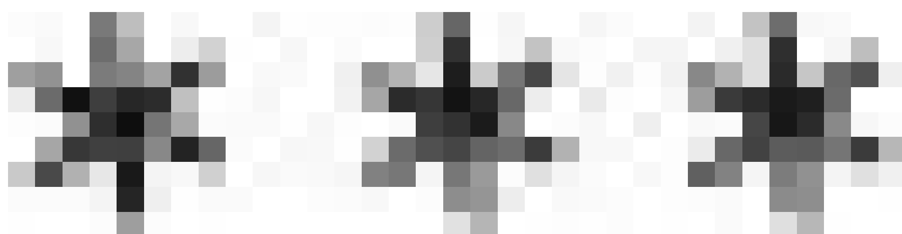
Station de Glenview. Papá me había dicho que me agachara para entrar en la cabina y después se deslizó junto a mí, en el lado del ala izquierda, para mostrarme los instrumentos y los controles del avión.

Mi padre, Will Fletcher, fue un veterano de combate muy reputado. En mi libro Intrepid Aviators describí las gestas en el Pacífico del grupo aéreo del que formó parte. Después decidió quedarse en el Ejército y hacer carrera en la aviación naval. La mayoría de sus amigos y compañeros de trabajo eran aviadores de la Segunda Guerra Mundial o de la Guerra de Corea.

No tomé la decisión de ser piloto militar: siempre di por sentado que lo sería. Por suerte, estaba físicamente cualificado para pilotar aviones: una vista 20/20 sin gafas, una percepción de la profundidad excelente y una buena diferenciación del color eran requisitos previos.



Soy deseo y duda. Deseo, ahora ya muy intenso, de seguir viviendo; y duda de si sabré.



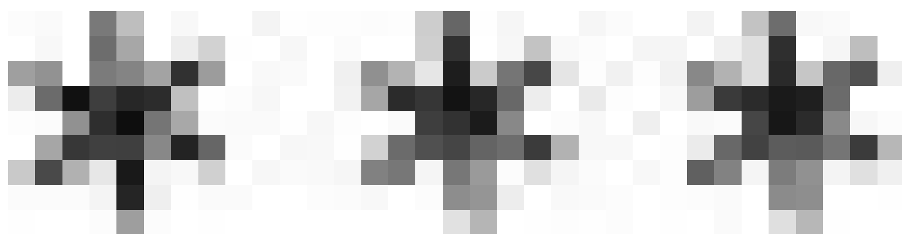
Me escribe una amiga de antes, de mucho antes: una compañera del colegio que iba cuatro cursos por debajo de mí. Era un colegio pequeño y nos conocíamos todos. Que lleva tres semanas ingresada en el Clínico y le gustaría hablar conmigo. Me envía una foto que reformula sus palabras: lo que debe de querer es verme por última vez.

Tengo un día lleno, calculo la urgencia del ruego para darle cabida en

mi agenda de persona viva y me avergüenzo de hacerlo. Perdónate, venga: si no desfalleciste, o no del todo o no para siempre, también es por esta sangre fría. Le pregunto a Emma si puedo ir mañana al mediodía y responde Sí, claro, así me ayudas con la comida. Yo de aquí no me voy a mover, te estaré esperando.

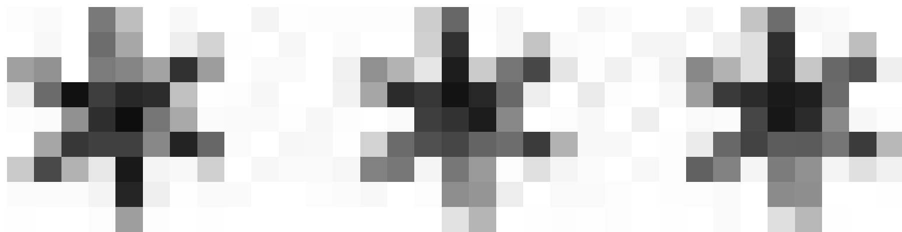
Las náuseas. Ya no me las quitaré de encima hasta que haya escapado del hospital, con prisa por huir de aquel universo paralelo lleno de personas medio vivas que se están muriendo —una bandeja con restos de pollo y un vaso de plástico con gajos de manzana en medio de perfusiones de morfina, rescates, pañales para adultos, dolor inconmensurable medido del uno al diez— y de personas medio muertas que no se están muriendo, o no tanto, aún no. Pronto las del segundo grupo también saldrán del hospital, liberadas por la muerte ajena, y llevarán estrujado en el bolsillo un afán torpe, culpable, clandestino: el de volver a enamorarse de la vida.

Emma dejará de respirar dentro de quince días y yo estaré contenta, triste pero contenta, de haberme despedido de ella.

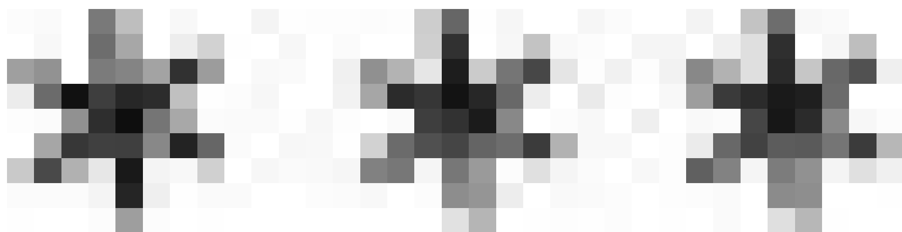


Cuando viajo como pasajero yo también tengo miedo, confesó James Salter a un periodista que tiene por costumbre leer los libros del autor neoyorquino en los aviones, para conjurar el miedo a volar. Salter fue piloto de las fuerzas aéreas norteamericanas doce años y combatió en la Guerra de Corea, pero dejó el Ejército para dedicarse a la literatura.

En cambio, añadió el escritor, pilotar un avión no da nada de miedo. Se parece mucho a conducir un coche. Volar, como la mayoría de las cosas trascendentes, como la música, es una cuestión de método.

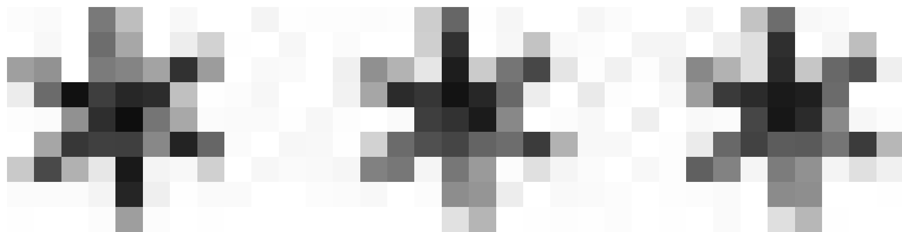


En 1965, mi último año de bachillerato, la Marina de Guerra me aceptó en el cuerpo de formación de oficiales de la reserva naval. En este programa el Ejército pagaba la matrícula, los libros y cincuenta dólares al mes durante cuatro años de carrera en una facultad de los Estados Unidos. Me inscribí en la Universidad de Colorado atraído por su programa de Ingeniería Aeronáutica, pero el cálculo diferencial frustró mis planes de ser ingeniero aeroespacial: me licencié en Ciencias Políticas el 6 de julio de 1969. Diez días después fui a informarme a la Naval Air Station de Pensacola, Florida: quería aprender a pilotar aviones. Recibiría las alas en febrero de 1971, cuando me nombraron oficialmente aviador naval.



Quiero volver a vivir, suplica un George Bailey desesperado. Y en el momento en que el anhelo le es concedido, en que le sangra el labio, en que tiene los pétalos de Susy en el bolsillo, lloro como si no hubiera llorado nunca y como si no me supiera la película de memoria.

Que el ángel Clarence se gana las alas como los pilotos de avión, o los pilotos como los ángeles, lo he pensado ahora por primera vez, porque es ahora cuando estoy conociendo a un antiguo piloto.



Segunda Guerra Mundial. Japón había invadido las Filipinas y los Estados Unidos habían iniciado una ofensiva militar en el océano Pacífico para liberar las islas. El 24 de octubre de 1944 enviaron a un escuadrón de seis jóvenes norteamericanos a torpedear un inmenso barco japonés, el Musashi. Pero los japoneses reaccionaron disparando al Intrepid, el bombardero en el que viajaba Willard Fletcher, el padre de Gregory.

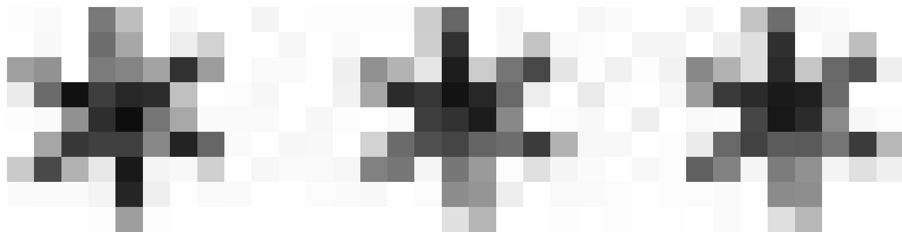
Will fue el único piloto del escuadrón que sobrevivió: cayó al mar de Sibuyán, nadó muchos kilómetros entre tiburones sin poder permitirse pensar en los tiburones y llegó a una isla deshabitada. Allí se construyó una balsa de bambú y remó hasta que lo recogieron unos pescadores. Los guerrilleros filipinos lo ayudaron a eludir a los japoneses y lo incorporaron a sus filas.

Una tarde de 1971, cuando Gregory ya era piloto militar, su padre le contó con pelos y señales la aventura filipina. Más adelante Greg lamentaría no haber transcrito aquella conversación. Will Fletcher murió en 1985, de repente, con sesenta y un años. En 2012, su hijo escribió el libro que rememora sus gestas bélicas. Lo he comprado y leído, por supuesto. Lo que más recuerda Gregory es la frase con la que Will cortaba a los que lo trataban de héroe: La guerra es algo terrible.

Has sufrido una guerra.

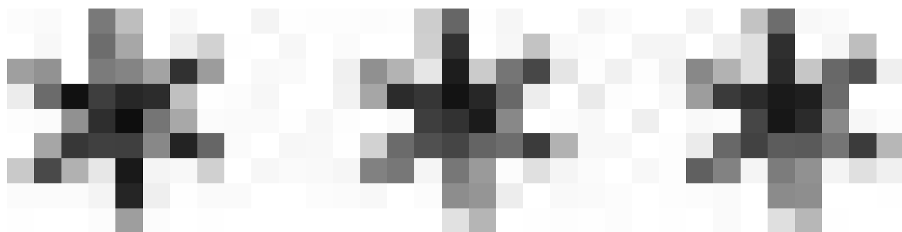
Pestes y guerras.

Gregory Fletcher lleva la supervivencia en la sangre. A ver si va a ser eso.



La amiga de después me sabe animar más bien poco: Sí, estás sola, me dice. Yo también. Todo el mundo, seguramente. Cuanto antes lo aceptemos, mejor; lo demás es una lucha inútil y agotadora.

Al poco rato me topo con este párrafo de Yasmina Reza: «Estamos solos. Hijo mío. Con una soledad inmensa. Total. Y apenas hay vínculos entre una soledad y otra. La soledad es larga. Inaprensibles son los alborozos que nos unen».



El accidente me afectó de distintos modos. Justo después, agradecí sobremanera que nadie hubiera resultado herido de gravedad. Y me preguntaba una y otra vez si se hubiera podido evitar el aterrizaje de emergencia: mi cabeza iba repasando de forma obsesiva la secuencia de acontecimientos que nos llevaron a la playa de Sólheimasandur.

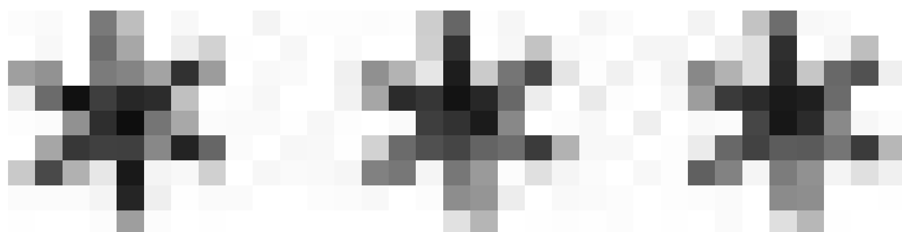
Concluí que el descenso era inevitable, teniendo en cuenta las limitaciones del avión y las condiciones meteorológicas. Los aviadores navales están sometidos a una presión enorme para no cometer errores y manejar situaciones de crisis. Se rigen por el adagio «Es mejor morir que parecer inepto». Me alivió que el informe de investigación de accidentes exonerara a la tripulación de cualquier fallo y me sentí muy satisfecho cuando el Ejército me otorgó una medalla por haber sacado el máximo partido de una mala confluencia de circunstancias aeronáuticas.

No soy una persona religiosa, tampoco lo era entonces. Nos salvamos porque reaccionamos con una celeridad y una competencia

razonables. Pero lo que nos situó sobre una playa fue, y no me cansaré de repetirlo, la pura fortuna.

Mientras aquel día bajábamos a ciegas a través de las nubes, confieso que me pregunté si sobreviviría. No le di vueltas a la idea de la muerte, sabía que si llegaba sería muy rápida. Me centré en hacer lo imposible por mantener el avión en el aire. Por seguir volando. Cada segundo que pasaba sin tocar el suelo me alimentaba la esperanza.

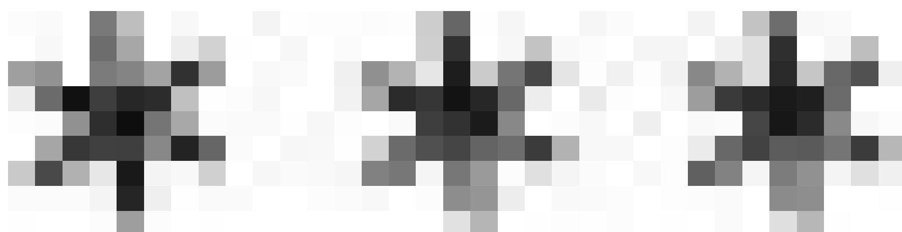
El accidente no aplacó mi entusiasmo por volar. En todo caso, me hizo tener más confianza en mis habilidades de pilotaje y reafirmó mi visión fatalista: cuando te toca, te toca. A mí aquel día no me tocaba.



Las fechas señaladas, como las canciones que nos hacen daño, son una máquina del tiempo casi perfecta. Llega el día tal del mes tal de cualquier año, o los altavoces de una tienda disparan aquellos primeros compases y, con una fuerza arrebatadora, el pasado te absorbe y vuelves a estar en el peor momento de la pesadilla. En el epicentro de un dolor que se mantiene intacto.

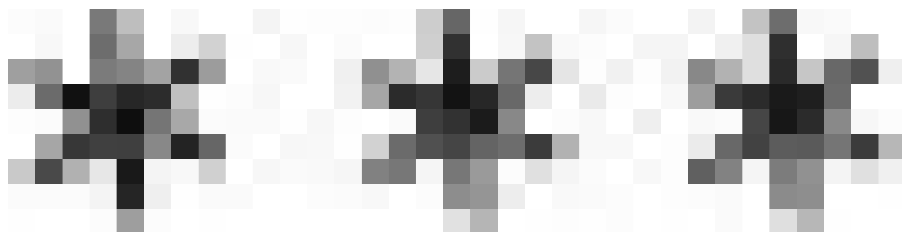
Y te preguntas, me pregunto, adónde ha ido a parar tanto esfuerzo por avanzar, por dejar atrás Todo Aquello.

Mañana es miércoles y empiezo unas clases de perfeccionamiento de natación.



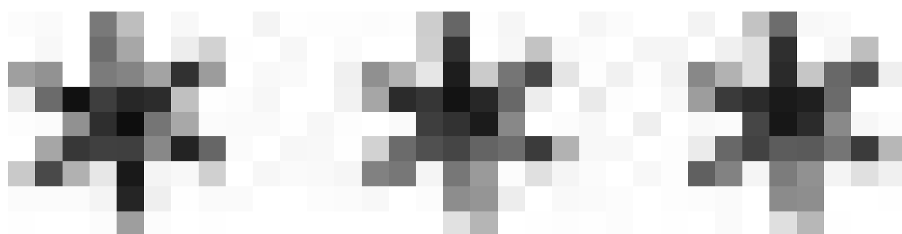
Tengo el diario de registro en un trastero porque estamos en mitad del

traslado a la casa nueva, pero iré a consultarlo porque se me hace raro que solo hubiera volado veintiuna horas en un C-117D el día del accidente. Es lo que dicen los artículos de internet, pero no me cuadra mucho, teniendo en cuenta que el 21 de noviembre hacía ya casi medio año que vivía en Islandia. Ya te contaré.



A ver si nos vemos antes de morirnos, les decimos a nuestros conocidos lejanos como si fuera una exageración. Y nos creemos que estamos exagerando. Y reímos.

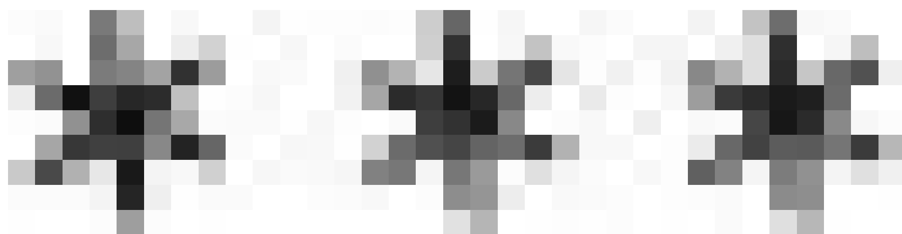
Emma y yo habíamos intentado quedar muchas veces, pero siempre parecía que ya habría tiempo. Nos fuimos engañando hasta que la mentira dejó de ser posible. Siempre hay alguien de quien no puedes prescindir y siempre llega un punto en el que la mentira deja de ser posible.



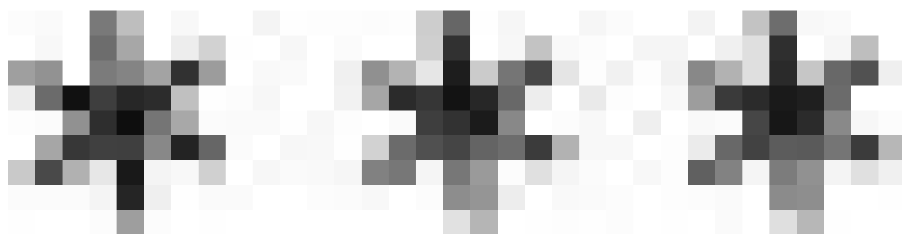
Me causan tanta aprensión las medusas que si veo una doy marcha atrás y salgo disparada hacia la toalla. Es superior a mí, a lo mejor el día en que me pique la primera veo que no es para tanto.

Hoy el mar era como un cristal limpio de huellas. Pasada la tercera boya de las que entran hacia el fondo, me ha parecido distinguir una medusa luminiscente. He dado media vuelta, pero me he resistido a dar por finalizado el baño. En lugar de nadar mar adentro, he optado por nadar en paralelo a la orilla. No he renunciado al nado diario, mis brazos y mi orgullo querían seguir nadando. Me he limitado a cambiar

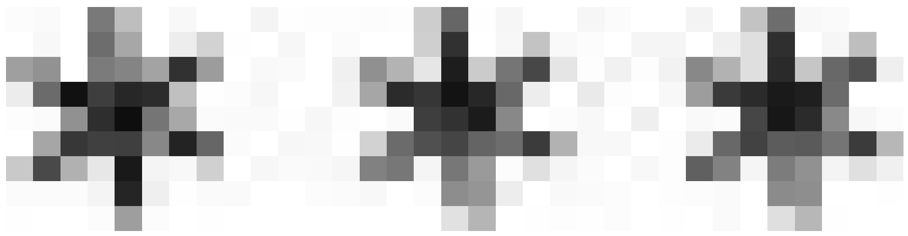
de trayectoria.



El mismo día del funeral, por la tarde, me bajó la regla. Por primera vez después de siete meses. Mi cuerpo se abstuvo de menstruar hasta que creyó que podía volver a permitírselo. Mi cuerpo tenía más prisa que yo por resucitar.



He comprobado que la cifra que circula es correcta: llegué a Islandia en junio, pero no empecé a volar en C-117D hasta julio y sí, el 21 de noviembre las horas acumuladas eran solo veintiuna. Hay que decir que antes de establecerme en Islandia ya tenía una experiencia de 1250 horas pilotando aviones de reacción. En cambio, tu duda sobre el glaciar contra el que podríamos habernos precipitado no es tan fácil de resolver. El informe oficial del accidente no menciona el nombre. Estábamos rodeados de nubes y las referencias terrestres eran imprecisas. Lo más probable es que los motores fallaran cuando sobrevolábamos el glaciar Vatnajökull, el más grande de Islandia, aunque acabamos aterrizando al suroeste del glaciar Mýrdalsjökull. Lo único que tengo claro, insisto, es que no chocamos contra un glaciar porque el azar no quiso.



Me busco, queriendo encontrarme, dentro de un poema de Maria-Mercè Marçal.

Buenos días, amor que triunfas sobre la sombra

y enciendes un fuego nuevo al tumbo de la campana.

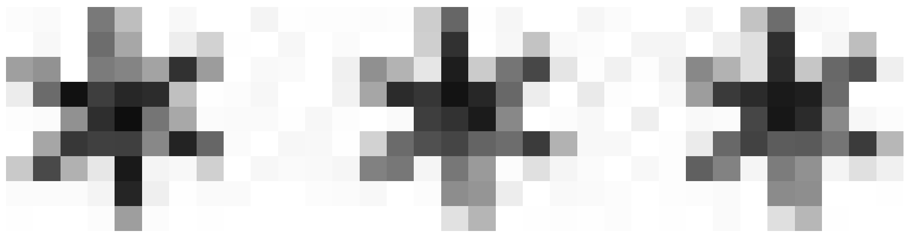
Que te arboledas con el esfuerzo de la raíz y de la copa

y, dado a dado, desmontas el paisaje

de los escombros, y de los bosques haces una mina,

y de las migajas haces otra fiesta.

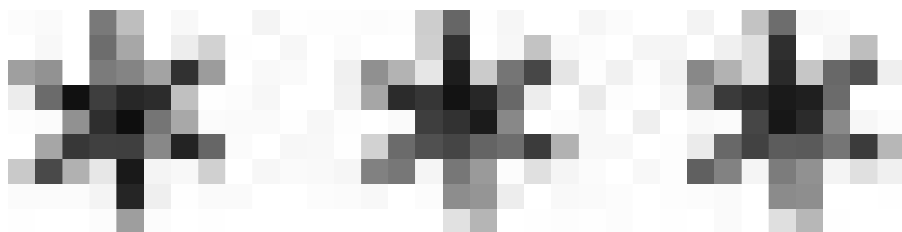
La poesía, ese espejo de aumento.



Vacié el piso de medicamentos porque yo no estaba enferma ni me estaba muriendo tanto, aún. Había en los armarios de la cocina, en los cajones de la habitación, en el mueble del baño y en rincones que uno nunca se imaginaría. Cogías un libro de la estantería y aparecía un blíster con cuatro pastillas despistadas que ya no provocarían ni el efecto buscado ni ninguno de los secundarios. Los medicamentos se reproducían como polillas y hacían suyo cualquier rincón para dejar

claro que ellos estaban al mando. Encarnaban la esperanza y, por lo tanto, tenían el poder.

La bolsa que llevé a la farmacia pesaba como un muerto.



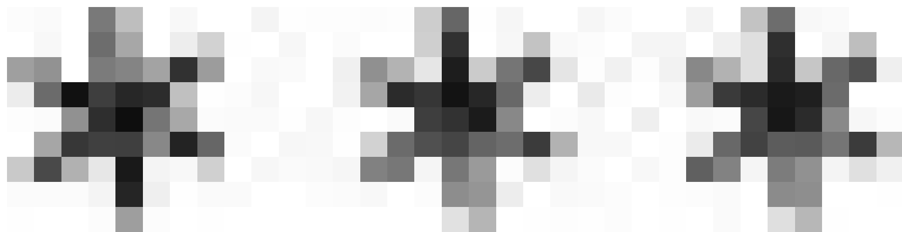
Chateaba con Nicole. Me debía notar más blanda que de costumbre y escribió Voy a verte, como si no necesitara coger ni el metro. Supe que lo decía en serio. Que se planteara volar desde Nueva York me arrancó por sorpresa de la abulia existencial: no habían pasado ni tres meses. Ya está, llego el martes a las ocho de la mañana, hora de Barcelona. Llevaré bagels de pasas.

Yo era una bomba y no lo sabía. Exploté en el coche, justo al salir del aeropuerto. El inglés me ayudó a vomitar frases que en catalán habría reprimido: la libertad del idioma extranjero. Que no podía más, que ser la superviviente me remataría, que mis hijos me lo estaban haciendo pagar con intereses, que me perseguían bandadas de buitres con la sensibilidad en la uña del meñique del pie.

Que hacía cuatro días una desconocida me había abrazado de repente en la calle principal, sin pedirme permiso, sin presentarse antes, dando por hecho que un abrazo siempre apetece. Se me había abalanzado exclamando Quépenalosientomucho y a mí solo me había salido apartarme y preguntarle si nos conocíamos.

Que estaba hasta los ovarios de tanta alabanza póstuma y tan poco respeto por los que aún respiramos. Idealizamos a los muertos y maltratamos a los vivos, cojones.

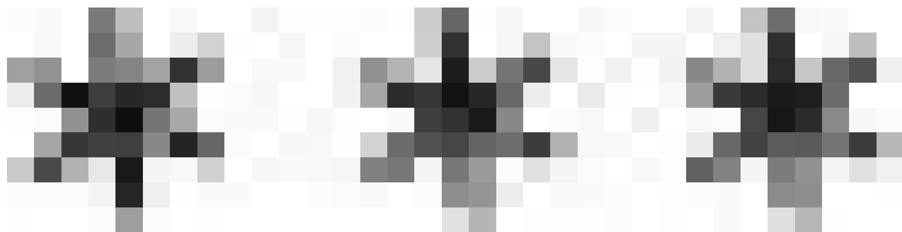
¿Sabes qué, Nicole? Morirse es una putada, pero no te enteras.



Hay un árbol en Oak Bluffs, en la isla de Martha's Vineyard, Massachusetts, que se partió por la mitad, de arriba abajo. No sé ni cuándo ni cómo, si por un rayo o por un huracán. Una amiga de Nicole sube una foto a las redes. Celebra que el árbol, en lugar de morirse, haya decidido florecer el doble.

Enseguida la realidad hace de aguafiestas: los medios troncos no se han vestido de gala, sino que los ha invadido una trepadora que puede acabar estrangulándolos. El árbol es una conífera y alguien especula que está medio muerta, pero la autora de la foto mantiene que no, que está bastante viva. Y que Oh, es tan pero tan bonita.

No hace falta que vengan huracanes o rayos a partirnos por la mitad, no veo las desgracias como una oportunidad ni mucho menos, odio el discurso Ahora he aprendido a valorar lo que importa y viva la hostia que me ha hecho más fuerte. Pero me gusta haberme topado con la foto de este árbol. Nunca lo dirías el día después del rayo, ni tampoco al día siguiente ni al otro, pero puede haber un después. Podrás tener una vida. Incluso si solo estás medio vivo, el después puede ser bonito.



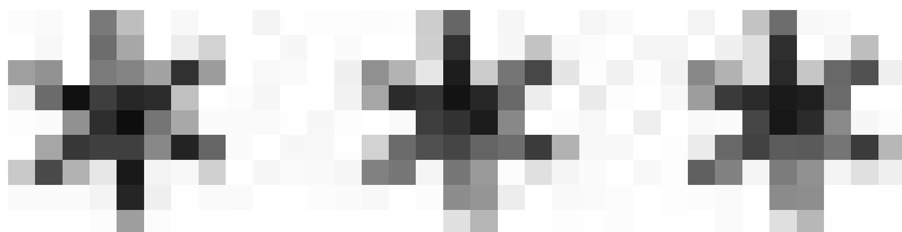
Pierre me ha invitado al vernissage de la exposición fotográfica «Sólheimasandur» en una galería de Barcelona, en el barrio del Guinardó. Aforo limitado, rogamos confirmen su asistencia.

Sólheimasandur: ya lo digo sin trabarme.

Supongo que irán Joan y Joana, en las fotos de Pierre salen los dos. No estoy preparada para un reencuentro. Me sentía cómoda no

teniendo que coincidir nunca más con ella. Cuando volví de Islandia necesité buscar un diagnóstico que encajara con su comportamiento, lo encontré y me reconfortó. Los diagnósticos reconfortan porque atenúan la incertidumbre. Pero ahora ya me dan igual las explicaciones. Ahora lo que me gustaría es tener una buena excusa, Que vaya bien pero justo el viernes tengo que cenar en Cadaqués.

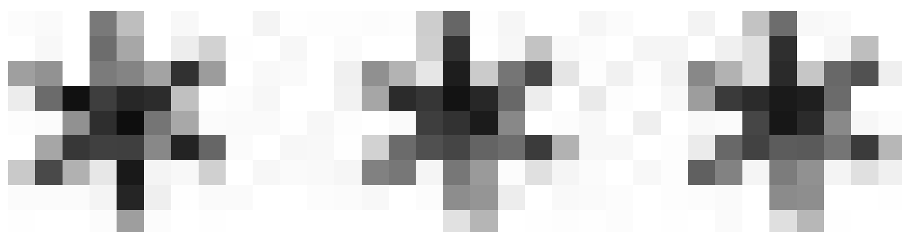
Puede que la de la personalidad histriónica sea yo.



Después del aterrizaje de emergencia, volé durante siete meses más en Islandia —en total acumulé ciento cuarenta y siete horas de vuelo en un C-117D, contando las cuarenta como comandante de la aeronave— y estuve otros dos años en la Reserva Aérea Naval. En 1974 me uní a un escuadrón de reserva de guerra antisubmarina con sede en la Naval Air Station, en Memphis, y llevé aviones patrulla P2V Neptuno un fin de semana al mes mientras estudiaba Derecho.

Ya como civil, piloté aviones de alquiler en viajes de placer y de trabajo. En 2007 me compré un monomotor, un Beechcraft Bonanza V-35 que conduje mucho hasta que lo vendí en 2014.

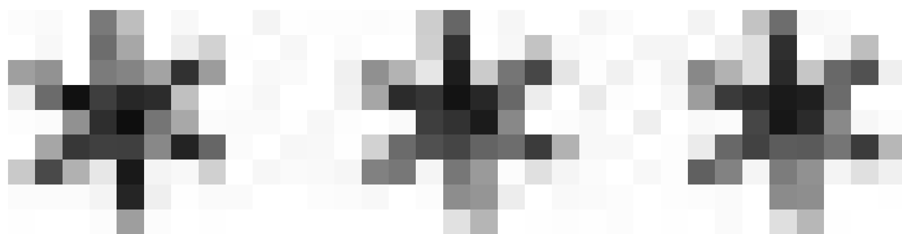
Tanto en otros vuelos militares como en vuelos civiles cuando ya había abandonado el Ejército, me topé de vez en cuando con hielo no previsto. Pero las condiciones nunca fueron tan graves como las de aquel miércoles en Islandia.



Las medusas mueren pero su toxicidad persiste. También hay unas

especies de medusas, las Turritopsis nutricula y las Turritopsis dohrnii, que son biológicamente inmortales: hacen una regresión a la infancia, al estado de pólipo, cuando ya son adultas o cuando se sienten amenazadas. Entonces empiezan otra vez el ciclo: crecen y se reproducen de nuevo. Sin depredadores ni enfermedades ni tormentas ni cambios en la temperatura del agua, las turritopsis podrían vivir por los siglos de los siglos.

Y de las migajas haces otra fiesta.

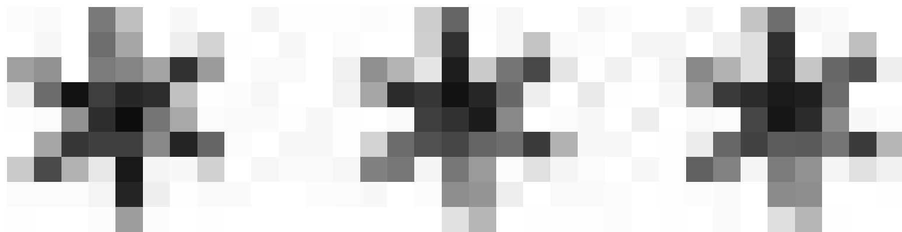


«Ahí es donde vives, y ahí es donde quieres seguir viviendo hasta que ya no puedas subir y bajar las escaleras por tu propio pie. No, más aún: hasta que ya no puedas subir y bajar las escaleras a gatas, hasta que te saquen de ahí para meterte en la tumba».

Lo escribe Paul Auster hablando de él en segunda persona y refiriéndose a la casa de cuatro plantas que tiene en Park Slope, Brooklyn. La dirección más estable, y confía que la definitiva, de las veintiuna direcciones que, a lo largo de los años, ha considerado su casa.

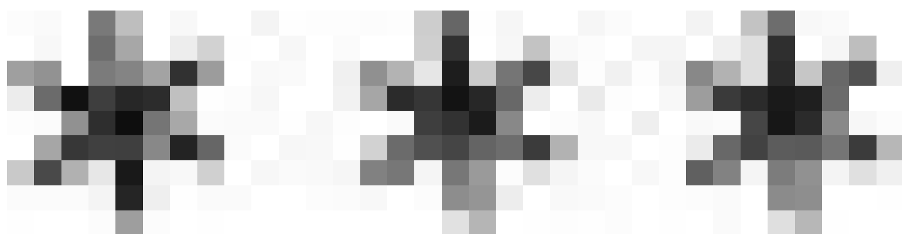
La madre de Paul Auster vivió en el número 240 de Central Park South, el mismo edificio donde Saint-Exupéry escribió El Principito. La mujer se enamoró de un aviador que murió en la guerra. Como el autor de El Principito.

Aún no he pagado las arras, mi abogado es muy meticuloso y lo revisa todo diez veces, pero la intuición me dice al oído que querré vivir en la casa nueva hasta que no pueda subir y bajar las escaleras por mi propio pie. No, más que eso: hasta que sea muy vieja muy vieja pero aún siga aquí.



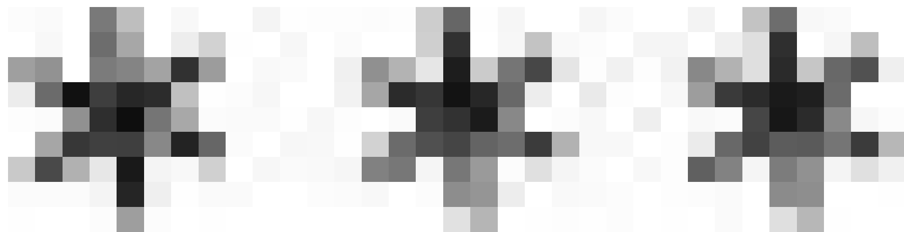
Decidí que no quería hacer del Ejército mi carrera. Para progresar como aviador naval, me hacía falta una formación adicional en un avión de combate o de ataque y habría tenido que servir cinco años, con un mínimo de cuatro viajes de seis meses a bordo de un portaviones en el mar. Por aquel entonces ya había conocido a la mujer que se convertiría en mi esposa, y la perspectiva de tener que alejarme tanto de ella no me atraía lo más mínimo.

Además, a raíz de la Guerra de Vietnam, la carrera militar había dejado de estar bien vista, sobre todo entre la gente de mi edad. Quedaría bien decir que tuve el valor de ignorar el oprobio hacia los que llevábamos uniforme, pero sería mentira: sí que me afectaban las miradas de los demás. Y yo mismo me opuse íntimamente a aquella guerra, la veía como un ejercicio inútil y costoso de contención del comunismo. Coincidí en privado con los argumentos del movimiento antibélico.



Los ojos que juzgan antes de mirar. Me presentaría voluntaria para sacarles los ojos cínicos a aquellos que ven lo que quieren.

Ahora pienso que debería haber donado sus córneas.



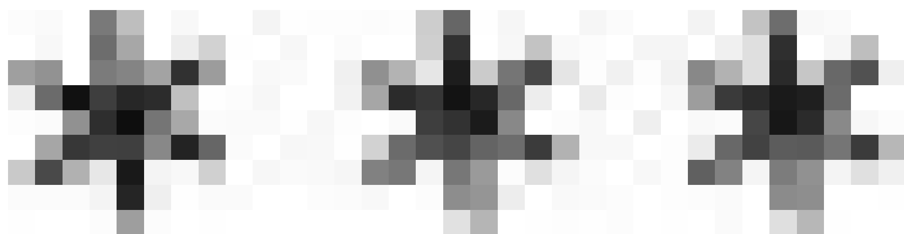
La mayoría de los amigos de la infancia se quedan en la infancia. Haciendo cajas he encontrado —Hola, soy un recuerdo y vengo a torturarte— la postal que me envió Ariadna el verano después de octavo. Con una profecía fallida: Seremos amigas el curso que viene y el otro y el otro y los que sean. Y con una advertencia final, resaltada con un montón de signos de exclamación que no pienso reproducir: No me busques faltas.

Durante los otoños y las primaveras siguientes —yo en un instituto, ella en otro— temí que el lazo con Ariadna se hubiera ido deshaciendo por culpa de mi tendencia a buscar faltas. Que no las busco, las veo.

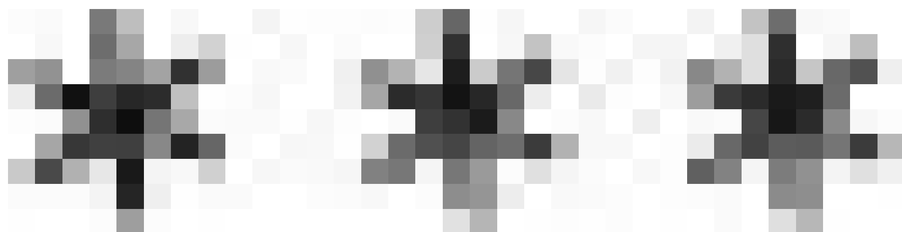
Nuestro colegio fue derruido hace años para construir un bloque de pisos. Las bolas de piedra, el balcón, las buhardillas, el patio de abajo, los plátanos, el almendro, los dos pinos, la morera, el arenal y tantas promesas de amistad eterna enterradas entre escombros.

Es una idea seductora: la vida se te hunde y salen de debajo de las piedras una multitud de manos amigas que te ayudan a capear el temporal. También es una idea falsa: puede que no cuidaras a los amigos lo suficiente cuando tocaba, puede que apostaras a una sola carta y ahora te jodes. Hoy no vendrá Ariadna a salvarte, hoy nadie envía postales.

Quién me iba a decir a mí que uno de los mejores flotadores serían las faltas de ortografía, que saltan a la vista aunque no las busques. Hola, soy un acento mal puesto y, sin proponérmelo, te haré volver al mundo.



Uno de mis hijos me habla a menudo en plural. Yo le digo que soy una sola persona y él rectifica, pero al cabo de un rato pierde el singular y vuelve a hablarme como si. Como si no.



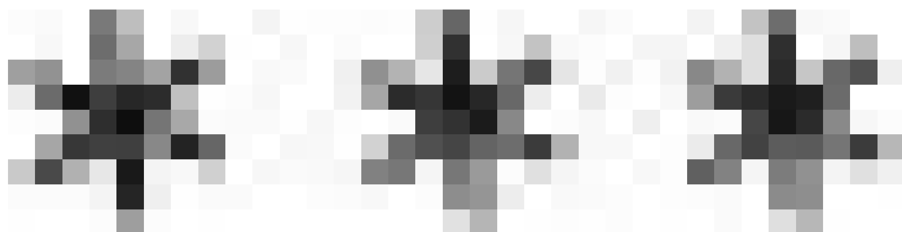
Ya he firmado la hipoteca de la casa nueva. Me imagino dentro con el único hijo que aún depende bastante de mí, el único que se vendrá a vivir allí. Me gustaría que pasaran poco a poco los años que faltan antes de que deje de quererme a una habitación de distancia. Quiero masticar a conciencia cada día, cada semana, quiero estirar el presente para no desperdiciar ningún pliegue.

Llevo las llaves de la casa nueva en la mochila aunque no tenga que ir, así siento que tengo al alcance de la mano un futuro concreto, acogedor. Cada uno se miente a sí mismo como quiere y el final feliz solo depende de dónde interrumpas el cuento.

También Greg creía que tenía el avión bajo control mientras degustaba un café en la cabina, justo antes del caos. Greg siempre se toma el café sin azúcar, como yo: se lo he preguntado como si fuera un detalle relevante. A lo mejor lo es.

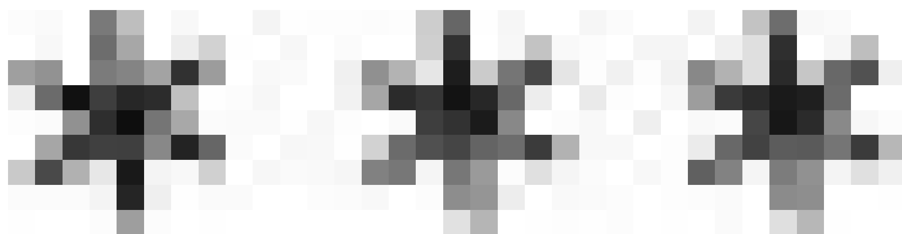
Acabará siendo, si no me muero pronto, si la proyección de futuro tiene futuro, una casa para mí sola: pensarlo me entristece solo a ratos.

De este invierno no pasa que lleve al niño a ver la nieve.



He tenido muchas casas. Como el Ejército cambiaba a mi padre de destino cada dos años, pasé la infancia en seis lugares distintos. He vivido en Edwardsville, Glenview, North Canton, la isla de Okinawa, Anaheim, Arlington Heights. En el verano de 1965 mi familia se estableció en Memphis, Tennessee.

Cuando me gradué en la Facultad de Derecho en 1977, empecé a ejercer como abogado en Memphis por los lazos familiares que tenía allí.

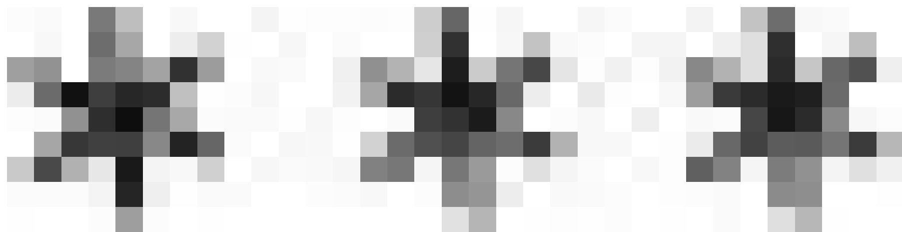


El arquitecto tiene problemas para diseñar una ventana que no destroce estéticamente la fachada de mi casa nueva. Y no sabe cómo poner el mecanismo de la persiana dentro de la pared de hormigón.

Le digo que la ventana es esencial y la persiana, prescindible. Creo que no quiero persianas. En el piso sin balcones en el que estoy ahora las tengo y no las bajo nunca. En el centro y en el norte de Europa no las usan porque no se les pasa por la cabeza desaprovechar la poca luz del sol que entra por las ventanas. La gente se expone delante de los vecinos, dan a entender que no tienen nada que ocultar. Las casas de Islandia no suelen tener persianas, y eso que en verano no se hace de noche.

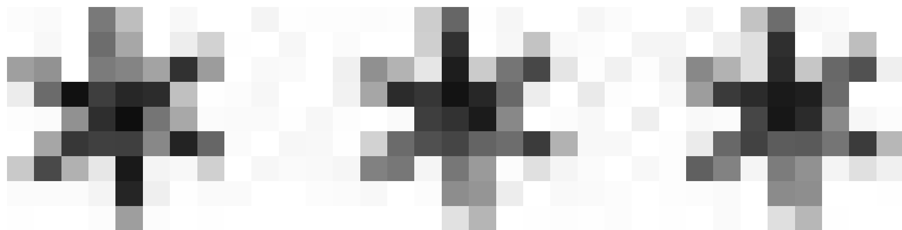
Con ambas manos alzadas hacia la luna, abrimos una ventana en este cielo cerrado. Qué bien lo dijo la poeta.

No hace falta invocar ni provocar a la oscuridad, ya viene sola cuando quiere.

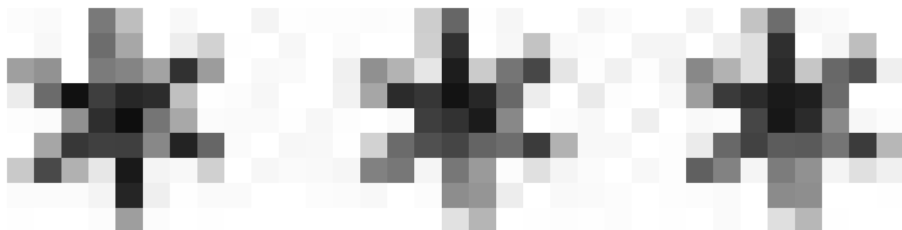


El padre de Joan Didion también pertenecía al cuerpo aéreo del Ejército de los Estados Unidos. De niña ella también vivió en muchas casas, también se mudó de una base militar a otra con su familia. Como Gregory.

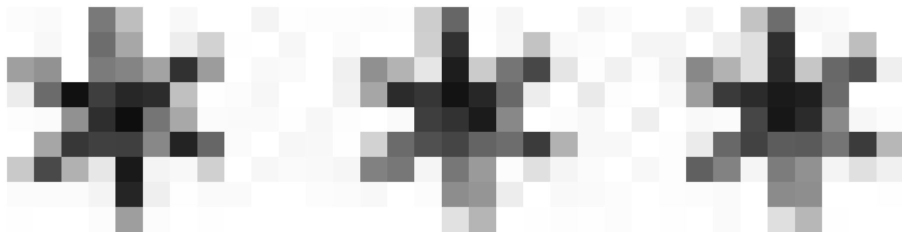
De adulta, Didion dijo que había escrito sobre su dolor para «pagar el billete de vuelta al mundo real». ¿Como yo?



Que si hay una historia de amor en lo que estoy escribiendo, me pregunta una alumna mía, una conocida de después. Casi me lo exige. Ella piensa que las novelas tienen que ser, o tienen que contener, historias de amor.



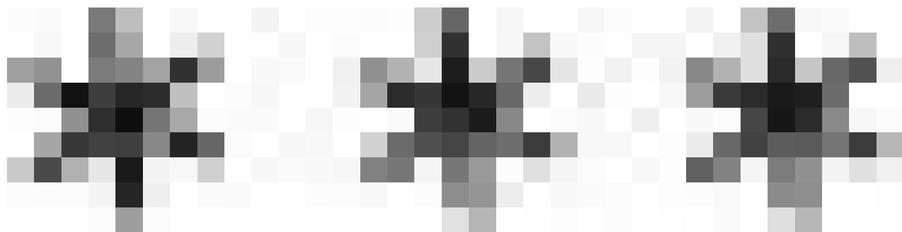
Tanto en mi habitación como en la de mi hijo, la luz entrará por dos lados: por la claraboya del techo y por la ventana nueva. Quiere ser una casa a prueba de monstruos.



Un padre asesina a sus dos hijas en Tenerife para vengarse de la madre de las criaturas. El caso tiene mucho eco mediático y a algunos periodistas les parece oportuno —lo es— evocar otros crímenes recientes contra menores. La madre de un niño asesinado hace tres años suplica a un periódico que no aprovechen la ocasión para volver a hablar de su hijo. Que no publiquen más la foto ni recuerden por enésima vez lo que pasó. Dejadnos y dejadlo tranquilo, por favor. Evitad dolores innecesarios por respeto a los desaparecidos y, sobre todo, a los que aún seguimos aquí.

Sobrevivir implica, requiere, dejar de tener presentes en todo momento tus infiernos, tus barrancos. Los puentes muy altos, muy estrechos y muy largos. Precipicios a ambos lados, buitres rondándote. Qué escalofrío cuando te los hacen revivir a traición, fuera de programa, precisamente cuando tú habías conseguido expulsarlos unos minutos o unas horas o unos días del corazón y del cerebro.

Me gustaría no entender tanto a la madre del niño. Me gustaría no entenderla en absoluto.

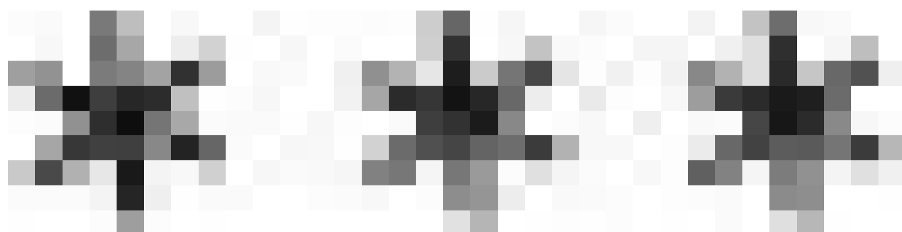


Montar y desmontar andamios de obra, pasaderas y tendales. Quince días de alquiler de andamios, red, lonas y elementos de protección. Aperturas en el muro de la fachada de hormigón armado, en la calle y en el patio interior (no se contabiliza ningún refuerzo estructural). Formación de aristas y recorte interior de los nuevos huecos de ventanas en trasdosado de pladur. Recogida de escombros fruto del derribo y carga manual sobre el contenedor. Transporte de tierras o

escombros al vertedero con minicontenedor de un metro cúbico. Suministro y montaje de carpintería de aluminio serie Oslo, color gris grafito, una hoja practicable y oscilobatiente y cristal transparente con cámara. Realización del proyecto básico y de ejecución de la obra. Confección de la documentación necesaria, trámites en el ayuntamiento y gestión de licencia de obras (no se incluyen las tasas).

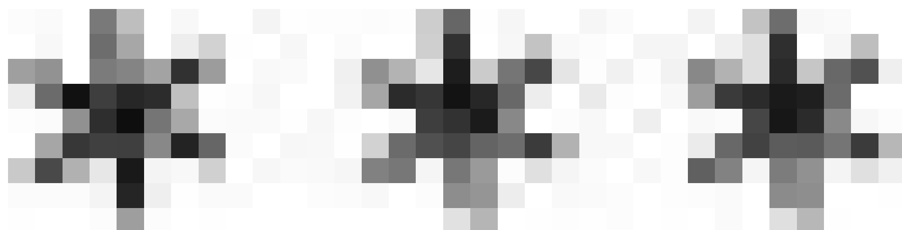
Un presupuesto: este querernos creer que todo se puede prever concepto a concepto, con precisión y profusión de detalles. Que podemos anticipar el qué, el cómo y el precio de las cosas.

Las dos ventanas me costarán el sueldo de tres meses.

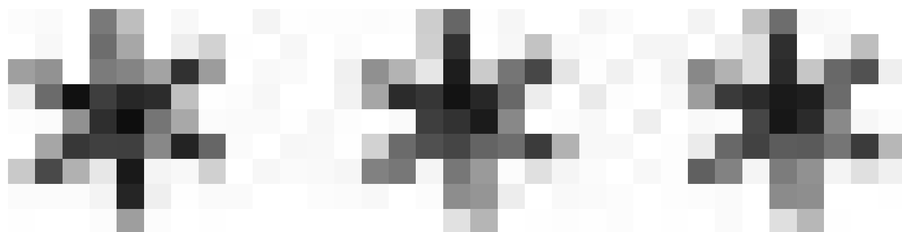


¿Que todo el mundo tiene sus puentes altos y estrechos que parecen infinitos? Sí, y no tiene sentido comparar los puentes de unos y otros porque a cada uno, en cada momento, le duele su dolor. Pero también hay familias felices que no sufren nunca desgracias y en que la gente se muere de vieja, por orden y sin darse cuenta: un día se van a dormir después de haberse despedido de sus seres queridos y al día siguiente ya no se despiertan y el funeral es precioso y el tiempo transcurre generación tras generación con la placidez de una tarde de agosto, sin fechas nefastas en el calendario ni canciones prohibidas ni recuerdos abortados.

Después se acaba el anuncio y emiten uno de hamburguesas veganas con sabor a carne.



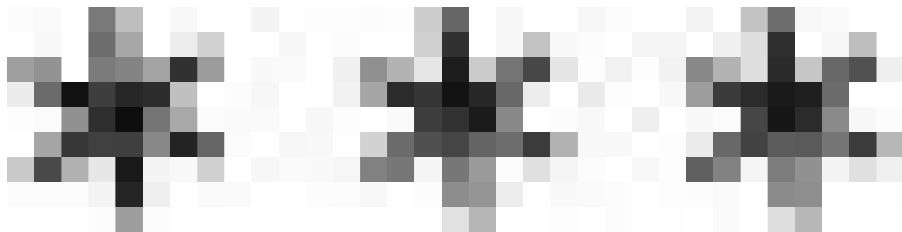
De la habitación propia que no tuve a la casa que pronto tendré. Un trayecto de medio siglo y unos cuantos círculos.



Me pides que le explique a aquel chico que era yo todo lo que se habría perdido si no hubiera sobrevivido al aterrizaje en la playa.

Las épocas felices son fáciles de identificar. El día del accidente ya había conocido a la mujer con la que me acabaría casando. Si me hubiera muerto entonces, no habría experimentado los placeres y los misterios de un matrimonio feliz. Mi esposa era una mujer de gran inteligencia y humor que fue el corazón de la familia. Era leal y protectora de una forma feroz. Teníamos desacuerdos, pero estábamos comprometidos el uno con el otro y con nuestros tres hijos. Aceptar las diferencias que había entre nosotros fue un proceso de maduración mutua que derivó en una complicidad aún mayor.

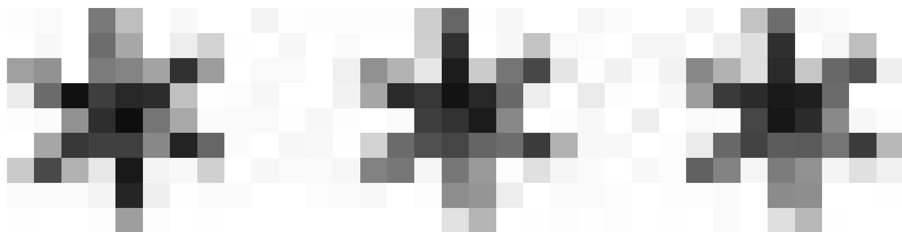
Hubo episodios importantes en la crianza de los hijos. Los acompañamos desde la infancia y experimentamos las ansiedades de rigor. Pasamos vacaciones en la playa e hicimos viajes al extranjero. Celebramos los cumpleaños y los pequeños triunfos de los deportes juveniles. Hubo graduaciones escolares desde preescolar hasta la universidad. Los tres completaron los estudios universitarios, y uno de ellos hizo un máster. Mis hijos son adultos sanos y autosuficientes. Me ha gustado verlos hacer su camino y me gusta ofrecerles consejos cuando me los piden. Estoy orgulloso de ellos. Mi hija pequeña está casada y tiene una hija. Cuando era un joven soltero no quería tener hijos ni pensaba apenas en el ciclo de la vida, pero los nietos son un regalo.



Madre e hijo hemos aprovechado un domingo de tiendas abiertas para comprar un sofá, escoger un escritorio y creer que el futuro nos quiere.

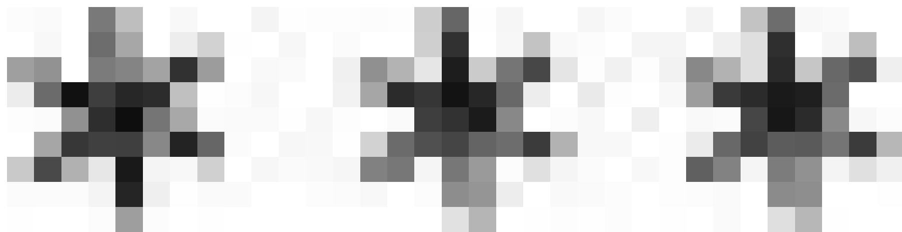
El sofá, de dos plazas, es de color beis. De una tela italiana que mezcla algodón, viscosa, lino y poliamida.

El tiempo no lo cura todo, pero es un apósito estéril —de un solo uso, con efectos protectores y amortiguadores— entre la herida y el mundo.



Los momentos importantes de la vida no siempre son felices. Mi mujer, Carolyn, murió de cáncer de mama en el 2015, con sesenta y tres años. Encaró el sufrimiento durante mucho tiempo con valentía, sin caer en la autocompasión, pero sus últimos meses fueron oscuros y dolorosos para ella.

También fueron oscuros y dolorosos para mí, muy oscuros y muy dolorosos, porque podía prever el inevitable final pero no quería creérmelo. Hice todo lo que pude para consolarla y cuidarla, pero si miro atrás lamento no haber sabido hacerlo mejor.



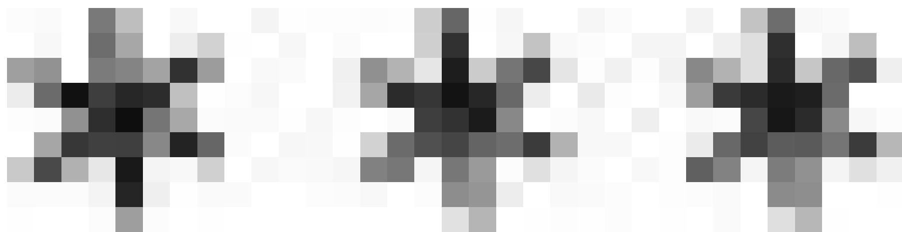
¿Qué debería haber hecho distinto? ¿Debería haber forzado una conversación que a lo mejor solo necesitaba yo? ¿Debería haberle dejado claro que las puñeteras mil ventanas que había mencionado el doctor Tusquets no existían ni se podían construir en ninguna parte?

Mil ventanas. Y una mierda.

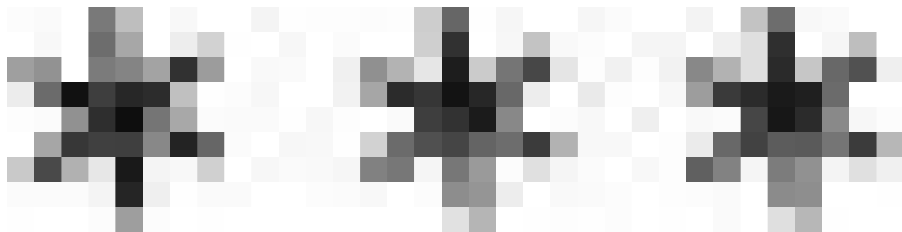
Abrir ventanas donde no las hay: no siempre se puede.

¿Debería haberle dicho que aferrarse a una mentira era un engaño inútil y que la verdad es lo único que no te puede fallar, por mucho que sea una verdad horrenda? ¿Que estaba muerta de miedo y que una despedida me ayudaría a seguir cuando él ya no?

Sin el beso de buenas noches no puedo dormir tranquila. Y aquí, entonces, me habría hecho falta un beso de buen resto de la vida.

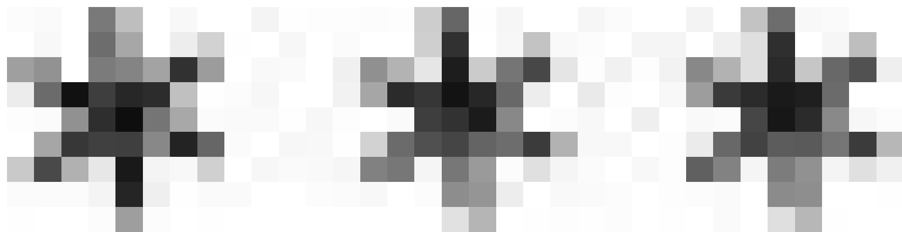


Ni Carolyn ni yo éramos religiosos, no dijimos nunca que nos reuniríamos en un más allá celestial porque no lo creíamos. Carol no tenía hábitos que hicieran sospechar que sería candidata a una muerte precoz por cáncer. Al contrario: era atlética y activa. Comió sano y bebió muy poco. Su desaparición me subrayó lo fortuitas que son la vida y la muerte, y me demostró la sabiduría de la receta epicúrea: tenemos que disfrutar mientras podamos de los placeres del cuerpo y del espíritu.

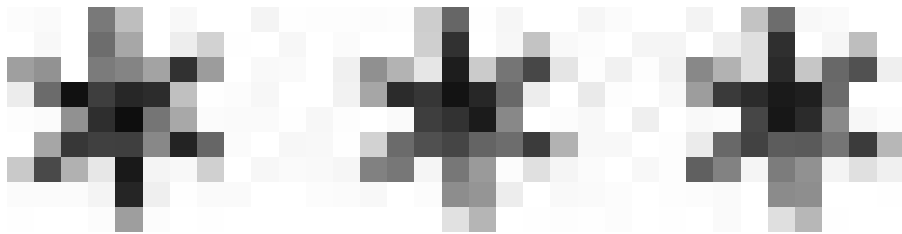


«Al día siguiente de la emisión del programa mucha gente compraba los libros que habíamos presentado el día anterior. En las librerías francesas había incluso una mesa reservada para los títulos que habían salido en Apostrophes. Pero entonces eso nos parecía normal. La sorpresa llegó después, cuando comprendimos que había sido una época dichosa. Cuando vives una época dichosa, no sabes que es dichosa».

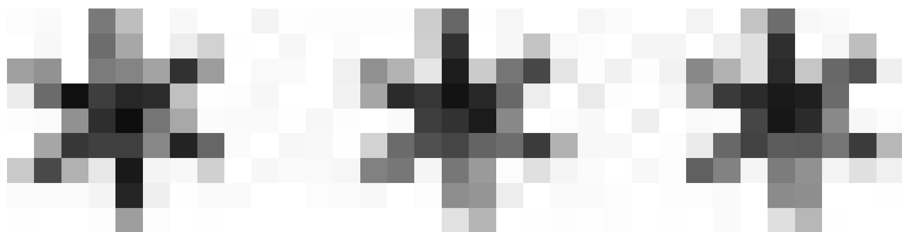
Son palabras del periodista francés Bernard Pivot en una entrevista que le hacen: el entrevistador entrevistado. Palabras que me transportan a épocas dichosas que entonces me parecían normales. Épocas en las que las desgracias me rozaban y yo creía que me habían dado de lleno.



Preferiría poder referirme a ello con todas las letras, con frases subordinadas, con párrafos entrelazados y en diversos capítulos, como si le hubiera pasado a otro. Poder describir el horror de Todo Aquello con la minuciosidad con la que Gregory plasma las batallas bélicas paternas. Has sufrido una guerra. Tienes que mirar a tu hijo muerto. No puedo, no me sale. Y puede que esté bien así: cada vuelo turbulento tiene su historia, a cada uno le duele su dolor y hay dolores que quieren pocos gritos.

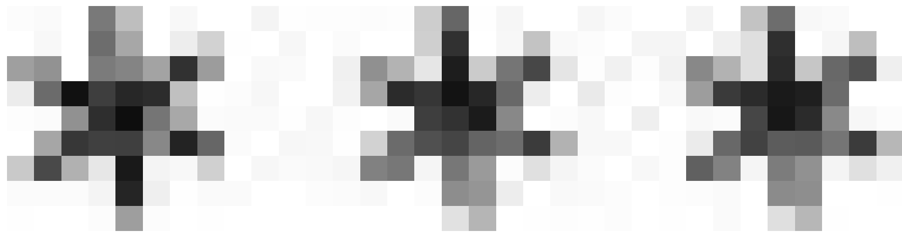


Los momentos importantes no siempre son felices, pero la vida sigue. La fortuna volvió a beneficiarme en 2017: fue entonces cuando conocí a Laura, la mujer que pasaría a ser mi segunda esposa en 2018. Es una belleza de pelo oscuro de ascendencia italiana, doce años más joven que yo. Laura me sacó de la desesperación y me demostró el poder redentor del amor.



El hueco de la ventana que da a la calle ya está terminado. Lo han tapado con maderas para que nadie pueda subir por el andamio y entrar mientras no estén puestos el marco de aluminio ni el cristal. La pared de la fachada interior todavía está a medio perforar. En la acera, un saco de escombros lleno de cilindros de hormigón.

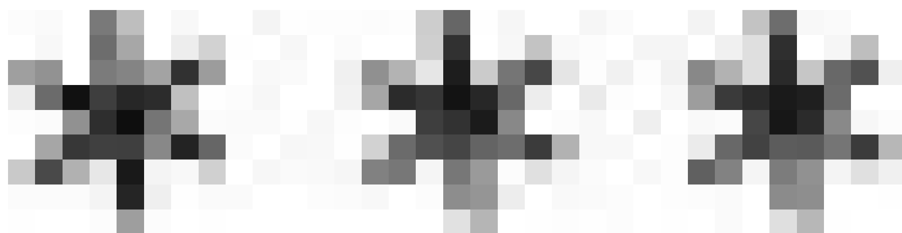
Veo crecer las ventanas de la casa donde viviré e intento no decirme que llegan tarde.



Ha habido puntos álgidos en mi trayectoria profesional como abogado y también respecto a mis aficiones: la escritura, el cine y el teatro

amateur. Hice de extra en una película, La tapadera: una versión más joven de mí es un abogado que se encuentra en medio de la escena brindando por Tom Cruise cuando su personaje aprueba el examen. Pero ser un extra es como ser una planta en una maceta; prefiero hacer teatro.

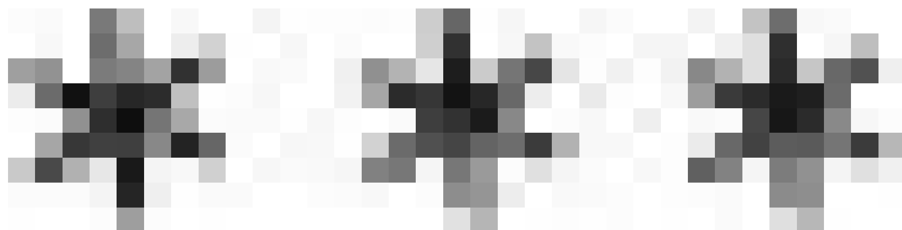
He sido una persona con suerte y espero poder vivir aún más aventuras, tanto de las planificadas como de las que se salen del guion.



El poder redentor del amor. Te llamo desde la intemperie, le dije a mi amigo pintor. Él y yo habíamos hablado de esta intemperie cuando para mí era un concepto abstracto y para él ya no. El día de la llamada me dio un consejo: Saca tanto amor del dolor como puedas. Parece poco pero ya verás que es mucho, que lo es todo, que no hay nada más.

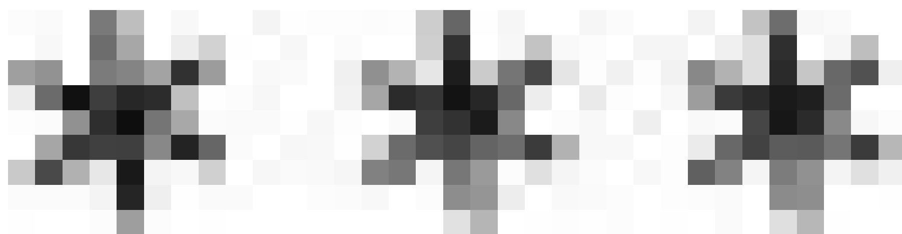
Sacar amor del dolor. Una extracción desesperada y contrarreloj, mientras el suelo se iba abriendo como la pista de baile de George y Mary en la cinta de Frank Capra. Con la diferencia de que debajo de nosotros no había ninguna piscina. Y que nos faltaban ánimos para seguir bailando en el agua.

Francamente: no sé si supe.



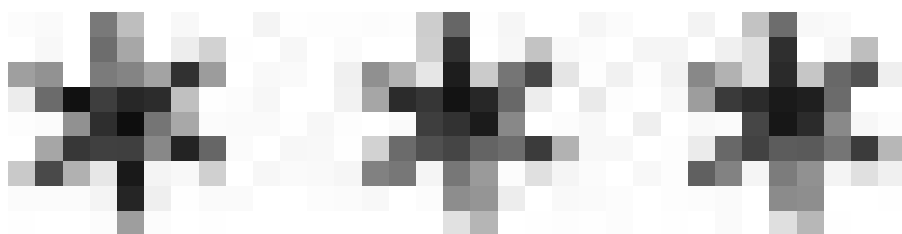
Solo soy una ventana —dijo Natalia Ginzburg—, me abro de par en

par para dejar pasar hechos e impresiones.



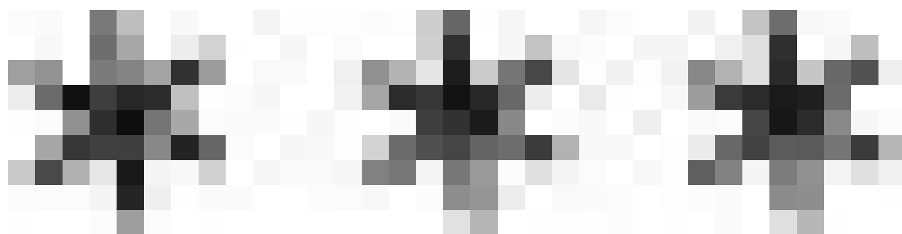
No he vuelto nunca a Islandia. No digo que no pueda volver algún día, pero hay muchos otros destinos a los que viajaría antes si tuviera la oportunidad, como Barcelona, Madrid, Córdoba, Granada, las islas griegas, la Provenza o la Toscana.

No he vuelto a ver el avión desde aquel miércoles de noviembre de 1973, excepto cuando lo sobrevolaba con el otro C-117 y, claro está, en muchas fotografías que rondan por internet. ¿Me gustaría volver a Sólheimasandur? Qué quieres que te diga. Veo que el avión se ha movido un poco del lugar del impacto, por efecto del viento y de las olas. Lo que queda de él ha sufrido tanto vandalismo que cuesta trabajo reconocerlo. Me sabe mal la desinformación que circula, y que la zona se haya convertido en una atracción turística pero nadie se preocupe de explicar bien lo que pasó. Los hechos son de dominio público, cualquiera puede tener acceso al atestado oficial del accidente si se molesta en consultarlo. Es indignante la teoría según la cual el avión se quedó sin combustible por un error del piloto. Indignante. Parece que se quiera hacer pasar a los pilotos militares norteamericanos por estúpidos o incompetentes.



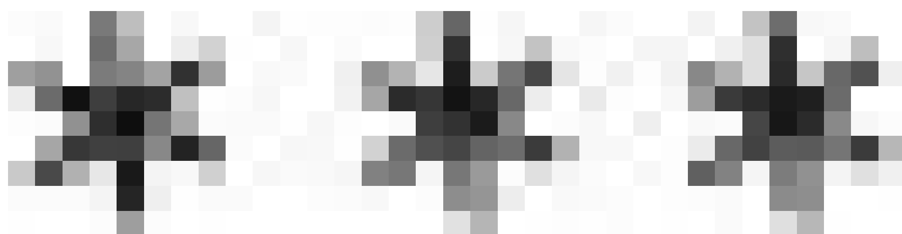
No hubo ningún beso de buenas noches, ningún baile en ninguna piscina. Lo más parecido a una herencia, a unas últimas palabras, al adiós que no existió es lo que me dijo un viernes en el hospital de día mientras el cuerpo se le llenaba de sangre ajena:

Nunca dejes de escribir.



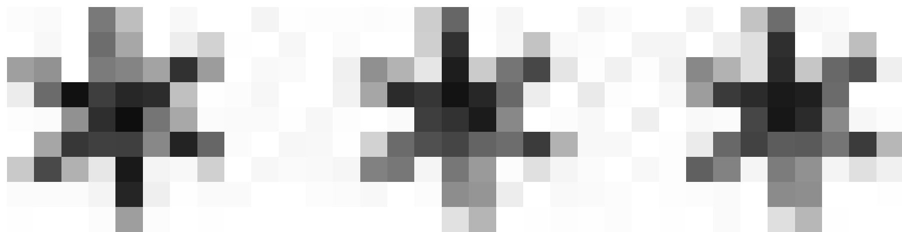
En días claros, fríos y de cielo tranquilo echo de menos volar. Pero tengo setenta y tres años y sé que ya no dispongo de la agudeza visual ni los reflejos de antes. Un amigo un pelín mayor que yo murió hace poco porque no fue capaz de llevar a cabo un aterrizaje de emergencia en un campo de cultivo a plena luz del día.

Hay un momento para cada cosa y es importante detectarlo a tiempo. Hace un par de años me dije que había llegado la hora de dar un paso atrás. Hoy aún podría subir a un avión con un piloto más joven al lado que me dejara controlar la aeronave o hablar por la radio, pero mis vuelos en solitario ya son historia.



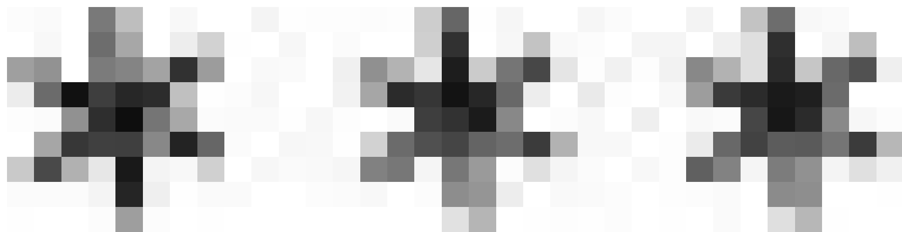
«Una casa que sea mía. Con mi porche y mi almohada, mis bonitas petunias púrpura. Mis libros y mis cuentos. Mis dos zapatos esperando junto a la cama».

Sandra Cisneros, Una casa en Mango Street.



A lo mejor hubo un momento para despedirnos y no lo quisimos ver. Después ya no fuimos capaces.

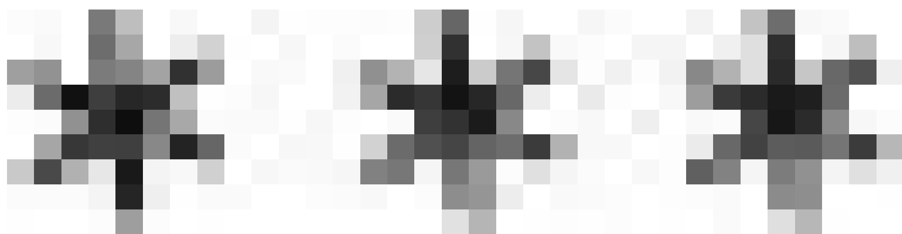
Llega un punto en el que también la verdad deja de ser posible.



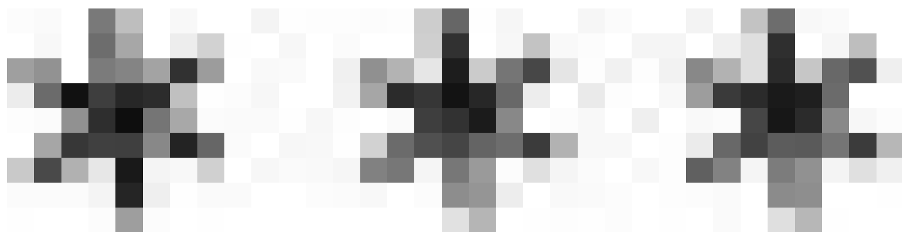
Ya hemos pasado la primera noche en la casa entre medianeras. Los inquilinos anteriores se dejaron en la despensa un bote de mermelada y dos latas de anchoas que no he querido aprovechar. En la nevera, un cartel colgado por mi hijo dice que si se parara el consumo de carne en la Tierra durante un único día, ahorraríamos suficiente agua como para llenar cinco millones doscientas setenta y seis mil doscientas piscinas olímpicas y tantos kilos de cereales como lo que pesan cuatrocientos treinta y un mil trescientos setenta y ocho aviones.

No sabía qué hacer con el amor que se me había quedado huérfano y circulaba sin rumbo como un niño perdido. Tampoco sabía que se podía amar a una azotea, a una escalera, a unas ventanas sin persianas que multiplican la luz.

Una mudanza es una metáfora para idiotas. Guardas en cajas los rastros de lo que fuiste, vas decidiendo qué salvas y qué recuerdos echas en el contenedor, reformas la casa nueva para hacerla más a tu medida. Te desprendes de una cómoda o de un cuadro o de una carta poco antes de que lo carguen todo en la furgoneta —no hace falta ni camión, basta con un solo viaje de una furgoneta—. Y te preparas para dormir y despertarte en un sitio distinto. Desde donde verás desfilar inviernos, primaveras, etcétera.



Nunca dejaré de escribir.



Anteayer cerré con llave la puerta del piso sin balcones, dos vueltas de llave en cada cerradura, sabiendo que era la última vez.

Una casa propia. Con olor a pintura y estanterías por llenar. Los zapatos, las dudas, la vida esperando junto a la cama.

El reloj centenario del templo budista de Fumonji se paró en marzo de 2011, cuando un terremoto con tsunami devastó la costa este de Japón. Las olas gigantes hundieron el primer piso del monasterio. El sacerdote Bunshun Sakano rescató el reloj de entre los escombros e intentó arreglarlo, pero el agua había estropeado el mecanismo.

En febrero de 2021, otro seísmo sacudió la misma región japonesa. Mientras inspeccionaba el templo de Fumonji buscando posibles daños, Sakano oyó un tictac inesperado. Diez años después de haber detenido las horas y los días, el reloj había vuelto a funcionar.

Quiero dar las gracias —muchas— a David Viñas, Carlota Gurt y Gregory Fletcher.

Fuentes de los fragmentos citados

«La vida […] a ser». Traducción de Javier Albiñana, Tusquets Editores.

«Se opone a ello […] su conciencia». Traducción de Pilar Gómez Bedate, Ediciones Península.

«Un cáncer […] en el aire». Traducción de María Helena Santillán, Editorial Edhasa.

«Además de la fractura […] unos cuantos días». Traducción de Pedro Barbadillo Gómez, Editorial Santillana.

«Ha habido […] siempre desprevenidas». Traducción de Rosa Chacel, Editorial Edhasa.

«A mi madre […] me enseñó a escribir». Traducción de Rosa Maria Prats, Ediciones Destino.

«Los pensadores […] una soledad espantosa». Traducción de María Sierra, Turner Publicaciones.

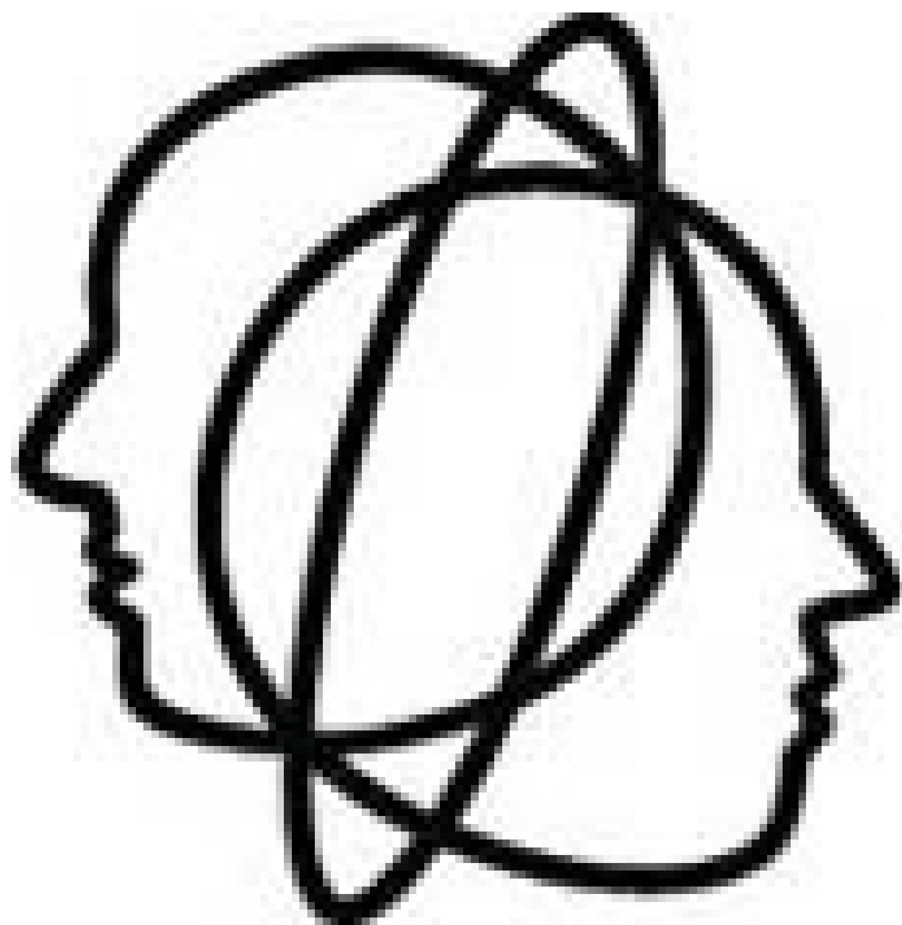
«Estamos solos […] que nos unen». Traducción de Joaquín Jordá, Editorial Anagrama.

«Ahí es donde vives […] en la tumba». Traducción de Benito Gómez Ibáñez, Editorial Anagrama.

«Una casa […] a la cama». Traducción de Enrique de Hériz, Ediciones B.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

Solo quería bailar Greta García
Generaciones Lucille Clifton
Mis malos pensamientos Nina Bouraoui
Esta herida llena de peces Lorena Salazar
Una familia en Bruselas Chantal Akerman
El libro de las lágrimas Heather Christle
Las estrellas Paula Vázquez



TRÁN
SITO

Editorial Tránsito es respetuosa con el medio ambiente: este libro ha sido impreso en un papel ahuesado procedente de bosques gestionados de forma responsable.